

EDITADO POR "TIERRA Y LIBERTAD" ACABA DE APARECER  
**EL LIBRO QUE TODOS ESPERÁBAMOS**

# EL ORGANISMO ECONÓMICO DE LA REVOLUCIÓN



D. A. de

**Santillán**

Los apasionantes problemas del nuevo orden social que está gestándose, son tratados fundamentalmente en esta obra de palpitante actualidad

El estudio más definitivo y completo que se ha escrito sobre las nuevas formas de libre convivencia que van a establecerse después del próximo triunfo de la revolución

La obra forma un gran volumen de 240 páginas, tamaño 14 x 21 y portada como el presente clisé, y para que pueda ser adquirida por todos se expende al precio de **2'50 ptas.** ejemplar con el acostumbrado descuento; encuadernada 1'25 pesetas más.

Pedidos a reembolso a "TIERRA Y LIBERTAD" - Unión, 19, 1.º, 2.º - Barcelona

Ayuntamiento de Madrid

# REVISTA DE SOCIOLOGÍA, ARTE Y ECONOMÍA

## TIEMPOS NUEVOS

Redacción y Administración: UNIÓN, 19, 1.º, 2.º - Teléf. 23658 - Barcelona

PALABRAS A LA JUVENTUD

## LA CURA DEL ODIO

Por F. Falaschi

**J**OVEN que persigues con ansias la senda de la intensa vida, mozo que anheles hallar la ruta obrativa que plasme en cosas grandes y bellas la potencia moral que tu naciente idealismo eclosiona en la presión espiritual en que se agita tu ser, amigo en ideales, hermano en humanidad: cúrate del odio, inmunízate contra el odio.

El odio es siempre la pasión bárbara que incuba en los instintos gregarios. No hay delito más alevoso que el de sembrar el odio en los corazones juveniles. Hay dos clases de delincuentes que envenenan a la juventud. Los que desvían la inmensa capacidad amoratoria de los jóvenes hacia la prédica a los peces, a un amor fetichista, bastardo y culpable a las cosas naturales y sobrehumanas en confusión. Y los que malean los sentimientos de juvenilia inculcándole odios hacia los hombres, ya sea en nombre de ésta o de aquella causa.

El odio ha sido, desde tiempos inmemoriales, uno de los grandes resortes de la Historia; actualmente es uno de los más poderosos motores de la vida colectiva que mueve los intereses de clases, de naciones, de razas. Por eso el avance evolutivo toma el cauce unilateral de la elaboración casi exclusivamente materialista del progreso y el hombre se ve cogido en el frío y mecánico círculo de hierro de sus propias creaciones. Falta el elemento moral en la vida contemporánea. Y la misma solidaridad no pocas veces coadyuva a la estructuración de instituciones, costumbres e intereses subalternos, cuando no contrarios a los grandes fines universales del conjunto humano. Todos los fines individuales que no se articulen con el nexo de la soli-



daridad común son negativos, inmorales y trabajan el robustecimiento de todas las modalidades activas y pasivas, directas o indirectas del odio al semejante.

El revolucionario puede utilizar el odio popular como una fuerza más de transformación, pero no lo debe cultivar. Así como el obrero utiliza el espinoso ya que le encuentra en la agreste naturaleza con el doble fin de utilizarle para obras útiles y de eliminarlo como maleza de los campos, y no le cultiva porque con el mismo esfuerzo puede lograr un árbol más bello, menos dañino, y un leño mejor y más útil, así el innovador canaliza el odio que encuentra en la selva de las pasiones del pueblo hacia la corriente creadora, procurando destruir su esencia al mismo tiempo que aprovecha su dinamismo para realizar generosas obras. Sería absurdo y perjudicial sembrar el odio, cuando con menor esfuerzo y más digno y proficuo hacer puede cultivar el amor, que es la forma especi-

TIEMPOS  
NUEVOS 257

fica de la solidaridad social, el genio de la vida que impulsa y satura el trabajo creativo de todas las grandezas humanas y universales. El revolucionario es el jardinero de las pasiones: utiliza todo lo que halla para cultivar y seleccionar las más bellas plantas del espíritu. La revolución, con su alquimia transformadora, transmuta los egoísmos en sentimientos y los males en abono de los bienes. Así como la madre metamorfosea su egoístico amor sexual, pura llama del instinto, elevando sus sentimientos a la forma más sublime del amor maternal y matriarcal, así la revolución, matriz social, conciencia humana, transforma los menguados intereses personales y de grupos en fuerzas amoratorias que concurren al gran propósito de la cooperación general. La revolución que se demuestre impotente para transformar el odio en amor, no podrá alumbrar una nueva civilización.

La posición del anarquista, es la ubicación del vigía que, cuidando del bien de todos, conmina a los hombres a librarse de los obstáculos que malogran la buena marcha del conjunto. La anarquía, propósito de ayuda mutua universal, no lanza los hombres unos contra otros, sino que los mancomuna a todos para la lucha contra el mal. Y como el mal no es el hombre sino su perversión, el anarquismo regenera al individuo de sus defectos, mas no procura su daño ni su detracción. El anarquista quiere repriminar la vida, conduciéndola de nuevo por los naturales cauces de la libertad, para ello elabora las mil facetas de la ciencia del hombre libre, que es la ciencia del hombre de bien, del hombre que es infinitamente humano porque en su cognición siente todo el dolor y todo el placer de la humanidad. En esta experiencia de humanidad el odio, como fin, no tiene, no puede tener ningún desempeño, porque toda pasión odiosa es el disociante específico del orden libre.

En la sociedad burguesa el medio es la lucha, el fin es la independencia del individuo del conjunto social. Dentro de ella la aspiración del hombre consiste en librarse económicamente de las responsabilidades productivas. El rentista, es el prototipo de tal sistema: el hombre que ha luchado y que al fin ha obtenido la recompensa, el estúpido confort de vivir a expensas del esfuerzo ajeno. Así las cosas, el odio al prójimo, a más de una consecuencia, es una necesidad; el hombre necesita odiar para sentirse indiferente ante la enorme cantidad de males que en su brega ha causado; para ser inmune al general dolor que ve por doquiera; para conservar sin remordimientos aquel acopio de substancias que ha substraído al disfrute de las necesidades comunes; para armar el brazo de los esbirros que defienden su presa, y para subvencionar las instituciones que protegen su derecho a disponer individualmente lo que pertenece a todos. La existencia del perfecto burgués sería un suplicio inenarrable si su conciencia humana no estuviera herméticamente inmunizada por el odio. ¿Quién podría describir el terrible conflicto entre su temperamento usurario y sus sentimientos humanitarios frente al dolor y a la miseria de tanto ser que padece por su causa? Por la misma razón de que el ave vuela y el pez boga, el burgués necesita estar inmunizado por el odio para no sucumbir al horror que podría motivarle el espectáculo de sus inhumanitarios proceder.

Si para el desenvolvimiento de la vida burguesa es

necesario el odio para desarrollar la indiferencia por lo humano, que es la consecuencia pasiva y mezquina del odio; para la eclosión de los hombres hacia la vida libre es menester que el odio sea reducido a la mínima expresión mediante una generosa saturación de simpatía humana. Nadie sino la juventud es materia sensible donde esta saturación de humanidad debe penetrar todas fibras del sentir y del pensar. Vejez, ha dicho Barrett, es degeneración. Nada hay tan despreciable como la acción de los adultos que, tomando energías negativas de su odio, desencadenado por los seres y las cosas que le atacaron al través de su existencia, tratan de inocularlo en los generosos corazones de las juventudes que, albores potenciales de nuevas y mejores vidas, pertenecen por entero a las obraciones de una sociedad más justa, regulada por la expansión comunitaria del amor. No vale alegar que la justicia del fin legitima el empleo de tales medios. El fin no puede ser otra cosa que el desarrollo gradual y convergente de los medios. El movimiento de los medios, es la elaboración actuante y material del fin. El fin no es brújula, sino resultante. El fin anárquico es una resultante consciente.

El primer trabajo preparatorio de las juventudes debería consistir en librarlas de la tara hereditaria o ambiental del odio. De lo contrario, se corre el riesgo de complicidad en la logración de masas irresponsables que persiguen la destrucción incoherente y vandálica, de chusmas que, en llegando el momento psicológico, están siempre dispuestas a agredir a quienquiera y a lo que sea, toda vez que en ello vean segura la impunidad.

Por herencia o por educación, el niño que se hace hombre lleva en su temperamento una levadura de odios que esperan el albedrío de la edad para eclosionar en su carácter y manifestarse en sus actos. Por mucho que la naturaleza juvenil derroche alegrías y dones en el espíritu del adolescente, estos regalos de la vida no bastan a neutralizar el presente griego legado a las generaciones por las inquietudes y vicisitudes de muchos milenios de lucha interhumana por la existencia. La psicología juvenil recoge las sombras del espectro de la barbarie y una sociedad agresiva desarrolla estas inclinaciones temperamentales. Si falta una infancia de amor en libertad que pueda librar al joven de este peso nefasto del mal de los siglos, llegará a los años mozos albergando al enemigo del hombre en su ser. Cuando no abundan las caricias de la madre y cuando son imposibles las incomparables lecciones de una temprana libre experiencia, el niño incuba y madura los odios innatos bajo la agresión de los hoscos ataques de la sociedad, y esta reacción y redición de los odios ancestrales se traducen en actos antisocitarios. Su defensa será el ataque. Según su idiosincrasia física o temperamental, atacará política, jurídica o ilegalmente, de idea o de hecho, como obrero o como parásito, como militar o como literato, como necio o como filósofo, pero atacará siempre.

Para todas las manifestaciones del odio hay un antidoto único, que es el amor. Hay muchas variantes del amor: el amor a la familia, el amor a la naturaleza, el amor al arte. Pero hay una forma aún más elevada del amor que a todas las comprendía, las ennoblecía a todas y las eleva al plano de lo sublime, ya que liquida todos los vestigios bastardos del egoísmo

animal y del interés exclusivamente personal en el fino crisol de la ecuanimidad, donde los egoísmos individuales se humanizan, donde el hombre se ama a sí mismo y quiere ser feliz porque de esta felicidad individual depende su sano y eficaz contributo a la felicidad universal. Esta suma de los amores, este equilibrio de los deseos amorosos, es el amor al género humano.

Toda la vasta y variada gama de amores que ennoblecen y dan sentido a la vida pueden ser bastardeados por el egoísmo animal más o menos grosero y aun por la crueldad si no los purifica y razona una ética societaria, una pasión, un sentido de humanidad que ajusta y conexiona las partes en el gran todo de la vida individual y colectiva de la familia humana, persiguiendo el fin, el magno, el supremo fin de la felicidad universal. El hombre debe vivir armónicamente todos los amores de que ha menester su cuerpo y su espíritu, porque quiere ser feliz. Pero esta felicidad no la halla solitario en la sociedad, como el beduino en el desierto, sino que la persigue como elemento y consecuencia de la felicidad común. Por eso labora en el espíritu y en las cosas para hacer que toda la sinfonía de sus variantes amorosas acorden el himno de la felicidad social, por eso vertebró sus amores particulares con el inmenso principio moral de la felicidad humana. Su espíritu no cabe ya en el goce de los amores restringidos y en los ideales menguados. Ha descubierto un nuevo horizonte para la expansión de las fuerzas morales de su personalidad, y hacia él se encamina.

Si aplicamos el símil biológico al proceso de diferenciación afectiva de los hombres, clarificaremos las expuestas concepciones. Verbigracia: En la naturaleza, toda función rebasada por otra superior, pasa a ser un medio que coopera a la evolutiva complejidad de la nueva fase funcional. En todos los organismos animales, los órganos que dejan de ser centros, se convierten en instrumentos que obedecen al nuevo centro. A su vez, la esfera amorosa de los hombres se amplía de este modo: el yo, el cónyuge, la familia o tribu, el pueblo, la patria, la raza, la humanidad. Este proceso diferencial y universalizador de las sensaciones afectivas no procede siempre por orden cronológico, pero sí constantemente relativo a un orden civilizador, del cual es causa y efecto.

En la tribu y en el pueblo se desarrolla el respeto solidario por la comunidad inmediata.

El amor a la patria amplió el radio de la simpatía humana, extendiendo los derechos a vastas circunscripciones geográficas. Su efecto moral más importante es el haber constituido la primera síntesis de los amores particulares. La familia pasó a ser una célula de la comunidad.

La simpatía fundada en la similitud física, idiosincrática y geográfica de la raza, radió considerablemente el área de los afectos y de los derechos. Las civilizaciones precolombianas, chinas, indias, egipcias, grecorromanas, etc., crearon el milagro de las primeras fusiones y cristalizaciones de razas que motivaron las estupendas síntesis físicas, intelectuales y espirituales que sirven de fondo al progreso humano.

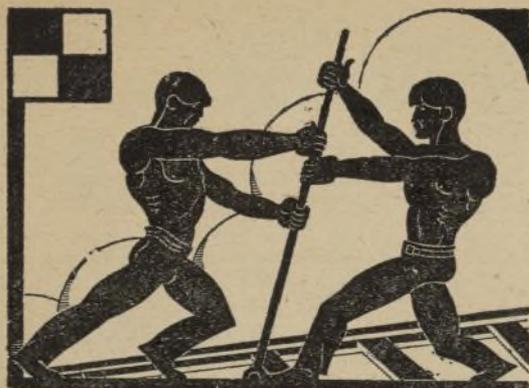
Y fué mediante los choques y los valores de este avance doloroso y caótico, ya rápido, ya lento; ya sincrónico, ya discordante; ora preciso, neto; ora confuso y hasta retrovertido, que, en la balumba universal de

los hechos que actuaron al flujo y reflujo de la Historia, aparecieron en desigual orden en el tiempo, pero en el mismo grado de cultura moral, los hombres superiores que dilataron su esfera amorosa hasta comprender a la humanidad entera en el radio de sus afectos. Hijos del dolor y del amor, forjados a fuego por el choque de la civilización y la barbarie, ellos vienen a proclamar la armonía funcional y espiritual en la vida, a dar coherencia a los medios y claridad al fin, al anhelo síntesis de las aspiraciones humanas: al deseo obsesionante, todopoderoso, de establecer la era augural de una vida conforme a moral, a una moral resultante de la felicidad universal.

Tal el proceso amoroso de los hombres. En nuestro tiempo, el ideal de los seres debe ser el del último progreso de la vida afectiva. Fijar el fin de las acciones humanas en cualquiera de las esferas inferiores y relativas de esta escala de los amores, equivale a retroceder moralmente al pasado; significa retrotraer a un fin lo que ya no es más que un medio. Todos los amores relativos, particulares, no son otra cosa que medios a raíz de los cuales el hombre se cria y se educa individualmente para concurrir a consciencia en el gran fin absoluto, completo, ilimitado de la solidaridad humana. Cada uno de los amores relativos, son algo más que meros goces intrínsecos y personales, son otras tantas experiencias que el hombre necesita vivir plenamente para conocer, potenciar y educar toda la gama de las pasiones humanas que labran en conjunto las condiciones materiales y los principios societarios y morales necesarios al juego sinérgico y libre de la totalidad de relaciones de la humana familia.

La sociedad burguesa, carente de altas finalidades y hostil a la mancomunidad del género humano, ha desarrollado una pléyade de artistas de todo género que se han dado a la exclusiva apología del amor conyugal. Los preliminares y las vicisitudes del emparejamiento humano son casi todo el motivo y el asunto de la literatura y del arte de los últimos siglos. Esta multitudinaria cháchara paganesca en torno a la caprichosa pasión de los sentidos ha logrado (si no cristalizar definitivamente en este aspecto del amor el fin de la existencia) exacerbar las funciones y las fantasías genésicas, levantando la ola de sensualismo que actualmente invade al mundo occidental, anquilosando así el impulso de la vibración amorosa de los hombres hacia las finalidades universales. Subvertido el fin, mezquino el asunto, he aquí por qué el arte burgués no pudo siquiera igualar al arte pagano o al arte religioso.

Cuando la ya fuerte potencia de amar a las cosas humanas no encuentra su cauce natural en una sociología práctica y vivida, la repulsa del ambiente conduce a las juventudes a despilfarrar estas fuerzas hacia cometidos absurdos, irreales y harto precoces. Con calificativos diversos acechan a la juventud muchedumbre de inclinaciones que conducen al desvarío y a las obras inútiles. En tal caso, la fuerza moral del amor societario adopta las modalidades filosófico-religiosas de los cultos ancestrales y las no menos dañinas creencias precoces de un panteísmo fetichista y confuso que se adelanta, inmaturo y vacilante, hacia los ideales de un lejano porvenir. Este amor enfermizo y místico a la naturaleza y a las cosas inanimadas cuando hay tanto dolor que liquidar y tanta injusticia que abatir, es



# Comunalismo y Comunismo

Por

D. A. de Santillán



En los tiempos lejanos en que el hombre no necesitaba grandes esfuerzos para alimentarse, vestirse y guarecerse contra la intemperie, porque encontraba casi al alcance de la mano frutas y caza y hallaba cavernas abundantes que le servían de vivienda; cuando sus necesidades estaban en consonancia con la posibilidad de satisfacerlas y eran exiguas en todos los aspectos, el trabajo propiamente no era una base de convivencia social, ni un factor esencial de vida. Pero cuando se pobló el mundo de millones y millones de seres humanos, cuando se multiplicaron las necesidades por efecto del desarrollo

cultural, cuando la naturaleza no ofrecía ya espontáneamente lo necesario para el sustento cotidiano, el trabajo se convirtió en fuente humana de vida. Si no habitamos ya las cavernas, ni nos cubrimos de pieles de animales sacrificados con hachas de piedra, si vivimos en las condiciones en que vivimos, deslumbrados por la propia obra de nuestras manos y de nuestro cerebro, hay que agradecerlo al trabajo. Y si combatimos la estructura económica y social capitalista es porque en ella el trabajo, basamento de todo cuanto existe para hacer posible la existencia del hombre, no recibe el premio a que tiene derecho. ¿Qué pedimos como reivindicación fundamental de justicia? La igualdad económica y social,

sencillamente una desviación estéril de la necesidad de amar que se sale de la órbita natural y eficaz y que se parece no poco a la dedicación de ciertas mujeres por los falderillos y otros animaluchos no muy nobles. Semeja también al desespero del pobrecillo de Asís que, ante la indiferencia de los hombres por las cosas celestiales, dirigía su prédica a los animales. Unos y otros desean prodigar el bien, pero malgastan sus afectos por no saber buscar el campo para sus cultivos.

Indiscutiblemente, cada uno de esos ciclos amorosos ha sido un fin en lo pretérito, un objetivo natural de la existencia, cada uno de los cuales ha aportado a la personalidad humana el desarrollo de las virtudes que constituyen el magnífico mosaico de los temperamentos humanos. El desequilibrio de estas pasiones en el tiempo han forjado poderosamente las diferenciaciones individuales, diferenciaciones que a su vez son el más seguro fundamento de la libertad contemporánea y futura.

El remoto ascendiente del hombre comenzó a amarse a sí mismo, como medio de defensa contra las cosas; cimentó, así, el ineludible principio de la libertad individual.

Con Freud o sin él, la madre comienza amando al niño como una parte de su propio ser. La vena sexual que las modernas doctrinas dicen descubrir en el amor maternal, sería la confusa reminiscencia del remoto ascendiente prehumano unisexual o bisexual. En el matriarcado nace el amor a la familia y su consecuen-

cia más acentuada es la fijación de los tipos y caracteres humanos.

Nadie tiene derecho a elegir el camino de la maldad. Y ser indiferente a las solicitudes de la vida social, equivale a tomar el camino del mal, porque se pierde el norte de la vida y las acciones se extravían en cometidos que pueden resultar altamente perjudiciales al bien público.

Toda vez que el espíritu de humanidad, es decir, el amor en su último progreso, no preside todos los amores y todas las acciones de los hombres, el individuo es presa segura de los odios que se arman en las mil garras de la colectividad y que provocan la reacción del odio individual. Es así cómo el individuo obra con egoísmo brutal hasta cuando ama intensamente, porque para servir a los fines de su amor ataca, a ciegas, los intereses colectivos y con ello emponzoña su vida y labra su infelicidad moral.

Así, pues, la única terapéutica del odio es el amor a la humanidad, porque cuando vibra intensamente concurre a regir, conformar y substanciar todas las modalidades de los deseos humanos, regulándolos en una armonía natural que liquida las pasiones odiosas, elevando el espíritu del hombre hacia las alturas de una existencia moral donde la felicidad del individuo puede ser inmensa, ya que es humana, es decir, que se cimenta y nutre en la humanidad a cuyo bienestar coadyuva al mismo tiempo que satisface todos sus deseos y pasiones.

a fin de que todos contribuyan con sus fuerzas a la producción y todos tengan igual derecho al consumo. Queremos una sociedad de productores, en la que no haya sobre ellos ningún poder, ninguna abstracción, religiosa o política, a la que sea preciso pagar, con nuevos nombres y nuevos ropajes, diezmos y tributos. Los trabajadores, habiéndose dado cuenta de que el ser todos hijo de Dios, o el ser todos ciudadanos iguales ante la ley no impide la desigualdad, la injusticia, la existencia de castas y clases parasitarias, quieren que el trabajo sea el fundamento de la nueva sociedad; quieren que todos, salvo los ancianos, los niños y los enfermos, den su aporte al proceso de la producción, como obreros, como empleados, como campesinos, como técnicos, según la capacidad y las posibilidades de cada uno.

No se ha descubierto otra fuente de riqueza que el trabajo; todo lo que nos maravilla, todo lo que constituye nuestra civilización, sale del esfuerzo humano, manual, intelectual y técnico. Nada se tiene por arte de magia, nada se produce por los milagros clásicos de la Biblia. Nada se hace por decretos del Estado o de municipio. Por consiguiente, la nueva sociedad propiciada por los trabajadores, defendida por revolucionarios, alentada por los anarquistas, no puede ser más que una revolución justiciera, una sociedad de productores y consumidores libres, en la que ningún ser apto eluda su contribución de esfuerzo al bienestar común.

La ponencia nombrada en el Congreso extraordinario de la C. N. T., en el que se tomaron acuerdos tan trascendentales, para concretar nuestra visión del comunismo libertario, no parece haberlo entendido así, o al menos no supo expresarlo. Nos habla de todo, y en parte con exceso de detalles, menos de la organización del trabajo. Hay en el dictamen emitido exceso de declamaciones y un cúmulo de contradicciones y de obscuridades que no esperábamos. Debiendo haber significado la parte mejor y la más práctica del Congreso, ha resultado la concepción más pobre e insostenible. Se habla de la familia, de la delincuencia, de los celos, del desnudismo y de otras muchas cosas, pero apenas se descubren algunas palabras sobre el trabajo, sobre los lugares de trabajo, sobre la organización de la producción. Y sin embargo es indudable que sobre lo que tiene la Confederación Nacional del Trabajo autoridad indiscutible para hablar es sobre eso, sobre el trabajo, del cual ha de nacer el mundo nuevo, la nueva moral, la nueva cultura.

### El comunismo libertario

Se pretendía dar una definición del comunismo libertario, y comenzó ya por ahí el error, porque el comunismo libertario se había definido del modo más perfecto desde mucho antes que hubiesen nacido casi todos los delegados al gran Congreso de la C. N. T. Millares de folletos y de libros y periódicos lo han expuesto

desde hace más de medio siglo. Fué sostenido brillantemente por J. Dejacque y otros a mediados del siglo pasado. Un monje español, Alonso del Castrillo, lo ha expuesto en un librito aparecido en Burgos en 1525; William Godwin lo definió en su obra sobre la justicia política en 1793, en ocasión de la revolución francesa. Y el comunismo libertario moderno ha tenido su origen en dos fuentes independientes: una la de los refugiados franceses en Suiza, hacia 1876 y otra la Internacional italiana, en el mismo año. La significación de un Reclus, de un Kropotkin, de un Malatesta, etc., etc., dieron a esa corriente la supremacía de casi todos los países, habiendo sido España la que quedó más tiempo fiel al bakuninismo con sus interpretaciones colectivistas, que no excluían ni el comunismo ni el individualismo.

Se ha considerado el triunfo absoluto del comunismo como un progreso evidente, y no hace mucho un viejo camarada repetía esa manera de ver; pero al respecto podemos tener opiniones diversas, y sostener con toda razón las objeciones hechas por Max Nettlau y Rudolf Rocker a esa creencia, al menos en el sentido de duda sobre el pretendido progreso, más allá del cual no habría nada valedero. El propio Malatesta, que pertenece a los expositores más claros y persuasivos del comunismo libertario, ha sostenido la posibilidad de prácticas múltiples, comunistas, colectivistas, individualistas, sin abandonar por eso sus preferencias por el comunismo.

En una palabra, no hay que ignorar que el comunismo libertario es una vieja doctrina que tiene su definición históricamente fijada, como la tiene el colectivismo, como la tiene el mutualismo, como la tiene el individualismo. Si nos apartásemos de ella, quitándole o poniéndole, ya no sería el comunismo libertario; sería una nueva doctrina, una nueva tesis, superior o inferior, no nos interesa la cuestión, pero no sería el comunismo libertario.

Lo que hacía falta, pues, no era una definición del comunismo libertario, que apenas merece unas líneas, por lo demás, en el dictamen de la ponencia a que nos referimos; lo que hacía falta era exponer las posibilidades que se ofrecen en el momento actual de España, con sus hombres, sus recursos, su naturaleza, tales como son y no como quisiéramos que fueran, para llevar a cabo una reordenación social y económica en el sentido de la finalidad proclamada por la Confederación.

### Comunismo y comunalismo

A causa de la afinidad de los términos parece que se confunde a menudo el comunismo con el comunalismo, sin advertir que lo uno puede existir perfectamente sin el otro. Se puede ser comunalistas sin ser comunistas y aun siendo anticomunistas. Pero, es verdad, se puede ser comunistas y comunalistas simultáneamente. Sólo que el comunismo es un concepto económico

y el comunismo una concepción política.

La ponencia aludida parece subordinarlo todo a lo político, pues aunque en uno de sus pasajes nos habla de los fundamentos: individuo, sindicato, a las pocas líneas se olvida de lo que ha dicho y echa estas bases: individuo, comuna, federación. No hemos podido descifrar si sostiene la coexistencia de una organización económica y de una organización política. Nos inclinamos a creer que propicia sobre todo esta última, porque propone: «La creación de la comuna como entidad política y administrativa» y dice: «La administración será de manera absoluta de carácter comunal». Nuestros esfuerzos fallaron al ligar esas conclusiones con estas: «Socializada la riqueza, las organizaciones de los productores, devenidas libres, se encargarán de la administración directa de la producción y del consumo». ¿En qué quedamos? ¿Han de ser las organizaciones de los productores o han de ser las comunas quienes administrarán la riqueza social? Caben las dos posibilidades, pero el dictamen no nos dice nada concreto. ¿Se deberá el confusiónismo al hecho de creer que comunismo y comunismo son la misma cosa? El camarada Besnard sostiene que la producción debe estar en manos de los sindicatos, de las organizaciones de productores, y la administración en manos de las comunas. Nosotros disentimos de su punto de vista, pero no podemos negarle claridad en su exposición. En cambio, esa claridad falta en cada línea del dictamen sobre el comunismo libertario.

Nos ha chocado vivamente la opinión de esos camaradas de que ha de dotarse «a cada comuna, con el tiempo, de todos los elementos agrícolas e industriales precisos a su autonomía, de acuerdo con el principio biológico que afirma: que es más libre el hombre que menos necesita de los demás». ¿De dónde han sacado esos camaradas semejante principio biológico? Algo parecido es la interpretación burguesa de la lucha por la existencia de Darwin, a la que se han apegado excesivamente los redactores del dictamen, porque afirman también que «la revolución no puede cimentarse ni sobre el apoyo mutuo ni sobre la solidaridad».

Como se ve, habría tela suficiente para cortar si quisiéramos entretenernos en detalles. Pero creíamos superado en nuestros medios aquel individualismo del doctor Stokmann, que decía que el hombre más fuerte es el que está más solo. Nosotros opinamos lo contrario y sostenemos que nuestra libertad no halla un límite en la libertad de los demás, sino una confirmación y un apoyo, y pensamos con Proudhon que «el hombre más libre es aquel que tiene las mayores relaciones con sus semejantes». Y parodiando esto diríamos que el núcleo de convivencia más feliz y más libre es aquel que tiene más relaciones con los otros núcleos de convivencia y de esfuerzo. Al revés justamente de lo que se afirma en el dictamen.

Esta tesis de la conveniencia de la autarquía económica de las comunas es indicio de desco-

nocimiento lastimoso de las exigencias que corresponden al grado de cultura y de civilización a que hemos llegado. Al sostener que la comuna más libre es la que está más sola, la que se basta a sí misma, se entra en el terreno de la poesía y de la literatura, y en ese terreno puede decirse cuanto se quiera.

## El lugar de residencia

La comuna era una comunidad cuando era una familia o estaba ligada por parentesco de sangre. Lo fué aún a través de los siglos cuando, por encima del parentesco de sangre, los intereses comunes primaron sobre los particulares, y las necesidades de la defensa impusieron la solidaridad frente a peligros externos. Pero vinieron las grandes ciudades y el sentido de la comunidad se esfumó en ellas, descomponiéndolas en múltiples asociaciones. Hoy el lugar de residencia, a causa de los medios de comunicación, no implica necesariamente comunidad vecinal. Se vive aquí o allá por motivos diversos, por la calidad de las viviendas, por la proximidad de montañas o de ríos o de bosques, de fábricas o de escuelas. El centro obligado de convergencia del hombre es su lugar de trabajo. En algunos países una distancia de cincuenta y más kilómetros del lugar de trabajo o de estudio no es ninguna rareza. Y los que entendemos que habrían de descongestionarse las grandes ciudades, y pensamos que muchos de los que hoy se aglomeran en ellas, fijarán con gusto su residencia en poblaciones menores en un radio de muchos kilómetros alrededor de los focos de trabajo, con lo que ganarían en salud y podrían combinar su participación en la industria con tareas agrícolas si tal es su deseo, sin excluir las relaciones de vecindad posibles, no podemos tomar esas relaciones eventuales como base de la nueva estructuración económica y social. El hecho de habitar en una aldea cualquiera, con carácter estable o no, como trabajador de aquella localidad o como productor en una fábrica situada en la ciudad próxima, no obliga a aislarse allí ni a pretender que en aquella aldea se disponga de todo lo preciso para su independencia económica, ni obliga tampoco a tener con los demás vecinos otras relaciones que las de la mutua cortesía y el mutuo respeto. Se puede habitar en Moncada, en la falda de sus montañas, y trabajar en Barcelona, sin que por eso el afectado haya de eludir sus tareas y su control por el respectivo organismo de producción a que pertenece. Su calidad de obrero, empleado o técnico importa más para nuestra organización social y económica que su calidad de vecino.

El lugar de residencia lo era antes todo, era el mundo entero del hombre primitivo. Hoy, su significación es muy escasa. Cuando se vivía en los bosques vírgenes, el territorio de la dimensión de una gran ciudad era todo el mundo conocido; cuando se comenzó a emplear el posillón de correos, la visión se ensanchó a los li-

mites de una pequeña provincia. El ferrocarril primitivo aumentó el territorio que entraba en la comprensión de la generalidad de los hombres a todo un país; el perfeccionamiento mismo del ferrocarril (desde París a Strasburgo se iba en 1834 en 47 horas; actualmente apenas se tarda 7 horas) habría debido borrar las fronteras en continentes enteros. Y con la aviación el mundo es pequeño para las relaciones, el intercambio, la ciudadanía moral.

Una de las grandes causas de la tragedia moderna es querer contener el progreso técnico realizado en los estrechos límites de los nacionalismos. ¿Y es permitido que aún quieran ir nuestros camaradas más allá de ese retroceso y nos vuelvan a las concepciones territoriales de los habitantes de los bosques vírgenes? El comunismo tiene esas reminiscencias.

Aun cuando nos sea posible en los ensueños románticos suspirar por el anarquismo pastoral de Sylvain Marechal, la vida ha andado su trecho y hay que buscar la felicidad y la libertad, no en el encerramiento, no en la vuelta al localismo superado, sino en el aprovechamiento de todos los recursos de la naturaleza, de la ciencia y de la técnica para aumentar el confort, la producción, el saber. La industria no es un producto de la fantasía, sino una realidad. Lo deplorable es que haya sido monopolizada en interés de castas privilegiadas, y la máquina, en lugar de ser un alivio del hombre, se haya convertido en su desgracia. Pero eso no quiere decir que hemos de poner, en lugar de la industria, que implica estrecha coordinación nacional y mundial de todas las fuerzas y riquezas, el regreso a las comunas pastorales, a las visiones virgilianas; lo que nos corresponde es libertar la industria de manos del capitalismo y del Estado para que dé el rendimiento que puede dar en beneficio común.

La revolución que queremos no es para retroceder al paraíso poético de los artesanos y a la vida de los pastores pintados en medio de sus rebaños con la ocarina en los labios, sino para avanzar; no es disminuir nuestras exigencias, sino para acrecentarlas y satisfacerlas. Para ello habrá que multiplicar las fábricas, los ferrocarriles, los medios de transporte y comunicaciones, las carreteras; habrá que multiplicar el aprovechamiento de las fuerzas naturales. Y todo ello se hará en el sentido del desenvolvimiento industrial, que llevaremos en pocos años a un nivel de que no son capaces ni el capitalismo ni el Estado.

El lugar de residencia es sobre todo cuestión de gusto y de inclinación individual, de apego natural al terruño, pero no es base de una organización social productiva. Además, lo que se haga localmente, en tanto que vecinos, es cuestión que incumbe a los vecinos mismos. ¿Para qué entretenernos en legislar o dictaminar al respecto? Lo que importaba era saber cómo hemos de organizar la producción y la distribución, que no es del dominio de cada localidad, sino del país entero, y garantizar esa producción y

esa distribución contra toda forma de parasitismo. Esto no se nos ha explicado.

## La comuna en economía

La comuna ha tenido dos poderosas razones de existencia, después que dejó de ser una comuna-familia, una de naturaleza económica y otra de naturaleza política.

Se producía en ella casi todo lo que la población necesitaba para su alimento y su vestido. El intercambio era rarísimo, podía prescindirse de él. La comuna era económicamente independiente. Y si aun se busca en España, se encontrarán ejemplos múltiples de esa independencia y de esa autonomía económica. Pero la distancia recorrida en el sentido progresivo y cultural debe medirse por el grado en que las comunas han dejado de ser independientes en economía. Si en lugar de conocer esas comunas prácticamente, con sus miserias, con sus privaciones, con su suciedad, con su falta de higiene, con sus pobrísimos horizontes mentales, las vemos a través de la literatura, sentiremos envidia hacia sus habitantes felices, pintados por quienes los han visto a distancia, o en los días de fiesta.

No, no es esa independencia económica y espiritual la que hemos de respetar, la que la revolución puede favorecer; es preciso que pasen por todas las comunas carreteras o ferrocarriles, que se enseñe a los campesinos a trabajar con más rendimiento y menos sacrificio utilizando las adquisiciones de la agricultura y de la ganadería modernas, es preciso que cada uno de sus habitantes se ligue por mil vínculos a los habitantes de otras comunas, de otras provincias, del país entero; así aumentará la cultura, así se estimulará el progreso, así despertarán energías insospechadas. De nuestras aldeas no habría de quedar siquiera el nombre; habrían de ser reconstruidas con habitaciones confortables, sanas, higiénicas, provistas de todos los adelantos posibles; es decir, habría que llevar la ciudad a la aldea, no pensar en lo contrario. Ahora bien, esa obra no es realizable más que con el moderno desarrollo industrial. Y la gran industria destruye las églas campestres. ¿Hay que deplorarlo? De cualquier forma, es en ese sentido en el que hay que avanzar.

## La comuna frente al Estado

En España tenemos una gran tradición comunal, desde mucho antes de haber hecho su aparición el federalismo proudhoniano, divulgado a su manera por Pi y Margall con vistas a su República federal basada en las autonomías municipales. Hemos tenido las orgullosas comunas de la Edad media, que trataban de igual a igual con reyes y nobles, a quienes habían arrancado fueros, regalías, pactos de mutua conveniencia. Los heroicos movimientos de los comuneros de Castilla, para no nombrar si no los más conocidos, son en el fondo una rebelión de las comunas

contra el Estado nacional que acababa de aparecer. Su derrota significó la pérdida de las libertades conquistadas y el triunfo del absolutismo. Un lejano eco de aquellas rebeliones contra Carlos V fueron los movimientos cantonalistas del último tercio del siglo pasado. ¿Qué querían los cantonalistas sino oponer la comuna al Estado, descentralizar el poder, en el sentido pi-y-margalliano?

Nosotros hemos visto siempre con buenos ojos toda tentativa, aun en el régimen económico y político vigente, para afianzar la autonomía municipal en detrimento del poder central del Estado. Aun al precio de hacer de cada comuna un pequeño Estado, como preveía Eliseo Reclus al considerar críticamente los esfuerzos para oponer la federación comunal al Estado centralizador.

Pero si propiciamos la desaparición del Estado, si queremos suprimir el organismo político en general, la comuna, que tenía una significación cuando existía el localismo económico, que tiene un valor de refugio contra el despotismo centralista, ¿qué misión ha de cumplir cuando haya desaparecido el Estado?

¿Quién ha de formar las comunas? Puede acudir el pueblo entero a un pequeño consejo, pero no en las ciudades. Se han de nombrar delegados de la población. ¿Se hará por el régimen del sufragio universal? ¿Creemos que el sufragio universal será en nuestras manos más eficaz que en las de nuestros adversarios para conocer el estado de la opinión pública? En la previsión de Besnard se atribuye a las comunas la tarea de la distribución. ¿Es que hay una función comunal que no sea hecha por obreros, empleados o técnicos? ¿Es que esos obreros, empleados o técnicos no estarán en sus sindicatos correspondientes? Y si están en ellos, ¿a quién habrían de tener en cuenta, a los sindicatos o a la comuna? Si la

comuna es formada por agrupaciones productivas — democracia funcional, la única que aceptamos —, ¿qué papel tendrían las federaciones locales de sindicatos productores y distribuidores? Si la comuna es el nuevo nombre de la federación local de sindicatos, puede aceptarse, pero entonces la conservación del nombre supone un injerto innecesario de fraseología política. Si se parte del lugar de trabajo, están de más las comunas autónomas, porque lo que surge espontáneamente es la asociación local, regional, nacional e internacional de esfuerzos afines, las industrias o funciones socialmente necesarias. En economía hay que desterrar la ilusión del localismo.

Y si aparte del trabajo organizado se forman núcleos de relaciones sociales, se hará libremente, según los gustos, las aspiraciones, las aficiones comunes, y en ese dominio no necesitamos entrar, porque no podríamos definir de antemano cómo y cuáles serán esas asociaciones. No será una sola, serán tantas como ideales a realizar, científicos, artísticos, deportivos, etc., haya en los hombres.

En resumen, si en el dictamen sobre el comunismo libertario se dan detalles excesivos sobre los enfermos de amor, el lector queda en ayunas cuando quiere saber cómo ha de organizar la Confederación la producción y la distribución, un asunto algo más interesante para todos que aquél. No se saca nada en claro sobre la misión de los sindicatos, de los organismos productivos, pues si en un pasaje se les reconoce, en el otro se les niega y se les suplanta por las comunas. «La comuna hará esto, la comuna hará aquello, la comuna hará lo de más allá», nos dicen en el dictamen; como nos dicen todos los días los cultores del estatismo: el Estado hará esto, el Estado hará aquello, el Estado hará lo otro...

## Lo que en la guerra pierden los pueblos lo ganan los fabricantes de armas y municiones

He aquí algunos datos sobre los beneficios y dividendos de algunas empresas italianas de las que coope-

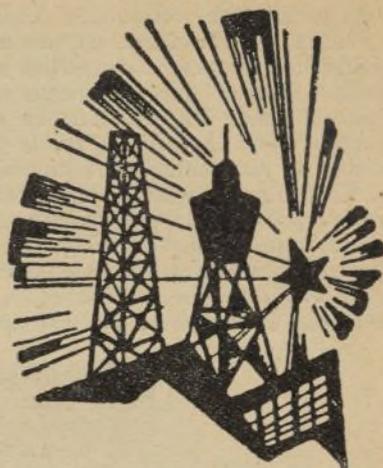
raron a la preparación de la conquista de Etiopía, encantadas de la aventura:

Sociedad	Capital	Beneficios		Dividendo	
		1934	1935	1934	1935
Fiat . . . . .	400.000.000	24.165.653	39.118.857	5 %	7'5 %
Pirelli . . . . .	200.000.000	26.088.461	29.200.199	9'5 %	10 %
Edison . . . . .	1.620.000.000	137.686.944	142.497.342	8 %	8 %
Ilva . . . . .	560.000.000	29.560.000	36.461.603	5 %	6 %
Snia . . . . .	345.000.000	26.152.918	34.138.859	8 %	9'2 %
Italcementi . . . . .	147.500.000	12.700.000	14.110.961	9 %	9'4 %
Distillit . . . . .	130.000.000	11.850.000	11.752.784	8 %	8 %
Isotta Frasch . . . . .	49.400.000	2.340.000	5.255.762	0 %	6 %
Montecatini . . . . .	600.000.000	86.966.547	92.482.707	8 %	8'5 %
Magona d'Italia . . . . .	20.000.000	9.489.368	10.195.541	47 %	51 %

¡Si la guerra continuase ininterrumpidamente, qué gran negocio para la industria y el comercio de los grandes magnates!

# La conquista de la energía

Por el  
Ingeniero P. ALSINA



**Evolución técnica** La historia conocida y registrada de la humanidad no es más que un fragmento ínfimo de la vida del hombre sobre la tierra. Sin embargo nos muestra ya a nuestros antepasados absolutamente a merced de la propia fuerza individual; nos los muestra luego con las primeras herramientas y las primeras armas de piedra tratando de multiplicar la eficacia de su propia energía. Nos los presenta al correr de los tiempos en las manufacturas, en el artesanado, conquistando paso a paso nuevos auxiliares, creando obras de utilidad para la agricultura, herramientas más y más perfectas. Abandonando el trabajo material de la producción a los esclavos o a los siervos, los estratos cultos de la sociedad se consagraban a la gobernación, a la guerra, a la literatura y a la filosofía. Hasta no hace muchas décadas se consideraba denigrante el trabajo manual, y en España, sobre todo, el orgullo de los hidalgos e hijosdalgo les llevaba antes a la muerte por inanición que al contacto pecaminoso con la pala y el pico, con el martillo o la hoz. Así se produjo la caída vertiginosa de España, elevada por el trabajo en la industria y la agricultura, en tiempos de los árabes, a uno de los primeros puestos en el mundo.

El descubrimiento de James Watt en 1769 y la generalización de la máquina a vapor desde comienzos del siglo XIX, ha multiplicado de un modo inesperado la energía en manos del hombre. Por todas partes aparecieron máquinas de trabajo, primeramente en el hilado y el tejido; Stephenson puso en marcha en 1828 su locomotora y se inauguró así el dominio de los ferrocarriles. El panorama mundial se transformó en pocos años; la producción comenzó a inundar los mercados y a producir las crisis periódicas del capitalismo, tan trágicas en sus consecuencias para los asalariados.

Casi en el último tercio del siglo XIX, Werner von Siemens hace conocer su invento de la dinamo y así comienza el desarrollo de la electrotécnica. Echados a soñar no se habría llegado tan lejos como se llegó en la aplicación de la electricidad al trabajo y al confort de la huma-

nidad. Las energías puestas así a disposición del hombre se multiplicaron en proporciones formidables. Y en las mismas proporciones se multiplicaron las crisis capitalistas, fuentes de miseria que recuerdan los tiempos de penuria de la prehistoria, las hambres espantosas resultantes de las sequías, de las inundaciones, de las guerras o de otras plagas semejantes, sólo que esta vez producidas por la abundancia.

Se añadió a la electricidad el empleo del petróleo, la invención de los motores a explosión.

En 1928 se celebró una conferencia mundial de productores de energía y se dió la cifra de 790 mil millones de kilovatios hora como producción de entonces. Esa cifra se descomponía así:

400 = 50'7% procedente del carbón.

208 = 26'4% procedente del petróleo.

156 = 19'7% procedente de la fuerza hidráulica.

25 = 3'2% procedente del gas natural (casi exclusivamente en Estados Unidos).

Esa energía proporciona un trabajo de que no serían ya capaces 20.000 millones de hombres, es decir, diez veces más de los habitantes del mundo.

Desde 1928 no se ha cesado de avanzar en el dominio de la energía, captando de año en año nuevos millones de kilovatios o caballos de fuerza, sea por la mejor utilización del carbón, sea por el aprovechamiento de las caídas de agua, sea por un mayor dominio de las fuentes del petróleo.

**Más importante que la conquista del pan**

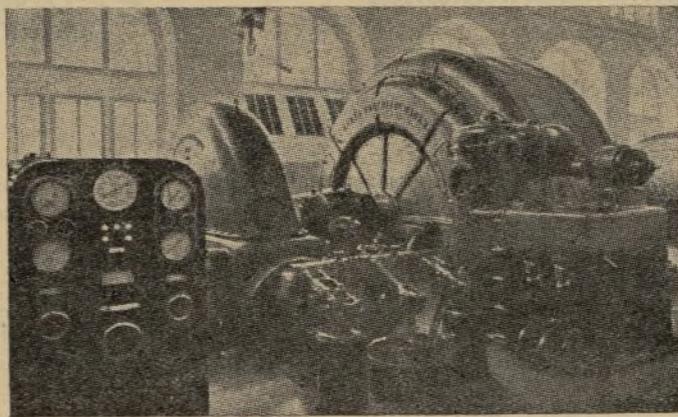
Hay algo más importante para la especie humana que la conquista del pan, es la conquista de la energía, de la cual el pan es uno de los infinitos resultados. Un golpe de audacia o una descomposición del régimen actual puede poner en nuestras manos la riqueza social y natural monopolizada hasta aquí por las clases dominantes; pero la verdadera revolución será aquella que consiga poner al servicio del hombre más energías, todas las que el estado actual de la técnica y de la

ciencia permite conquistar, canalizar, domar.

James W. Fairgrieve, en su estudio sobre la geografía y la potencia mundial, ha dicho: «Se puede sostener que el aspecto material de la historia puede ser concebido en el más amplio sentido como la historia de la capacidad creciente de los hombres para dominar la energía.»

El enriquecimiento popular resultante de la recuperación de la riqueza por la expropiación de los expropiadores, es sólo relativo. Si mañana distribuímos equitativamente lo existente, haremos una obra de justicia, es verdad, pero el bienestar consiguiente no será apenas percepti-

productores y consumidores mismos. Cuando Malatesta censuraba con una dureza no habitual en él los cálculos superoptimistas del profesor Sensine, patrocinados por Eliseo Reclus, sobre la riqueza de la tierra y la riqueza de la industria, tenía muchísima razón. No existe superabundancia más que en relación con los mercados capitalistas, y la revolución, ha de significar algo positivo, debe ser en la línea, no de la conquista del pan, sino en la de la conquista de la energía para aportar a la especie humana la posibilidad de enriquecerse efectivamente. La verdadera revolución ha de hacerse después de la expropia-



*Dinamo-turbina con 10,000 kw. de rendimiento en la usina Barberine, de los ferrocarriles suizos.*

ble, y aunque lo fuera no sería todo lo que puede ser. Aun cuando el mundo está en ruinas porque produce demasiado su agricultura y en su industria en relación con la capacidad adquisitiva de los mercados capitalistas, la verdad es que ni siquiera el agua es abundante. Infinidad de poblaciones españolas, se cita como caso típico el de Medina del Campo, han sido diezmadas por la escasez de agua. Y bastaría que en una ciudad como Madrid se le ocurriese a su población tomar todos los días un baño para que viésemos de inmediato las escasas existencias disponibles. Y no digamos nada del vestido, de la alimentación, de mil cosas, si no de primera necesidad, ineludibles ya en el estado de civilización y en el grado de cultura a que hemos llegado.

Se elevan los clamores de los acaparadores de cereales al séptimo cielo y se habla de la desgracia que significa el sobrante de la cosecha; pero si mañana los españoles, libres del suplicio de Tántalo de la economía capitalista y de la opresión estatal, se pusieran a comer el pan que necesitan, todas esas existencias agobiantes de hoy y las posibilidades desaparecerían como por encanto en los estómagos exhaustos.

Queremos decir con esto que los revolucionarios no hemos de hacernos excesivas ilusiones sobre el simple cambio de la riqueza social de manos de las clases parasitarias a manos de los

expropiadores, conquistando para el hombre un dominio de acción en correspondencia con la técnica moderna y con las necesidades crecientes de la vida individual y colectiva.

**Atraso de España** España es sumamente pobre; hay que deshacer la leyenda patriótica de su riqueza natural. Su tierra productiva apenas alcanza a cinco millones de hectáreas; pero cuarenta millones de hectáreas más pueden ser acondicionadas para una mejor producción si establecemos los riegos posibles, si sabemos producir los abonos convenientes y sobre todo repoblar los bosques desaparecidos. Su potencia de energía aprovechada es insignificante. Extrae de sus minas unos siete millones de toneladas de carbón. Ahora bien, se calcula que la fuerza hidráulica de sus ríos puede dar más de doce millones de caballos de fuerza, o sea el equivalente a 75 millones de carbón, diez veces más de lo que sacan de las entrañas de la tierra, a costa de sacrificios de vida, de salud, de rigores, 60.000 hombres.

No queremos decir que las minas de carbón han de cerrarse; lo que decimos es que su producción entera puede ser substituída solamente por el aprovechamiento de un solo río, el Ebro. De los doce millones de caballos de fuerza que se pueden obtener de los ríos españoles, no se alcanza todavía a un millón y medio. Sin em-

bargo se habla de 600 ingenieros españoles sin trabajo, sin contar los obreros disponibles para esas y otras tareas.

España no ha desarrollado siquiera su potencial siglo XIX, es decir, el vapor; y en cuanto a la electrotecnia apenas ha dado los primeros pasos, aquellos únicamente que han parecido rentativos para los capitalistas belgas, franceses e ingleses. La revolución debe hacerlo todo en ese terreno y crear en pocos años un imperio sobre la energía disponible que ni el capitalismo ni el Estado son ya capaces de crear.

No necesitamos conquistar nuevos territorios; basta y sobra con el aprovechamiento de los que tenemos, y con la utilización de las energías aprovechables.

**El agua, el aire y el calor solar** Toda la energía viene del sol; el carbón, el petróleo, son energías solares

almacenadas. Las corrientes de agua, las corrientes de aire, son también resultado de la energía del sol. El ideal sería aprovechar directamente esa energía, y ya se habla de utilizar en ese sentido los desiertos africanos, en los que, utilizada en una millonésima parte, podría surtir de energía a todo el mundo y transformar la faz de la tierra.

Se han utilizado hasta aquí dos formas de energía almacenada que tienen un límite más o menos próximo, y casi todo el instrumental de la industria, de los transportes, etc., está condicionado o bien para el vapor o bien para el petróleo. ¡Y en la combustión del carbón para la producción del vapor se pierde sin utilidad ninguna casi el 85 por ciento de la energía!

Y como no se sustituye un aparato de tanta magnitud de la noche a la mañana, también la revolución habrá de seguir utilizando el carbón y utilizando el petróleo, aunque ha de orientarse preferentemente a fuentes menos onerosas de energía y más permanentes.

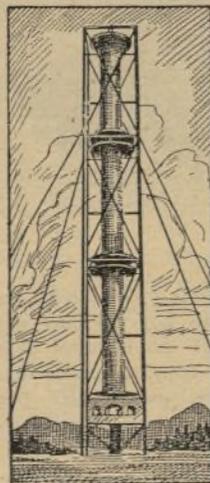
La fuerza de los ríos españoles es inmensamente superior a sus existencias de carbón, y su aprovechamiento está ligado a menos sacrificios, pues bastan las obras para el montaje de las turbinas y dínamos.

No se ha calculado la fuerza del viento, pero no sería menor que la del agua. Lo mismo que se han hecho mapas hidrográficos, se podrían hacer sobre las corrientes de aire y medir su intensidad, para calcular la energía transformable en electricidad. Se han hecho en algunos países ensayos satisfactorios; pero se han hecho siempre desde el punto de vista de la rentabilidad capitalista. Se tiene el inconveniente de la irregularidad de esas corrientes, como también se tiene el de la irregularidad de los ríos, más ricos en unas épocas del año que en otras. Pero todo tiene su compensación posible en acumuladores eventuales, químicos o mecánicos, de la energía sobrante. Se puede transformar, por ejemplo, la energía eléctrica en energía química, para su transporte y su utilización en otras formas. No hay para ello dificultades técnicas, sino sim-

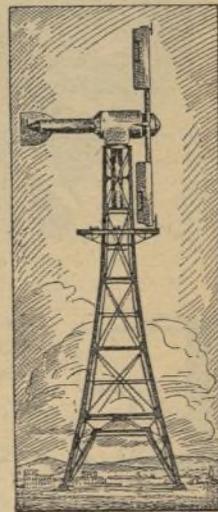
plemente razones de rendimiento capitalista.

«El anillo de las condiciones técnicas previas, escribe Alfred Lowitsch en su librito *Energie-Planwirtschaft un Sozialismus* (técnica y materiales de construcción, dominio de la presión, temperatura y síntesis química) está ya cerrado. Si cierra además la sociedad socialista el anillo de las condiciones previas económico-sociales, no cabe ninguna duda de que el viento inconstante, hasta ahora estéril, constituirá un poderoso auxiliar en todas las penurias de energía.»

El calor del sol, mientras no se haya llegado a una utilización directa en forma viable, puede



Usina aérea Flettner.



Usina aérea rotor, según Svonius.

aprovecharse por medio de las plantas, acumuladores naturales de energía. En este aspecto, el sol es en España una riqueza que envidian muchos países del norte, y no la utilizamos. Al contrario, lo que podría ser una bendición se convierte en una devastación catastrófica, como es una devastación catastrófica el agua de las lluvias torrenciales en lugar de ser la salvación de comarcas afectadas por la sequía, por la aridez del suelo.

No hay temor alguno a las consecuencias de un próximo agotamiento de las existencias de carbón y de petróleo. Ya hoy pueden ser sustituidos en gran escala, e incluso totalmente. Y no hemos hablado de las diferencias de temperatura en el mar, de la fuerza del flujo y el reflujo de las aguas, de mil otras posibilidades.

**Lo que ha de hacer la revolución en España** La abolición de la economía capitalista

y de su aparato defensivo, el Estado, pondrá en los lugares de trabajo no menos de doce millones de personas, donde ahora apenas contamos cuatro.

Pero con ser importante ese aumento de fuerzas humanas, no es eso lo que más importa, sino la posibilidad de una grandiosa conquista de energía en España misma, una energía que pro-



# Bosquejo de la economía totalitaria del dólar

Por FELIPE ALAIZ

**L**A América del dólar y la Europa del rublo representan hoy por hoy dos polos económicos, no opuestos sino semejantes, de economía totalitaria. Los dos planes quinquenales por parte de los Soviets y el plan Roosevelt por parte de los Estados Unidos son las demostraciones más insostenibles de intrusión totalitaria estatal en la economía.

Destaquemos ahora la economía del dólar para estudiar en otra ocasión la economía del rublo. Fijémosnos objetivamente en la catástrofe que siguió a los planes económicos no realizados, sino fracasados, en el inmenso territorio que se extiende desde el Canadá hasta Méjico, entre el Atlántico y el Pacífico.

Hay dos economías antípodas: economía totalitaria y economía federal. La primera es centrípeta y la segunda centrífuga. No importa que una economía se elabore con etiqueta burguesa o con etiqueta proletaria política. Lo que caracteriza una economía, lo que verdaderamente hace de ella un valor positivo y progresivo, es la moral, nunca la manera de construir o repartir tornillos, ni la velocidad empleada en mon-

tar tractores. Los economistas proletarios aspiran a estadistas y los economistas burgueses que son estadistas directa o indirectamente, multiplican hombres por cosas y resulta un producto de cosas, sacrificando a los hombres despóticamente. Esto es vil y abyecto, tanto si lo hace un proletario auténtico, como si lo hace un proletario disfrazado de tal, como si lo hace un técnico, un burgués o el moro Muza.

El único y exclusivo elemento de la producción, el único factor de ella, es el hombre. Las primeras materias, el utillaje grande o pequeño, el transporte, las manufacturas, todo es obra del hombre y no de ningún estadista que multiplica hombres por toneladas y resultan toneladas; ni es, tampoco, obra de ningún líder de la producción, ya que el líder no produce nada más que programas de trabajo para los demás, molestias y gastos. El líder aspira al poder para decretar que se haga una carretera pero no para hacerla.

El hombre, sólo el hombre, es autor de todo, constructor de todo, transformador de todo. Cuanto le atañe ha de ser obra suya propia, no obra ajena. Ningún partido, ningún sector más reducido que el

---

ducirá más riqueza y tendrá un valor más efectivo que las conquistas de los reyes Católicos, de Carlos V y de Felipe II. En lugar de un imperio territorial, en donde no se ponía el sol, España puede ser el primer imperio de la nueva era social. Hay en sus ríos, en sus corrientes de aire, en sus minas, en sus rayos solares que abrasan hoy estéril o nocivamente, campo de acción y de conquista para varias generaciones. El nivel de vida y de confort que hoy es propio de una minoría infinitesimal, puede ser el nivel común de todos los españoles. Para eso queremos la

revolución, por eso trabajamos por un cambio de las condiciones económicas y sociales. No para quitar a unos cuantos ricos su riqueza, sino para hacer ricos a todos los seres humanos, porque no nos falta nada para llegar a ese objetivo. Tenemos brazos abundantes, tenemos territorio, tenemos sol, tenemos agua, tenemos técnicos, tenemos corrientes de aire, tenemos materias primas. Con todo eso, bien aprovechado, podemos vivir todos como viven hoy sólo muy pocos y disfrutar de la vida como disfruta sólo una infima minoría.

conjunto del pueblo puede determinar el régimen para todo un pueblo, porque si lo determina es una vulgar concentración de entrometidos la que legisla, igual que el conjunto de entrometidos parlamentarios actuales que los electores nos hacen padecer votando para que cerca de medio millón de maleantes desertores del trabajo y de la decencia se metan en lo que no les importa. Cuando se es diputado lo mismo da tener acta burguesa que proletaria. Se es un desocupado voluntario y un gandul.

\* \* \*

La abundancia de parados voluntarios en el continente del dólar determinó la aventura de Roosevelt. Todo fueron planes dictatoriales y totalitarios, hijos de imaginaciones estériles.

Desde 1918 a 1928 un mecánico ganaba en los Estados Unidos de setenta a cien dólares-semana. Época llamada de prosperidad, aunque ésta era artificial, privativa de los burgueses y también del trabajo que acostumbra a llamarse calificado por el hecho de que se retribuye mejor. El mecánico que ganaba de setenta a cien dólares ahorra, tenía casa propia en el campo, automóvil y piano; tenía una sirvienta, generalmente negra, y jugaba a la Bolsa.

En 1931 la crisis era un hecho casi viejo. Había quince millones de parados. El mecánico que ganaba de setenta a cien dólares hipotecó la casa, despidió a la sirvienta, se deshizo del coche... Y salió Roosevelt fijando un salario semanal para el mecánico, salario cuya cuantía equivalía a lo que ganaba en un día seis o siete años antes el mismo mecánico.

Pero éste inventó entonces la subclase, aunque ya estaba inventada, formada, en términos generales, por inmigrantes relativamente recientes, además de la población negra y amarilla, constituyendo en conjunto el peonaje, que un mecánico calificado consideraba descalificado, igual que lo considera el más torpe de los burgueses. Y entonces fué cuando el trabajador calificado puso el grito en el cielo. Se creía una especie de semidiós y tenía que venderse las joyas para vivir. En vez de ayudar al calificado al peón se alzó sobre él. Las organizaciones obreras — Federación Americana del Trabajo y Trabajadores Industriales del Mundo — cayeron en la sima autoritaria. La primera no cayó, sino que recayó; la segunda, en realidad, se sintió atraída por lo peor de Moscú. Capataces y contramaestres que habían abandonado siempre a los trabajadores de salario reducido, empezaron a plantear huelgas, de la misma manera que antes las reprimían.

La tragedia, la verdadera tragedia era que en el proletariado había clase y subclase. Este problema, que habrá que afrontar decididamente en todo el mundo, se ocultó oficiosamente y se revistió de papel con planes hechos de papel y estadísticas amañadas. Pero la verdad era que la subclase iba a ser reducida al papel que representaron los parias en la antigüedad y que la clase obrera calificada trataría por todos los medios de volver a tener una criada negra.

\* \* \*

Los planes quinquenales de Rusia no tenían más objeto que especular sobre el trabajo forzoso multiplicando hombres por toneladas para obtener tonela-

das. Los planes de Roosevelt no tuvieron más objeto que reducir la vida general valiéndose de los parados y de los famélicos, masas de maniobra manipuladas por la política en todo el mundo.

¿Cómo se hizo? Hay que establecer ordenadamente una serie de hechos determinantes. Hagámoslo en serie:

1.º En los años inmediatamente anteriores a la guerra el progreso maquinista acumuló superproducción de *trust* por el déficit alimenticio de la subclase.

2.º Desde que los Estados Unidos entraron en la guerra hasta el armisticio se produjo en el país del dólar siete veces más para los acaparadores de lo que normalmente representaba el aprovisionamiento de los ejércitos aliados, que comían bien mientras ayunaba la subclase.

3.º El régimen aduanero proteccionista y la política mundial de contingentes — Norteamérica somete a severo contingente hasta la inmigración — produjeron otro amontonamiento de mercancías del acaparador americano, mercancías que no podía utilizar la subclase, por carecer de medios adquisitivos.

4.º Las deudas de Europa con Washington tuvieron que aplazarse o cobrarse a pequeñas dosis, representando los cobros menos que los réditos vencidos. Las deudas quedaron, pues, sin amortizar. Según la falacia oficial, faltaron millones de dólares para obras públicas, lo que determinó obligada congestión de productos y de parados, continuando el hambre en la subclase.

5.º Al no comprar en los almacenes de los acaparadores unos millones de trabajadores del Oeste por valerse de su propia producción intercambiable directamente, los grandes almacenes rebosaron aún más, siguiendo con caracteres trágicos la economía deficitaria de la subclase.

6.º Se produjeron quiebras bancarias:

a) Por derrumbamiento de la renta urbana, ya que al no pagarse los alquileres y aumentar los impuestos quedó desvalorizada la propiedad, no pudiendo nutrir los caseros sus cuentas corrientes. (Entre paréntesis, éste fué el caso de la quiebra del Banco de Cataluña, originada por la dosificación técnica de alquileres iniciada y no continuada por el Sindicato de Construcción de Barcelona.)

b) Porque a pesar de la presuntuosa política financiera, de nada sirve el oro, ni siquiera en régimen burgués, cuando los que lo poseen son los mismos que poseen la gerencia de los instrumentos de producción y estancan ésta.

c) Porque la economía norteamericana centrífuga salió del colapso y quedó descongestionada en parte con la producción no controlada por las grandes firmas de acaparadores — casi todos banqueros o agentes de éstos —, sin que los depósitos pertenecientes a la economía concéntrica o de *trust* pudieran venderse, ni tampoco, en general, quedar afectos a garantía de préstamo, puesto que los prestamistas hubieran tenido que ser los mismos dueños de la producción almacenada y paralizada, prestándose dinero a sí mismos.

d) La abundancia de mano de obra redujo los salarios y aumentó las horas de jornada, produciéndose con tales perjuicios inhumanos una plétora tal de negociantes improvisados y advenedizos, que los bancos tuvieron necesidad de frenar la especulación, limi-

tando y dificultando la concesión de créditos, aunque frenaron con retraso y no pudo evitarse ni paliarse la quiebra. Esta fué un negocio, a pesar de todo, por la baja artificiosa de valores, compensada después por una contrapartida de juego de Bolsa. Antes de la racha de las quiebras, que afectaron a tres mil sociedades financieras, los imponentes o acreedores pudieron rescatar mil millones de dólares que Roosevelt quiso absorber proponiendo que se invirtieran en acciones de la N. R. A., o sea del plan dictatorial totalitario. El Presidente no logró movilizar aquellos mil millones que estaban en las Cajas Postales de Ahorro. Las quiebras bancarias eran productoras de nuevo parasitismo. Había núcleos financieros que quebraban dos, tres y cuatro veces con distintos nombres. Había incluso especialistas en quiebras, como los *gangsters*. Estos imitaban una marca comercial y rebajaban el producto en un 50 por 100, aumentando el premio de corretaje. El mercado se veía invadido por el producto falsificado. Los primeros fabricantes quebraban y los *gangsters* se presentaban antes de la quiebra para comprar a precios tirados lo que el fabricante no podía ya vender. Los falsificadores tenían la ventaja de no pagar impuestos ni propaganda y esto les permitía rebajar el producto. Luego, otros *gangsters* hacían quebrar a sus rivales, los inutilizaban a tiro limpio, los delataban, etc.

7.º Los rivales políticos de Roosevelt, como Wickersham, ministro de la Guerra de Hoover y presidente de la Comisión Reconstructora Industrial en etapa administrativa anterior, calificaron el plan Roosevelt de *dictadura socialista* y *anticonstitucional*, engrosando en el grupo enemigo del plan presidencial. Además de Wickersham y de Ford estaban contra Roosevelt, R. Lamon, gerente de la Patronal Metalúrgica. No estaba contra el Presidente porque éste fuera socialista; no lo era ni lo es; estaba porque los productos de la industria metalúrgica no se colocan al por menor — al menos en su mayor volumen — y los clientes que podríamos llamar de alta frecuencia por la cuantía de las demandas son elementos conservadores desde el punto de vista industrial y político, estando contra Roosevelt porque éste también es conservador y juegan todos a ver quién puede conservar más.

8.º ¿Aumentaron los salarios? Parcial y raquíticamente. ¿Con qué objeto? Se preguntaban los reformadores: ¿Destinarán los obreros el aumento de salario y el salario mismo a multiplicar las compras o a amortizar las deudas contraídas? El plan Roosevelt no era más que el intento de forzar los precios. Lo que antes del plan se compraba por doce dólares costaba después del plan dieciséis dólares. El aumento de salario en cuatro dólares quedaba en manos del comercio sin dar éste más víveres. Razonamiento que invalida los aumentos obtenidos por huelga y no invalida las huelgas arrinconándolas de una vez, para emplear procedimientos racionales de lucha.

9.º Seguían los fracasos económicos. Los Estados Unidos tienen cerrados los mercados del Pacífico por Inglaterra y sobre todo por el Japón con su economía de producción carcelaria a base de jornales consistentes en un plato de arroz. A los únicos países que pueden enviar los Estados Unidos tantos productos como deseen es a las Repúblicas latinas de América, pero sin cobrar los precios si no importan de aquellos

países mercancías de cuantía equivalente. Los subsidios para la exportación no son permanentes en América y en último término gravan lo que se exporta y lo que se importa, constituyendo un anticipo del Estado que empeora la crisis puesto que el anticipo hay que pagarlo dos veces.

10.º La prohibición de guardar oro, vigente en el país del dólar, es inútil para los que no pueden guardar ni cobre, pero lo que se propone el Estado al mantener la prohibición es fomentar las compras, mimar al comercio. He aquí lo que viene a decir el Gobierno: «Comprad mercancías y guardarlas en vez de guardar dinero; guardar dólares es ponerlos en riesgo de que mañana valgan menos por disminuir la capacidad adquisitiva; por el contrario, los precios de las mercancías tienden a elevarse y el ahorro invertido en mercancía proporciona ganancias; un dólar es hoy algo y mañana puede ser casi nada, pero cuarenta metros de tejido o dos sacos de azúcar son siempre cuarenta metros de tejido o dos sacos de azúcar. ¿Se ve claro cómo Roosevelt quería beneficiar al comercio, supremo parásito de América y del mundo? Nótese, además, que al hablar como lo hacía establecía en realidad que el dinero es una mentira y que el signo artificial de todas las transacciones es determinado por los productos y no al revés como cree la economía rezagada. En América la confianza en el dólar es infantil, incluso en los medios financieros. Al ponerse sobre el tapete la cuestión del nuevo código subió artificialmente el dólar en alas del optimismo. Bastó que un elemento tan adicto a Roosevelt como su tutor, el general Johnson, advirtiera levemente la posibilidad de una nueva depresión — calificada por él de crisis momentánea sin serlo — para que cundiera el pánico y el mercado de valores cayera rampa abajo casi verticalmente.

11.º ¿Qué signos adversos se notaban en los Estados Unidos contra la política totalitaria del dólar?

a) Los granjeros del Oeste que trabajan según diversas modalidades cooperadoras y no viven pendientes del artificio de alzas y bajas provocadas por los *carceleros de productos* que sistemáticamente los retienen almacenados para que aumenten de precio. Tales granjeros no son los que el Estado socorrió pagándoles hipotecas y otras deudas, además de favorecerles con lo que se llama *revalorización de cosechas*, que es el arte de encarecer artículos de primera necesidad. Son granjeros-productores directos que sustraen su economía a la acumulación centrípeta del *trust* y saben organizar entre ellos el intercambio sin recurrir al Estado ni al salario.

b) Las colonias sin patrono. Hay en ellas, y no sólo en el Oeste sino también en la vertiente atlántica cooperadores que son en buena parte procedentes de Rusia estricta, Balcanes, Polonia, Ucrania y litoral del Mediterráneo oriental. Muchos judíos de raza. También estas colonias van eliminando la supremacía del dólar mientras la economía oficial sigue aferrada a la farsa de la circulación fiduciaria. Sustraen su vida económica de la concentración del *trust* y no son súbditos del Roosevelt totalitario.

c) Los ciudadanos que en vez de crear necesidades artificiales suprimen artificios dañinos como el tabaco, el alcohol, la procreación sin control y la religión.

d) Los que aprovechan solidariamente las modernas transformaciones útiles de energía: transporte a

motor; alimentación racional; química sintética que, por ejemplo, extrae el nitrógeno-abono de la atmósfera; empleo de tractores potentes para substituir los abonos de aluvión industrial por elementos fertilizantes que hay a profundidad considerable, etc.

e) Los que por esfuerzo de autoeducación se asimilan la cultura libre, la juventud rebelde, la capaz de iniciativa y eficacia.

\*\*\*

Mientras ascienden lentamente estos valores ¿qué queda del plan Roosevelt? Nada. La N. R. A. (National Reconstruction Act) no es más que el programa patrocinado por las Cámaras de Comercio. Han sido rechazadas sus normas incluso por los tribunales del país. En realidad, lo que hizo la N. R. A. fué limitar la producción artificialmente para encarecerla aumentando el paro. Exactamente el programa de Gil Robles.

Respecto a los seguros de vejez establecidos oficialmente en América del Norte sobre el papel, prueban que nadie tiene garantizado el pan en la vejez. En realidad se establecen los seguros imponiendo gravamen sobre el salario tal como hizo Bismarck hace medio siglo en Alemania y quiso hacer Primo de Rivera; tal como se hace al aplicar la Reforma Agraria elaborada por Azafia y los socialistas en 1931, reproducida ahora para dar falso crédito al Estado, que caerá como ave de rapiña sobre los asentamientos cuando éstos produzcan y se creará un nuevo vampirismo de impuestos y burocracia.

Tres millones de propietarios agrícolas recibieron del Estado en América del Norte en 1934, 777 millones de dólares por sustraer a la producción 18 millones de hectáreas. Mientras ocurría esto, la Administración pública norteamericana nos hacía saber por medio de sus boletines que de cada cinco escolares, dos consumían ración muy inferior a la normal requerida por el organismo. O sea, que iban muriendo lentamente por falta de alimento.

En el Sur la superficie destinada al cultivo del algodón ha quedado reducida en un 28 por 100 en 1935, aumentando el paro.

El Estado norteamericano no sólo se considera subsidiario de los propietarios sino que lo es también de los banqueros. Prestó 93 millones de dólares a la insolvente casa bancaria Dawes de Chicago. También

se ven socorridas las empresas ferroviarias, los dueños de inmuebles, los tiburones financieros de toda especie. El Estado avala los grandes negocios y enjuga las pérdidas, como ocurre en Rusia. La artificiosa mejora de los negocios en América desde el año 33 se debe a que el Estado derramó millones y millones sobre los traficantes.

\*\*\*

Además hay en los Estados Unidos campos de concentración (Civil Conservation Camps). Seiscientos mil jóvenes empleados en trabajos forzados, hijos de indigentes. Cobran 30 dólares y la comida, pero de los 30 dólares han de enviar 25 a los padres. Esta institución recuerda la que paralelamente estableció Hitler en Alemania.

Cuarenta y nueve millones de norteamericanos viven del mísero socorro que da el Estado o bien sin socorro en absoluto y 15 millones caminan hacia la pobreza. Sin embargo, hay más dólares que nunca en los Estados Unidos, lo que prueba que el dólar, como toda moneda, es incompatible con el bienestar.

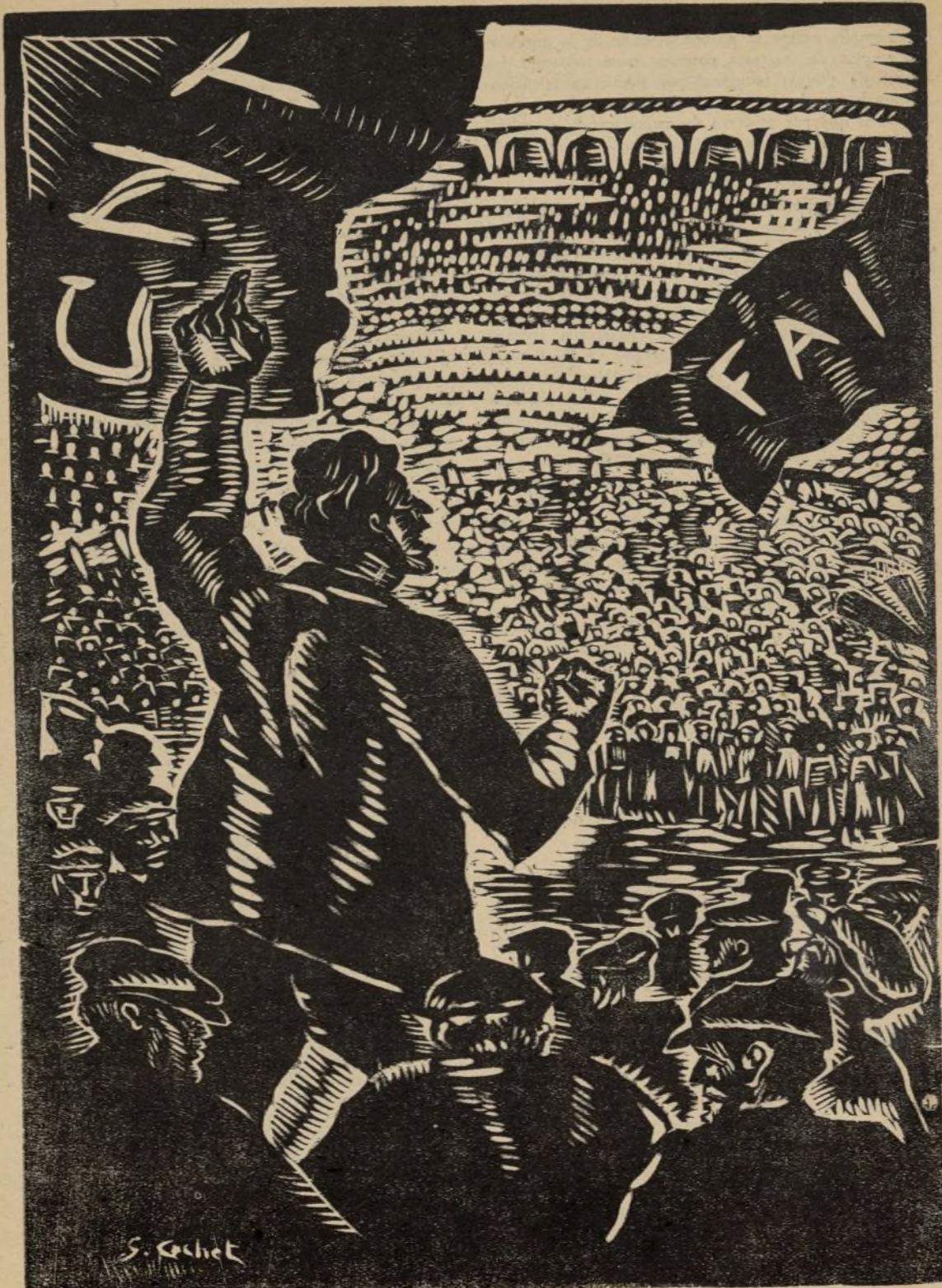
Muchos de estos últimos datos están sacados de un discurso del diputado norteamericano Tomás Amlie. En unión de los datos anteriores bastan para probar el estrago de la economía totalitaria a base de salario en América, el estrago del cultivo de una subclase colonial y el estrago de la unificación y centralización de la economía. Estos tres estragos se dan en el país soviético como en América y de esto se deduce que los Soviets imitan a los americanos en lo peor que esto hacen. En la propaganda soviética se advierte la imitación servil del maquinismo norteamericano, de los procedimientos norteamericanos de trabajo y divulgación. Los Soviets dan el 7 por 100 a los que participan en sus empréstitos, tienen el salario en su forma más abominable que es el destajo y lo hacen depender todo del centralismo político. Los fracasos reiterados de la economía soviética, que en realidad sólo es abundante en cifras y gráficos pero no en pan, se derivan de la falta de moral, de que para un marxista como para un banquero antimarxista y para un fascista lo esencial es multiplicar hombres por toneladas y obtener muchas toneladas. Igual que América, el soviétismo interpreta la Historia a base del paria totalitario, del decreto totalitario y del hambre totalitaria.

## Mapa olivarero de España

Producción de aceituna para la elaboración de aceite en las diferentes provincias españolas en la cosecha de 1931



TIEMPOS NUEVOS 271



## EL MITIN

Grabado en madera, por GUSTAVO COCHET

272 TIEMPOS  
NUEVOS

# La crisis de la Revolución Española

Por GONZALO DE REPARAZ



## I

**E**SPAÑA pretende hacer una revolución y no sabe. No puede saberlo porque se ignora a sí misma y porque nadie la ha enseñado qué cosa sea una revolución y cómo se hace. Ignorándose a sí misma es incapaz de orientarse. ¿De dónde viene? ¿Cuál es la causa de sus continuos tropezones en el camino recorrido? Nadie se lo ha dicho. ¿Entonces? ¿Qué nuevo rumbo seguir? Ahora bien, el nuevo rumbo a seguir es precisamente la revolución.

Porque revolución no es sólo destruir el edificio social. La destrucción es la primera parte de la obra, y la más fácil. La segunda parte, la principal y más difícil, es la construcción, labor que requiere larga preparación y gran inteligencia, porque los arquitectos tienen que resolver este problema magno: levantar la nueva fábrica con el mismo material humano de la antigua. Por tanto, hay que lavar, modelar, combinar, pero nadie piense en substituir las piedras, ladrillos y vigas. Con los mismos hombres hay que hacer otra cosa. Esa otra cosa es la revolución.

## II

En abril del 31 los llamados revolucionarios españoles se hallaron con el cadáver de la monarquía en los brazos sin saber ellos qué hacer. No la habían muerto; se había suicidado. ¿Causas del suicidio? Misterio para todos los enterradores. Y los pobres no atinaban con la manera de sacar de aquel entierro inesperado la cosa nueva necesaria.

Para que hubieran atinado habría sido preciso que desde muchos años antes se hubieran abierto cursos de Historia de España. Los Compendios escolares parecían (y siguen pareciendo) adrede escritos para que los niños la ignoren. La Universidad completa dignamente las tinieblas. Imposible, pues, crear un núcleo mental orientador. Véanse las obras de los apóstoles republicanos: Castelar, Ruiz Zorrilla, Figueras, Salmerón, Pi, Moraita. ¡Nada! Ninguna luz. Acusaciones a la Monarquía; imprecaciones contra la Iglesia; pero de por qué imperaron Monarquía e Iglesia tantos siglos con el asentimiento y colaboración del pueblo, ni palabra. Y esto era lo que más importaba explicar.

De ahí no habíamos salido cuando el último rey tomó apresuradamente el camino de Cartagena dejando expedito el del Real Palacio al primer Presidente de la República, el cual Presidente acertó a ser su antiguo ministro de la Guerra, uno de sus cómplices en la criminal conquista marroquí.

Esta confidencia es admirablemente simbólica y maravillosamente explicativa. La República no era más que una continuación, y nació moribunda, con poca más vida que la Monarquía misma. Y además, tontada. No enlazaba la muerte de ésta con la causa inmediatamente determinante de ella.

Esta causa era la guerra del Rif. La Monarquía había resistido a la acción destructora de la guerra colonial. La ofensiva republicana se redujo a bombardeos de retórica. Salmerón, Lerroux y otros revolucionarios formidablemente verbosos, la acometieron con sus frases más sonoras y terroríficas, pero ella resistió gallardamente, se rehizo, y cuando los tratados hechos en París por el marqués del Muni (siendo yo su asesor técnico) la llevaron a Marruecos, reincidió en sus desatinos bélicos con insensata terquedad. Diez años separan Cavite y Santiago de Cuba del Barranco del Lobo (1898-1909). Poco más de otros diez de la catástrofe final (Annual-Xexauen). El único que se opuso a la estúpida aventura fui yo. Costóme cara la oposición según les consta a los lectores de TIEMPOS NUEVOS. Perseguido ferozmente, protestante único y desamparado, tuve que emigrar al Nuevo Mundo, mientras don Alfonso, aplaudido por el coro de ilustres majaderos de la política y de la prensa, ascendía a la alta categoría de rey demócrata, festejado por liberales y republicanos, ensalzado por Azcárate, que iba a visitarle en Palacio y al salir proclamaba jubiloso la caída de los obstáculos tradicionales. Ante aquellos alabanciosos coristas de la Majestad Real, ca-

capitaneados por Canalejas, yo no era más que un discolo escandaloso e indeseable.

Don Niceto, desde su alto cargo de ministro de la Guerra, organizador de la campaña del Rif, veía en mí un rifeño más. Cuando fui a visitarle ocho años después, encaramado en las alturas de Presidente del Poder Ejecutivo de la República (de la República nacida de la protesta contra la guerra por él dirigida), casi como a un infiel rebelde me trató.

Volví a sumirme en la nada mientras él subía a la cúspide. Ahora ha bajado de la cúspide a la nada y aquí nos hemos encontrado.

### III

La guerra del Rif fué el epílogo de la Cruzada cristiana en Africa. Y como toda la Historia española tradicional no es sino una cruzada religiosa, acabada la Cruzada acabáronse automáticamente Monarquía, Iglesia y Aristocracia. Desaparecida la función los órganos creados para ejercerla, cabeza, alma y brazos, extinguiáanse con ella. Lo que comenzara con Pelayo en Asturias (la restauración del Imperio teocrático hispanogodo) había muerto en Annual el día de Santiago Matamoros de 1921. El discurso de don Alfonso dos años después en el Vaticano, declarándose ante el Papa campeón de la Fe, confirma la significación de la empresa hispana. Vencida la nación estaba vencida su forma tradicional de vida. Vencida y agotada. Muerta.

Por tanto, la revolución española viene del Rif. La han hecho los rifeños. Los republicanos, entretanto, habían seguido su guerra oratoria. Lea, quien tenga paciencia, los discursos por los jefes pronunciados para conmemorar el 11 de febrero del 26, el año decisivo. Los tengo en un tomo. Nadie busque en él el programa de la España nueva. Aquello es un almacén de doctrinas apolilladas.

### IV

Toda revolución nace de un germen que la contiene íntegra, como la simiente de una planta contiene toda la planta, o el huevo al animal completo.

El germen de la nueva España está en esta idea: la España católica, producto de la conquista europea y, por tanto, tradicionalmente europeizante, se ha extinguido; la España futura ha de buscar su nueva forma en su propio genio formado de una mezcla de elementos orientales, africanos y europeos, con preponderancia de los dos primeros sobre el tercero. O, más breve y más claro: debemos abandonar el molde de la civilización aria en que nos metieron a la fuerza, para crearnos nuestro propio molde íbero-bereber, es decir, semita.

Consecuencias:

Simplificación de la máquina de gobernar. (Abandono del tipo de Estado romano-germánico, amo y señor de todo y de todos.)

Igualdad social. (La sociedad aria, de la India a Inglaterra, está fundada en la diferencia de ca-

tegorías. Primero hubo las castas. Después, suavizadas las diferencias, las clases. En las clases estamos, y padeciendo la lucha entre ellas.) La gente arábigo-bereber apenas ha evolucionado desde la forma patriarcal primitiva. Es un conglomerado de repúblicas colectivistas, gobernada cada república por la asamblea de jefes de familia —*anfiz*—. (La sociedad bereber actual es la sociedad íbera prerromana en conserva. Hay que aprovechar de esa conserva lo aprovechable.)

Resultados lógicos de esas dos consecuencias:

a) República federal, primero española; después peninsular; finalmente hispanoafriana. Desaparición del centralismo administrativo y político. Consiguiente atenuación del estatismo.

b) Desmonte de la máquina pedagógica. Libertad completa de enseñanza, cual la había en la España musulmana, en la que no se conocían las carreras, ni había títulos académicos, ni establecimientos oficiales del saber. La cultura era social, no oficial y, por eso, intensa y verdadera. En aquella España todos sabían leer y escribir, y el aprendiz de un oficio que no sabía no era admitido en ningún taller, o sólo entraba si se contentaba con una retribución mínima. Hoy, en esta España europeizada, no saben escribir su lengua muchos literatos famosos. Afirmación fácil de probar. La Revolución mental española, prólogo necesario de la otra, no se hará mientras el Estado monopolice la enseñanza.

c) Desmonte de la máquina de relaciones exteriores. Ninguna sociedad puede existir sin vida de relación. Esta ley rige para todos los organismos vivientes. La inferioridad de España como organismo colectivo está patente en sus constantes desgracias internacionales a través de los siglos. Si esto sucedió cuando el aparato encargado de la función la ejercía de acuerdo con el Estado, qué sucederá ahora cuando el desacuerdo es completo? Urgía, pues — y urge cada día más —, la disolución del cuerpo diplomático y la reorganización del Ministerio de Estado. Puede meternos en la guerra que viene.

d) Reparto equitativo de la tierra. La conquista arábigo-bereber se hizo en cuatro años, y casi sin resistencia, porque los invasores barriaron ante ellos el derecho de propiedad romano-godo y restauraron la constitución social íbera. El pueblo se fué con ellos. La Reconquista duró 800 años porque despojó al campesino en favor de los jefes de la Cruzada. De aquí los latifundios y la situación actual.

e) Reparto equitativo de las demás riquezas.

Y sobre toda esta red de comunicaciones fáciles y baratas, para poner en circulación los productos del suelo, repoblación forestal, alumbramiento de aguas subterráneas, pantanos (el problema del agua es, juntamente con el del reparto de la tierra y el de la circulación, la base principal de la economía española), higiene, sin la cual la enseñanza obligatoria convierte a las escuelas en focos de infección.

— ¿Y el laicismo del Estado? — preguntará algún lector.

Asunto importante, sin duda, pero de fácil



# LA CIUDAD FUTURA *or* Le Corbusier

**S**ERÍA tonto el querer profetizar el progreso realizable en la técnica de la construcción en un futuro lejano. La evolución se está verificando muy rápidamente, y como, por otra parte, no estamos familiarizados con las posibilidades técnicas del año 2000, ni podemos conocer los cambios sociales que haya experimentado el mundo, es imposible anticipar lo que serán las «ciudades modernas» de esa época.

De lo que sí podemos darnos perfecta cuenta es de que las grandes ciudades de hoy, tal y como existen, pertenecen al pasado. Hace mucho que dejaron de corresponder a las necesidades de la sociedad, transformada por el progreso del maquinismo.

solución si se aborda con inteligencia. Oponer un misticismo a otro, intentar la curación de lo irracional irracionalmente, es el colmo de la estupidez. Lo que había que hacer, tras la separación de la Iglesia y del Estado, era quitar a aquella la protección de éste, de que por tantos siglos disfrutara, obligarla a pagar los impuestos corrientes, (es decir, a elevar las matrículas de sus colegios, con la consiguiente rebaja de alumnos) y favorecer la fundación de establecimientos laicos modernos con subvenciones y otros favores. Si resultaba que en España no había capitales ni profesores para vencer a los del otro campo... entonces resignarse y fastidiarse.

Pero no. A la larga el plan curativo expuesto, el programa de la verdadera revolución española, habría surtido sus efectos, y poco a poco, pero seguramente y sin resistencias perturbadoras, el cuerpo nacional, robustecido, habría eliminado los microbios patógenos.

Así como al alcohólico inveterado no se le puede privar del alcohol bruscamente, así tampoco a un organismo infectado sentimentalmente se le puede arrancar su sentimiento. Cuanto más se tire de éste más raíces echará. ¡Y la enfermedad mística hispánica cuenta ya 15 siglos de existencia!

V

De ese huevo revolucionario ¿cuál de los po-

No gastaré el tiempo en fantasear sobre la ciudad del año 2000. La fecha está demasiado distante. Consideremos, tan sólo el presente, y veamos la manera de transformar y construir una gran ciudad utilizando los medios a nuestro alcance.

Las herramientas están listas en nuestras manos, y sólo falta la colaboración de las autoridades y del sentimiento público para que la «Ciudad Radiante» sea una realidad.

Pero antes de entrar en detalles sobre esta armoniosa ciudad futura, debemos definir los principios en que se basaban las antiguas ciudades y los nuevos fundamentos de la sociedad moderna.

Hace cien años las necesidades se limitaban a equilibrar los ingresos y los gastos. Todo dependía del artesano. La vida era sedentaria y el uso

líticos españoles que salieron a escena el 31 llevaba en el cerebro siquiera una partícula?

Ninguno.

Por eso todo quedó en un cambio de nombres y una Constitución de papel. El hombre representativo del cambio fué el presidente elegido: Alcalá Zamora. ¡Si al menos hubiera correspondido al arabismo de sus nombres! (Alcalá Zamora: el castillo de los Zemmurs, tribu cericana a Fez.) Pero no; nada menos islámico que el nuevo Jefe de Estado. Nada menos islámico y nada más católico.

Pero acabemos este ya largo artículo.

La causa de la crisis de nuestra revolución, que la ha puesto a dos dedos de morir apenas nacida, es esta:

Insuficiencia de la intelectualidad española, moneda falsa fabricada en las tertulias de los cafés y en las redacciones de los periódicos.

Poca inteligencia, mala cultura, mucha picardía.

Más pícaros trepadores que políticos perspicaces y bien intencionados. Estos, hasta ahora, no han podido imponerse y dominar a aquéllos.

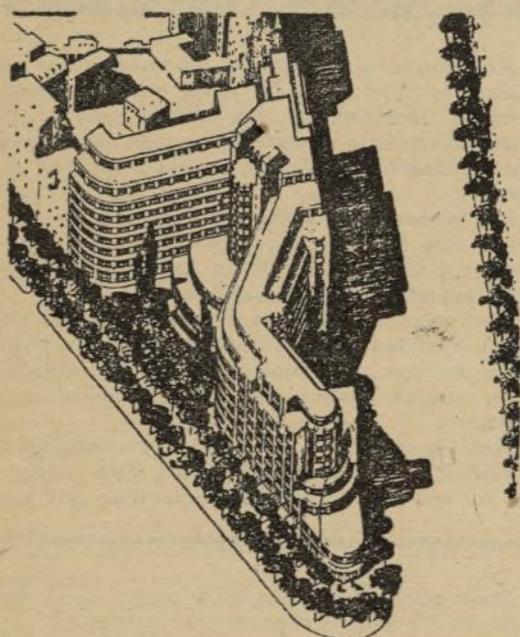
Así ha vivido la República su primer quinquenio. Entramos en el segundo. La marea va subiendo y el oleaje arreciando. Me parece evidente que se acerca una tempestad.

Esperemos, y trabajemos por mostrar el rumbo a los tripulantes del viejo navío.

Madrid, mayo 1936.

y consumo de artículos muy pequeño. Cuando el sol terminaba su carrera sobre el horizonte, la gente imitaba su ejemplo. Los campesinos eran más o menos pobres, la producción reducidísima y apenas si existían mercados de importancia.

Desde aquella época, las necesidades de la humanidad han ido aumentando, a medida que se desarrollaba el progreso de la Ciencia. El labrador y el obrero disponen hoy de aparatos que les permiten escuchar las más bellas páginas de Beethoven, oír conferencias y discursos políticos, en-



Perspectiva a vuelo de pájaro de la «Edenia» realizado por el arquitecto Charpentier.

rando las más diversas manifestaciones de la vida humana, en el reducido espacio de un altavoz. El cinematógrafo les hace conocer y desear un nuevo mundo.

La competencia, la lucha por la vida y el pan cotidiano han obrado milagros. Libros, periódicos y revistas han transformado por completo el mundo. Y esto no es debido al primer libro de Gutenberg, sino a la máquina de imprimir, que hizo su aparición en 1850.

¿Existe algún límite para este pugilato productivo? Sí, lo hay. El día solar tiene sólo 24 horas y, por lo tanto, forzosamente ha de llegarse a un punto de saturación. Cuando los pueblos están saciados sobreviene la crisis económica.

¿Qué hacer? Producir menos. Librar al individuo de la esclavitud a que le somete el maquinismo. Disminuir la jornada de trabajo. Seis horas. Tal vez cinco. Dominar la máquina, en vez de consentir que ella nos triture.

Además, el impulso social y económico de la post-guerra que, como consecuencia de la guerra,

alistó en las filas de trabajo a las mujeres, apartándolas del hogar, especialmente en Rusia, nos conduce por una senda equivocada. Restituyendo a la mujer a su puesto, al cuidado de su casa y de sus hijos, la oferta de la mano de obra será menor, disminuyendo el paro forzoso. Pero... ¡cuidado! Si la jornada de trabajo del hombre se reduce a cinco horas, no debemos obligar a la mujer a que trabaje doce horas en las labores domésticas. Si el hombre trabaja cinco horas en la fábrica o taller, su mujer sólo debe trabajar otras cinco horas en su hogar.

He aquí la base del problema.

Nuestra ciudad ideal debemos imaginarla sobre el principio de la jornada de trabajo de cinco horas para hombres, mujeres y niños. Necesitamos un nuevo sistema, pero antes de discutirlo quisiera llamar la atención de los lectores acerca de otro punto.

Es preciso que haya un completo cambio en el concepto de la propiedad privada. No es necesario llegar al colectivismo. Ante nosotros se ofrecen multitud de caminos a seguir. Hace unos años me entretuve en redactar un proyecto de ley sobre movilización de la propiedad. Se basaba en el principio de que si, en tiempo de guerra, todos los intereses privados debían subordinarse al bien general, el mismo principio debía aplicarse para la reconstrucción de ciudades.

El respeto a la libertad individual debe ser, a mi juicio, la piedra angular de toda organización moderna. Mi concepto de la ciudad ideal es éste:

El habitante de la ciudad, como peatón, debe utilizar toda la superficie del suelo, cubierto de parques y jardines. Nadie que vaya a pie podrá ser atropellado por un auto. Estos marcharán por caminos contruidos por encima de la copa de los árboles.

El ciudadano que tenga auto lo encontraría en el garage, al pie de su elevador. Quien desee alquilar un taxi no tendría que recorrer más de cien yardas para encontrarlo, en cualquier parte de la ciudad. Cuando llegase a su domicilio, un ascensor le conduciría inmediatamente a su piso. Al salir no tendría que recorrer más de cien yardas por un corredor, que en realidad sólo es una calle interior. Las calles exteriores serían reducidas considerablemente, ya que la mayoría de las calles serían interiores. De 12 a 15 calles estarían superpuestas, hasta una altura de 150 pies sobre el nivel del suelo.

Las casas no serían como las que hoy conocemos. Entre ellas no habría espacios libres. Formarían una línea continua, que atravesaría rectamente toda la ciudad. Las casas estarían cimentadas sobre pilares, de modo que quedara el mayor espacio libre del suelo. Como ya he dicho, la mayor distancia a recorrer a pie por la calle interior, desde la puerta del elevador hasta la vivienda más alejada, no excedería de cien yardas. Tan pronto como el ciudadano entrase en su hogar, ningún ruido perturbaría su tranquilidad. El aislamiento del sonido es hoy una realidad técnica. Paredes de cristal permitirían disfrutar de

las delicias del sol y que la vista se recrease en la contemplación de espléndidos parques y jardines.

Dentro del hogar cada individuo dispondría de una superficie de catorce metros cuadrados, lo que permite una densidad de población de cuatrocientas personas por acre.

Pero esto no es todo. en el exterior de las casas y en los parques se establecerían establecimientos benéficos para bebés, unidos a los grupos de casas por corredores cubiertos. Dichos establecimientos estarían rodeados de vegetación y servidos por nurses capacitadas, bajo la inspección médica. De este modo se obtendría salud, seguridad y protección para la infancia.

Las escuelas también estarían lejos de las casas y en los parques. Para cada dos grupos de casas habría una escuela primaria para niños de siete a catorce años. Los niños irían a la escuela por un camino a través del parque, de 50 a 100 yardas de longitud.

Existirían grandes terrenos para la práctica del fútbol, tennis, basketball, hockey y otros deportes. Y como elemento imprescindible, hermosas piscinas públicas de más de 100 yardas de longitud. En las terrazas de las casas, a 150 pies de elevación, se dispondrían playas artificiales para baños de sol.

Y llegamos ahora a la clave del planeamiento de la ciudad futura. Los servicios públicos. Por cada 3.000 a 4.000 habitantes se establecerá un almacén cooperativo, encargado de suministrar los artículos de consumo. Estos irán directamente de la fábrica o el campo a los almacenes, sin intermediarios de ninguna clase. Amplísimas cámaras frigoríficas conservarán en perfecto estado aquellos productos, tales como la carne, el pescado, la leche, etc., que pudieran alterarse. No habría necesidad de mercados, y el absurdo transporte de los alimentos, que hoy se verifica de las estaciones a los mercados centrales y de éstos a las tiendas al detall, desaparecería en beneficio de la higiene y del bolsillo del consumidor. El ama de casa no se vería forzada a salir con cualquier tiempo con la cesta al brazo a efectuar sus compras cotidianas. Desaparecerán muchos comerciantes, pero aboliremos el despilfarro y reduciremos el costo de la vida. Existencia nueva exige métodos nuevos.

En las casas — acaso estuviera mejor aplicada la denominación de «hoteles» — se dispondrán lavaderos mecánicos para el servicio de los inquilinos, terminando con ese contacto peligroso que hoy existe entre las ropas del centro de las ciudades y la de los suburbios. Un lavadero con más de 3.000 clientes es económicamente facti-

ble. En los grandes paquebotes el número de clientes excede en ocasiones de esta cifra. Los «hoteles» de nuestra ciudad ideal tendrán grandes cocinas, que suministrarán los alimentos mecánicamente. Todos los días se publicará el menú y los inquilinos podrán elegir los platos más de su agrado, que recibirán en la hora que indiquen.

Pero los «hoteles» también tendrán comedores públicos. Incluso a los millonarios les gusta comer en público, en restaurantes y establecimientos análogos. ¡Y qué decir de las multitudes que los domingos invaden las tabernas y las casas de comidas de los suburbios! Sin embargo, en la nueva ciudad nadie estará obligado a comer en el restaurante.

El servicio doméstico puede ser otra rama de la empresa, si así lo desean los socios cooperativos. Las amas de casa sólo tendrán que llamar por teléfono a la oficina central, en solicitud de que se les envíe ayuda para realizar las labores domésticas.

Puede preguntarse si los 14 metros cuadrados por persona, en que se basan los cálculos del proyecto, son suficientes.

Los pasajeros de los trasatlánticos viven durante diez o quince días en camarotes, se pasean por la cubierta y se divierten en la librería, salones o bares de los barcos. Estos servicios serán multiplicados inmensamente en la nueva Ciudad Radiante. Un camarote de primera clase, para uso de personas adineradas, sólo dispone de un espacio de ocho a once metros cuadrados por persona, y esto solamente en los barcos de «gran lujo». En los camarotes inferiores el espacio por pasajero sólo es de seis a siete y medio metros cuadrados. La distribución interior de un trasatlántico puede hacerse bajo la base de espacios relativamente reducidos, porque los servicios están perfectamente organizados, porque los camarotes no contienen nada superfluo, porque la vida a bordo está regida por innovaciones inteligentes que ayudan a resolver el problema, evitando el despilfarro. Y he citado la vida a bordo de un trasatlántico, para demostrar que en la ciudad ideal las necesidades de una familia quedarían perfectamente atendidas.

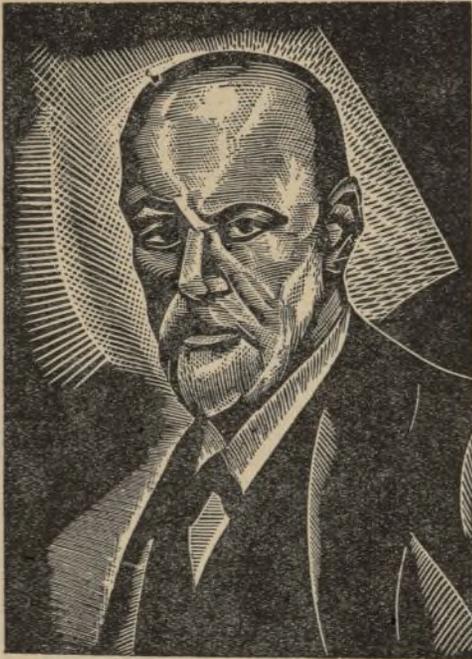
En cuanto al mobiliario debemos alejarnos todo lo posible del presente concepto, que paraliza la vida doméstica. Es de esperar que la Humanidad cambie su orientación y las casas sólo contengan aquellos elementos propios e indispensables para satisfacer sus necesidades morales y materiales.

En resumen: la Ciudad Radiante nos proporcionará dignidad, actividad, salud, paz de espíritu y alegría de vivir.



# FREUD

Por el Doctor Félix Martí Ibáñez



**E**L día 5 de mayo del año en curso, Sigmund Freud cumplió 80 años y con tal motivo, el mundo cultural eleva hacia la venerable figura del creador del Psicoanálisis una salmodia de elogios.

Un aniversario de esta índole es una fecha triste, porque al conmemorar la arribada de un hombre genial a los últimos puertos de la vida, comprendemos que se acerca ya el momento en el cual la figura terrenal del genio homenajeado está próxima a perder su categoría humana y empezar a investirse con la ropa solemne del símbolo histórico.

En el caso de Freud, la celebración del octogésimo aniversario del sabio psiquiatra suministra, no ya la ocasión de dirigir una mirada hacia la actuación científica, sino también de situar su figura sobre el horizonte de nuestro tiempo y ver cómo va coloreándose con matices sociales que no tuvo antaño.

¡Inquietante destino el de las ideas humanas! Una vez que han roto el vínculo que las unía a la mente de su creador, ruedan por las vertientes más inesperadas, se incrustan de toda suerte de nuevas orientaciones y finalmente cuando retornan a su creador son un hijo pródigo, tan diferente en su rostro y acciones de la idea germinal, que a veces ni su mismo progenitor las reconoce. Tragedia y gloria de creador. Buca en las aguas profundas de su psiquismo y emerge llevando entre los dientes — pescador de perlas culturales — la sutil perlecilla de un hallazgo, que ofrece a sus semejantes henchido de esperanza. Después, la parte fermentescible de una doctrina, es modelada en los más diferentes tro-

queles y puesta al servicio de contrapuestos ideales. Trayectoria que explica el porqué muchos proyectos de avanzado contenido, se convierten después en banderas del enemigo, tal y como el abolicionismo fué hace meses en España señuelo político de un pintoresco personajillo de la Ceda, o como la Eugenesia es empleada por los fascistas alemanes, como un justificante a sus tropelías en nombre de una hipotética pureza social.

Afortunadamente, el Psicoanálisis en el momento en que le consideramos, llevando cerca de cuarenta años de existencia, si bien ha defraudado ciertas ilusiones que en él cifraron sus fanáticos, comienza a ser un instrumento de lucha social, como expondremos más adelante.

Ningún homenaje mejor a Freud, que diseñar rápidamente en este perfil — con el cual deseamos dar un clarinazo de alerta sobre su vida y su obra —, la evolución de su doctrina a través de la selva enmarañada de nuestra cultura contemporánea, para verla llegar a las márgenes de la misma, desgarrada en sus ropajes conceptuales, cubierta de heridas críticas, pero tendiendo en cambio su arco de acción hacia un blanco social del más alto interés.

Cuando Freud, como discípulo de Charcot, comenzó a realizar sus estudios sobre la histeria no hizo sino apoyarse en puntos de vista médicos, que le permitiesen saltar hacia un nuevo escenario totalmente psicológico.

En la escuela de Charcot, Freud pudo ser espectador de la gran farsa que allí se desarrollaba y en la cual los pacientes eran inconscientes actores del hipnotismo de alta escuela a que les sometían sus terapeutas. Rebelándose contra aquello y deseando además — uno de los mayores méritos de Freud —, explicar los fenómenos de psicopatología por una argumentación puramente psicológica y no como simples reflejismos de fenómenos orgánicos. Freud, en unión de Breuer, comenzaron a practicar el método de la *catarsis* (interrogatorios en estado hipnótico), técnica que después abandonó Freud para lanzarse a explorar él solo, audazmente y abriendo nuevos senderos, el mundo tenebroso del espíritu de sus pacientes. Freud por tanto, al igual que posteriormente

sus discípulos Adler y Jung, al igual que Bleuler y Stekel y casi todos los psicológicos modernos, en sus primeros pasos persiguiendo al sol de una interpretación psicológica, sobre los arenales movedizos de lo patológico. Basa sus primeras interpretaciones en mentalidades anormales, como Adler las basó después en el estudio médico de las minusvalías orgánicas y desde allí realiza el gran salto hacia la psicología normal. Muchos de los grandes errores del Psicoanálisis derivan precisamente de ahí: de haber pretendido superponer conceptos que encajaban bien a un neurótico, a una persona normal, en cuyo caso las interpretaciones psicoanalíticas resultaban un tanto rebuscadas.

Usando el método de *libre asociación*, o sea, dejando que el paciente en reposo y procurando situarse como un espectador ante las incesantes mutaciones de mentalidad, fuese diciendo en alta voz todas las imágenes que por ella desfilaran — por extrañas, ridículas o inmorales que fuesen —, comenzó a observar Freud que aquellas cadenas de imágenes que iba refiriendo en alta voz el paciente y que constituían un engranaje de ideas y recuerdos relacionados unos con otros, estando suscitado cada pensamiento por el anterior y siendo causa del siguiente, llegaban a quedar ininterrumpidas de súbito, en un instante determinado y desde aquel momento el pensamiento del enfermo derivaba bruscamente por otro camino, tal y como el agua del río abre paso en la ribera al oponerse murallas de roca a su fluído cauce.

Freud dedujo que aquellas misteriosas resistencias que se interponían en el pensamiento del enfermo eran debidas al choque psíquico de un deseo no aceptable por la conciencia del paciente y que motivaba el cambio de dirección de sus imágenes, como táctica para no topar con el indeseable recuerdo. Dirigiendo y estimulando el paciente, comprobó Freud que podía llegar a vencer tales resistencias psíquicas y al extraer a la luz los complejos perturbadores que desde el desván de la subconsciencia le atosigaban con su bullicio, quedar liberado de los trastornos que ello le ocasionaba.

En último término, lo que Freud se proponía, era obligar al paciente a que mediante el análisis, como señala Huxley, llegase a un despiadado conocimiento de sí mismo que a su vez le condujese automáticamente a una auto-disciplina consciente. Agregando a este método el análisis e interpretación de los sueños, para desbrozando en los mismos la paja simbólica que los deformaba y encubría, poder extraer ágil y dañino el escorpión del complejo perturbador.

A la luz de sus métodos casi totalmente psicológicos, Freud estableció su famosa teoría acerca del mecanismo de la histeria considerada como resultante de un choque psíquico de naturaleza sexual, con lo cual asentaba la posibilidad de apartar al paciente histérico de los tratamientos medicamentosos con los que hasta entonces se le había abrumado, para curarle extirpando sus com-

plejos sexuales con el bisturí impalpable del Psicoanálisis.

Ayudado por sus discípulos, Freud proclamó al sexo la más poderosa fuerza motriz en todos los conflictos subterráneos de la mente.

El hombre civilizado, según las doctrinas freudianas, ha reprimido y empujado el impulso sexual hasta más allá de sus fronteras puramente animales, en bien de la paz social y de la mutua convivencia. Esa *Libido* o impulso sexual, que matiza todas nuestras actividades — como pretendían ciertos filósofos griegos y los viejos mitos paganos de *Eros* — impregna la totalidad de nuestra persona en la infancia, traducándose especialmente en el famoso *complejo de Edipo* o sea aquella fase infantil, en la cual el niño se siente atraído sexualmente por la madre y tiene celos sexuales del padre (ocurriendo lo inverso en las niñas); reviviendo así la gesta mitológica de Edipo al matar a su padre Laius y desposar a su madre Yocasta.

Este mito simboliza para el niño la posibilidad de emerger de este magno conflicto con una plena confianza en sí mismo y autorresolución, librándose de la dependencia paterna y despojándose de las posibilidades primitivas de incesto y parricidio.

Esta dramática etapa de la vida erótica infantil deja una honda huella en el futuro del ser humano. Cuando no se trasciende por completo el «complejo de Edipo» y el individuo adulto vive bajo su influencia, se deriva hacia los andurriales de la neurosis. Por eso White, discípulo americano de Freud, decía muy acertadamente que *la investigación del complejo de Edipo se puede considerar como la medida del grado de infantilismo en el sujeto neurótico*. Algo así como un termómetro psicológico para valorar la altura que aun alcanzan en el neurótico los complejos infantiles.

De estas ideas iniciales ha ido desenvolviéndose todo el magnífico ovillo del «freudismo» o psicología de Freud: La teoría de los sueños, la psicología de la vida cotidiana, las amnesias infantiles, el autoerotismo, los recuerdos inconscientes, los actos fallidos y sintomáticos, la psicoanálisis del homosexualismo, las neurosis de angustia y tantos otros problemas, son peldaños de esa escala de Jacob psicológica, por la cual ha ascendido Freud hacia el cielo de la inmortalidad científica.

Claro está que Freud, como siempre sucedió en la Historia, ha sido desbordado y caricaturizado en cierto modo por las exageraciones de sus fanáticos que sobre todo en el simbolismo de los sueños han llegado a extremismos totalmente fantásticos, que dejan muy por debajo las interpretaciones de sueños de los viejos libros de Salomón. Por otra parte, en el primitivo freudismo, ortodoxo, abrieron una grieta que ha ido exagerándose con el transcurso de los años, la separación de sus dos más inteligentes discípulos: Adler, que en 1911 provoca un cisma en el Psicoanálisis y creó la *Psicología individual*; y Jung, que

en 1913 se aleja de Freud para elaborar su *Psicología analítica*, que esbozaremos otro día.

Por añadidura, Freud al comenzar sus investigaciones, se hallaba lastrado del materialismo ochocentista y ello le hizo crear una Psicología que siendo más psicológica que las anteriores Psicologías experimentales a lo Wundt o a lo Watson, era todavía demasiado biológica para poder enjuiciar acertadamente aquellos momentos de la personalidad psíquica humana que no tienen sustentáculo biológico y que por tanto deben ser analizados con arreglo a una Psicología íntegramente psicológica y no basada en aportaciones biológicas.

Freud al crear un sistema, tuvo cierta timidez en penetrar campos sociales, de los cuales le mantenía distante su formación cultural burguesa muy siglo XIX; y aunque con la fuerza moral para dar un grito de rebeldía contra el puritanismo científico reinante, que miraba con hipócrita pudor los problemas científicos, le faltó el valor para llevar hasta el extremo sus teorías y edificar sobre ellas una avanzada Sociología sexual, tarea que están realizando hoy muchos de sus seguidores. De ahí que como el psicoanalista marxista Guillermo Reich ha dicho: *Hay que saber diferenciar cuando Freud es un hombre de ciencia genial y cuando es un filósofo burgués pasado de moda.*

Claro está que sobre todas las críticas, la genialidad de Freud alumbrando nuevos rumbos a la Humanidad, realizando en 1900 — fecha crucial de entrada de siglo; por algo Freud es un arquetipo simbólico de la cultura del siglo XX — después de la revolución heliocéntrica de Copérnico y la revolución antropocéntrica de Darwin, su revolución sexual, merece no ya toda la admiración de los hombres de ciencia, sino todos los beneplácitos de las masas proletarias.

Simplemente como Jelliffe, psicoanalista americano, ha señalado, habría que deber gratitud imperecedera a Freud por sus investigaciones en la psicología primitiva, en el pasado histórico de la psiquis individual, en lo que dicho seguidor de Freud ha llamado *Paleopsicología*.

En estos oscuros dominios, Freud ha tripartido nuestra personalidad psíquica en tres zonas:

El *Ello*, o recipiente de las reacciones impulsivas; el *Yo* o capa superficial del *Ello*, en contacto consciente con la realidad y el *Super-Yo* o *Yo moral e ideal*, que domina al *Yo* y representa la posibilidad de reprimir los instintos que caracterizan a la especie humana y es uno de los medios que se han permitido crear una civilización.

Esta psicología profunda o *abisal* de Freud, que pretende bucear en los abismos sin fondo de nuestra personalidad profunda, ha sufrido duras críticas en la actualidad. Han fracasado asimismo los intentos de Freud de establecer una concepción psicoanalítica de las Religiones, del Mundo (*Weltanschauung*) y del ocultismo, debido a faltarle a Freud esa preparación sociológica que no se adquiere en el gabinete, a la luz de la lámpara, sobre los libros, sino en la brega cotidiana.

Freud ha creado una nueva ciencia Psicosexual, que deberán aplicar a las necesidades sociales, aquellos hombres científicos que además de tener la Ciencia en su cabeza, tengan a la Humanidad que sufre en su corazón. Sólo éstos podrán hacer del Psicoanálisis una ciencia social de utilidad directa. Freud ha podido contemplar todos los vaivenes que a sus teorías impusieron sus seguidores.

Ha visto cabecear a éstas, al resonar en los muros psicoanalíticos las voces de quienes pretendían hacer del Psicoanálisis casi una Religión, amenazando con tales excesos la seriedad de la doctrina tal y como en toda época perturbaron ciertos extremismos otras filosofías religiosas. Del mismo modo que los libertinos calvinistas causaron más grave daño a los dogmas de Calvino y los anabaptistas protestantes a la Reforma luterana que sus propios enemigos, así también los psicoanalistas sectarios pretendieron estirar tanto los ámbitos del freudismo que amenazaron con desgarrarlo.

En la actualidad, Freud debe contemplar un tanto inquieto por los nuevos sesgos que sus teorías adoptan, cómo éstas van irrumpiendo en un incesante avance en la palestra de las luchas sociales. Gunnar Leistikow señalaba — insistiremos en ello en otra ocasión —, que la clase trabajadora gracias al Psicoanálisis freudiano está elaborando una más nueva y fecunda Moral Sexual. Freud se nos aparece, en los albores de nuestro siglo como un precursor de la Nueva Moral Sexual y un renovador de todos los antiguos métodos psicológicos. Ha creado una fecunda psicología dinámica y ha socavado con su piqueta de investigador los cimientos de la ciencia psiquiátrica del pasado siglo, arrojando luego a voleo la semilla de luz de su Psicoanálisis.

¿Errores, equivocaciones? ¿Qué investigador no las ha sufrido? Cuando un hombre de la talla científica de Freud se ha equivocado, sus errores han sido manantial de nuevas y luminosas rectificaciones. Atacado por los hombres sectarios que anteponian su catolicismo a sus convicciones científicas, Freud, revolucionario medio-burgués les ha replicado escudándose frente a las quebradizas flechas de vidrio que se le disparaban, en el bronce de sus magníficos hallazgos. Al relacionar la Psicopatología moderna con la Mitología antigua, ha cumplido la misión que Kretschmer y su escuela asignaban al genio de establecer nuevos sistemas de relación entre viejos hechos.

Las masas proletarias tienen un deber de gratitud hacia Freud que les alumbró la ruta de la liberación espiritual de los complejos sexuales.

Siempre en la Historia los hombres y los pueblos atormentados por sus conflictos sexuales, fueron seres socialmente estériles, que consumiendo sus energías en libesarse de sus torturas eróticas, no tuvieron impulso para romper sus cadenas sociales. Freud, mostró científicamente el sendero que de modo colectivo recorrerá el proletariado en la serie de sus sucesivas evoluciones por la conquista de la Libertad. Si Freud se quedó a medio camino, otros continuarán su obra;

# El fascismo y la mujer

Por  
**G. BERNERI**

El fascismo y la mujer: he aquí un tema que, para desarrollarlo de una manera completa, haría falta una vasta documentación. Pero no es un libro para los estudiosos el que me he propuesto, sino un estudio de propaganda. Me dirijo particularmente a las proletarias de España con una especie de conferencia escrita. Y les digo: «He aquí lo que ha sido y lo que es el fascismo para las mujeres proletarias de Italia, de Austria, de Alemania y de otros países en donde la reacción burguesa militarista y eclesiástica ha vencido, y lo que podría ser para vosotras si el fascismo consiguiese triunfar en vuestro país. El fascismo, sabedlo todas, no respeta a la mujer. La mata, la encarcela, la escarnece, la viola. Le niega el derecho al trabajo y quisiera obstruirle la marcha hacia la emancipación, volviendo a sumergirla en la edad media. El fascismo es la miseria, la explotación patronal llevada al extremo, el militarismo desenfrenado, el triunfo del cura, la guerra. El fascismo es vuestro natural enemigo.»

## 1.º EL TERROR FASCISTA

No se puede hablar del fascismo sin ver correr ríos de lágrimas femeninas. No bastaba el olor de sangre, el rumor de cadenas. El cañón ha tronado en Viena. ¡Ochenta y cinco niños muertos! ¡Y felices las madres que han caído con el hijo! Las otras, las supervivientes, han visto agonizar al marido, al hermano, al padre; o los han visto encadenar y conducir hacia los terribles campos de concentración, hacia las inquisitoriales prisiones. Dollfuss, el verdugo catolicísimo, había de lavarse las manos ensangrentadas en las pilas de agua bendita y el papa, presuroso, le bendecía y ensalzaba la victoria de la reacción católica sobre la revolución socialista.

El triunfo de Hitler ha despedazado el corazón a millares de mujeres. Ha sido una tempestad de terror la que ha diezmado millares de familias. He aquí lo que dice la hija de un obrero alemán asesinado por los nazis: «Mi padre ha muerto, mi madre ha enloquecido y yo no estoy ya del todo normal». ¿Las estadísticas? Dirían bien poco de las cifras sobre las mujeres muertas, martirizadas, condenadas. Son los episodios narrados en las cartas sobre las cuales ca-

yeron lágrimas ardientes, en las cartas escritas con mano temblorosa los que dan mayormente el sentido de la tragedia de tantas trabajadoras de Alemania y de las compañeras de los militantes de vanguardia.



La señora Jankowski, de 50 años, torturada por los milicianos de Hitler en Berlín el 21 de marzo 1933.

He aquí lo que escribía la mujer del gran poeta anarquista Mühsam, después de una visita al campo de concentración en que éste se hallaba detenido: «Nuestros esposos han sido apaleados a muerte. A Erich lo he visto y no lo he reconocido, Teresa, no lo he reconocido entre los otros. ¡Cómo se les pega! Pregúntale a Toni. Le han cortado la barba, le han roto los dientes. Ha tenido que cargar con su valija, él que es tan torpe ya. Por el camino cayó. Entonces esas bestias salvajes le han pegado cuando estaba en tierra, en la calle, y no podía levantarse. Cuando llegué el domingo a Sonnenburg, estaba muy prostrado y mi llegada le asustó. Sus primeras pala-

---

y el proletariado capacitándose científica y culturalmente estará cada día en mejores condiciones de triunfo.

Dediquemos todos un recuerdo cordial, hermanos proletarios, en el aniversario de sus 80 años, al insigne maestro creador del Psicoanálisis, Sigmund Freud, que en su retiro está actualmente

rodeado de las antigüedades egipcias que colecciona, tapizado el suelo de su gabinete de trabajo por una suave alfombra de ceniza de los cigarrillos que fuma incansable, trabajando ayudado por su hija Ana en su última obra que abre un horizonte nuevo a la Sociología: *El Psicoanálisis de las Naciones*.

TIEMPOS  
NUEVOS 281

bras fueron: «¿Cómo has llegado a este infierno? No saldréis vivos de aquí. Os matarán porque habéis visto en qué estado nos hallamos.»

Y esa tortura moral la compañera del poeta hubo de sufrirla meses y meses, hasta que se lo estrangularon en la cárcel, sin lograr romper su heroica resistencia.

Después de una visita a su marido encarcelado, la señora Kasper escribía:

«Cuando he visto a Kasper, he debido reunir todas mis fuerzas para no caer desmayada. Era la cosa



La obrera Grete Messing, de Selb (Baviera), madre de dos niños, asesinada por un hitleriano el 6 de marzo de 1933.

tanto más espantosa cuanto que lo había visto tres días antes. Estaba allí en pie contra la pared, su rostro muy pálido y completamente deformado. De un ojo, completamente azulado, partía una equimosis que llegaba hasta la boca. Su boca daba la impresión de que se le hubiese pisoteado la cara. Apenas podía hablar y los dolores que experimentaba en todo el cuerpo le impedían moverse.»

Y la señora Bernstein:

«Creí ver ante mí un extraño. Los ojos y la parte superior del rostro estaban inflamados y enrojecidos. A través del rostro se veían las largas estrías de los golpes del vergajo. No me atreví a tocarle, pero su cuerpo debía estar de tal modo magullado, que durante todo el tiempo que estuve allí permaneció sin cambiar en una postura singular.»

Y la señora Geissler:

«Mi marido estaba, cuando llegué, tan cambiado,

la cara la tenía tan hinchada, que hube de hacer un enorme esfuerzo para no gritar de dolor.»

No solamente millares de mujeres alemanas han sido atrocemente heridas en sus afectos, sino que centenares y centenares han tenido que sufrir en las cárceles, en los puestos de policía, en los campos de concentración, por las calles, en las propias casas los ultrajes, las amenazas, los golpes. Algunas han sido despiadadamente asesinadas.

Me limitaré a citar, entre los tantos, algunos de los episodios más típicos:

La noche del 6 de marzo de 1933 la obrera Grete Messing, madre de dos niños, salió de casa, en Som. A los pocos pasos encontró un nazi que habitaba en el mismo barrio, el cual se le puso delante y la provocó gritando: «¡Viva Hitler!» La mujer respondió: «¡Frente rojo!» y trató de proseguir su camino.

El nazi la detuvo y la amenazó: «Te mato». Ella respondió, desafiando: «Tira». El nazi apunta la pistola al pecho de la obrera y dispara. El marido la encuentra agonizante y en la misma noche la llora muerta con el hijo mayor. Los dos son arrestados. El asesino se entregaba a la policía, para ser puesto en libertad diez días después. ¡Una delegación de honor va a recibirlo!

En la noche del 20 al 21 de marzo, María Jankowski, consejera municipal socialdemócrata, vió invadir su departamento, en Köpenick, por una banda de milicianos nazis. Detenida, fué llevada a los locales de las secciones de asalto hitlerianas de aquel barrio berlinés, donde se le obligó a desvestirse enteramente y a colocarse encima de un banquillo de madera, recubierto con una bandera negro-rojo-oro (la bandera del Reich).

Sostenida por cuatro milicianos, esa mujer de cincuenta años fué apaleada por dos horas consecutivas con vergajos, fustas de acero y bastones. La violencia de los golpes fué tal, que le produjeron la separación de un riñón y la pusieron, como constataron los médicos, en peligro de muerte.

En el hospital, la señora Jankowski ha hecho las siguientes declaraciones:

«Mientras se me pegaba se me pedían sin cesar direcciones con nombres de obreros. Había de enumerar los colores de la bandera de la república y por negro-rojo-oro decir negro-rojo-mierda. Se me hicieron preguntas como estas: ¿Has recibido dinero de la asistencia? ¿Has recibido y alimentado comunistas? ¿Has robado zapatos de desocupados? ¿Has preparado una lista de boicots a comerciantes nazis? Siempre que negaba recibía golpes. Si gritaba, el quinto de los torturadores me oprimía la cara.»

«Después de recibir al menos cien golpes, caí del banquillo. Se me puso en pie y se me dieron tales golpes en la cara, que caí en un rincón. Me lastimé las rodillas. Después, con los dos funcionarios comunistas que habían sido igualmente martirizados, hube que cantar: *Deutschland, Deutschland über Alles*.

»Se me obligó a firmar una declaración de salida del partido social-demócrata, una renuncia a la actividad política y el compromiso de presentarme todos los jueves a la dirección nazi. Después, el modo de tratarme cambió. Recibí un vaso de agua. Mis vestidos

fueron limpiados y me fueron entregados. El jefe de la sección ordenó a uno de sus hombres que «volviera a conducir a la dama». El hombre me sostuvo cuando pareció que me iba a caer y cerró la puerta detrás de mí con un «Buenas tardes» cortés.»

No sólo la denuncia del marido de la Jankowski no ha tenido ninguna consecuencia, sino que un jerarca hitleriano, un cierto Bogs, ha declarado públicamente que la «pena» había sido justísima, porque la víctima se había atrevido a hacer un gesto de desprecio al paso de una compañía hitleriana.

El 21 de junio de 1933, la señora Schmaus, madre del secretario de un sindicato de Köpenick, vió fusilar a su yerno, torturar a su hijo, ahorcar a su marido y ella misma fué atormentada tan atrocemente que murió algunos días después.

Si hubiésemos de citar todos los episodios de brutalidad hitleriana que se conocen, y que no son más que una pequeña parte de los acontecidos, no bastaría un libro.

Y lo que aumenta la vergüenza del fascismo alemán y humilla más el sentimiento de nuestra dignidad de hombres es el hecho de que la violencia contra mujeres inermes ha sido exaltada a sangre fría, en la mesa de trabajo, con la pluma en la mano, en la calma de un gabinete de estudio.

He aquí un pasaje significativo de la novela *Las dificultades y las alegrías de un golpe de Estado*, obra del capitán Manfred von Killinger, alto dignatario nazi de Sajonia, y publicada en el *Münchener Illustrierte Zeitung* de Munich:

«La mayoría de los prisioneros se muestran pacíficos.

»Se conduce ante mí a una mujer, una típica modelo de pintor: cabellos cortos e hirsutos, rostro insolente y voluptuoso, ojos oscuros.

»—¿Qué pasa con esa?

»Se puso a gritar:

»—¡Soy bolchevista! ¡Banda de cobardes! ¡Lacayos de los príncipes, limpiabotas! ¡Os escupo! ¡Viva Moscú!

»Y escupió a la cara de un suboficial.

»Ordeno:

»—¡El látigo para esta! Y después dejadla correr.

»Dos hombres se echan sobre ella; quiere morderles; se le sujeta, se le acuesta en el patio y luego se le azota hasta que no queda un lugar blanco en la espalda.

»—Esa no escupirá más sobre los suboficiales. Quedará boca abajo durante tres semanas al menos—dice el ayudante Hermann...»

Al escribir sobre el terror fascista en Alemania, me vienen a la mente muchos recuerdos dolorosos. Revivo la tragedia del proletariado y de las vanguardias políticas y sociales de mi país: Italia. Si hubiese de ordenar los episodios de terror fascista de los cuales fueron víctimas mujeres italianas, tendría que llenar muchas páginas. Me limito, una vez más, a algunos ejemplos típicos.

En marzo de 1921, en Florencia, una mujer (María Astri), mientras daba el pecho a su hijo en la puerta de su casa, fué asesinada por fascistas a quienes había dirigido «palabras injuriosas». En enero de 1923 una escuadra fascista aterrorizaba Rendinaza, aldea de los Abruzzos. Una mujer (Rosa Ricci) fué a la sede del fascio a buscar a su marido, que había sido capturado por los fascistas y estaba fugitivo. Allí fué víctima de injurias y de violencias. En presencia de muchas personas se intentó violarla; luego, para castigarla por sus resistencias, se le arrancaron pelos de los órganos genitales y se le obligó a beber un menjerje compuesto de orina, petróleo, aceite de ricino, tabaco masticado, saliva. En aquel mismo mes, en Rovisonoli, una mujer es forzada a someterse a los apetitos sexuales de una veintena de fascistas; y esto ante la vista del propio marido. En septiembre de 1925 el abogado Consolo es asesinado en Florencia en su lecho, en presencia de la mujer y de una niña. La primera enloqueció y la segunda sufrió un choque nervioso que la tuvo mala durante años enteros. Y en los mismos días y en la misma ciudad era muerto en su lecho y a la vista de su mujer el diputado socialista Pilati, mutilado de la guerra. En septiembre de 1926, en Bolonia, un obrero (Amadeo Faustini) era apaleado mortalmente en presencia de su anciana madre.

De estos episodios está llena la historia del terror fascista en Italia. Hasta la familia del diputado socialista Giacomo Matteotti, raptado en Roma por la tcheca de Mussolini y muerto, fué perseguida de una manera medieval.

El profesor G. Salvemini, en su libro sobre *La Terreur Fasciste* (París, 1929), escribe:

«Durante el verano de 1925 la señora Matteotti debía llevar a tomar los aires de mar a uno de sus hijos que estaba enfermo. Trató primero de alquilar una casa en Liguria, pero los fascistas del país intimaron a su propietario la orden de no recibir la familia del asesinado. La pobre mujer, bajo un falso nombre, logró hospitalidad en casa de una familia de obreros en una pequeña ciudad del Adriático. Los fascistas de la localidad la reconocieron pronto y la persiguieron de un establecimiento de baños a otro; excitaron a un perro contra el niño mientras se bañaba y obligaron a la desgraciada madre a irse durante la noche. El odio de los fascistas ha perseguido incluso el cadáver. En el aniversario de su muerte, la cruz levantada por la viuda donde se había descubierto el cadáver fué rota, las flores pisoteadas, el lugar mismo ensuciado con excrementos humanos. La familia de amigos que había acogido en su capilla los restos del cadáver, en el cementerio de Fratta Polesine, recibió la orden de sacar sus restos; en caso contrario, la capilla habría «volado.»»

El fascismo no tiene piedad de la mujer. No respeta la maternidad ni la ancianidad. Se burla del dolor y de la dignidad. El fascista es una fiera desencadenada. ¡Ojalá, mujeres de España, no veáis la simiesca figura!



# ESPAÑA EN CRUZ

por SOLANO PALACIO

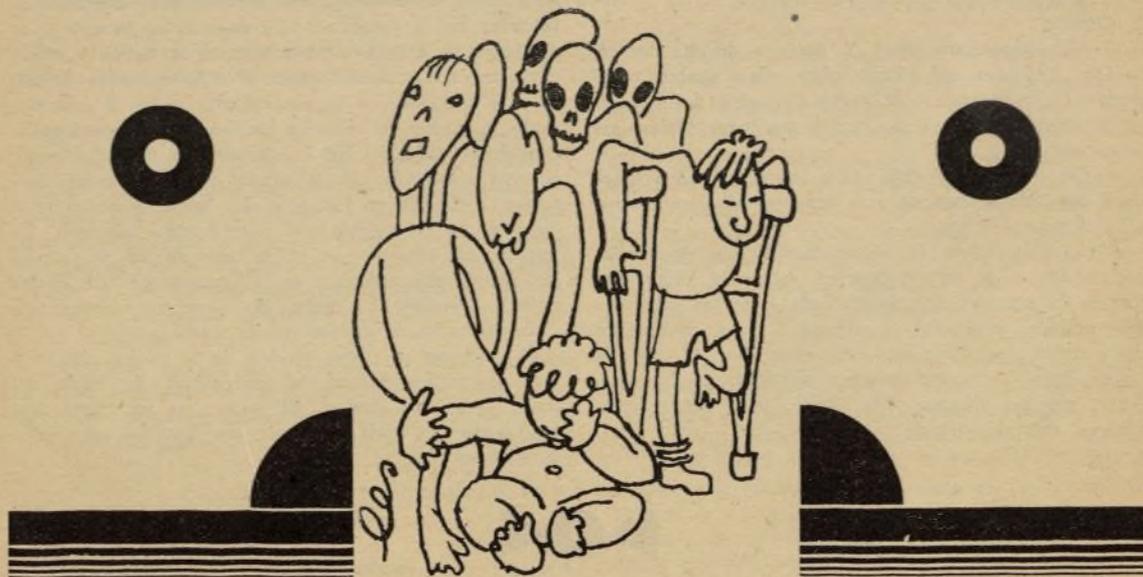
(fragmento)



Había la dinamita. Tronaron los cañones, atronando el espacio con sus detonaciones. Aquel acto alevoso, vil, traidor y cobarde de la aviación, haciendo tan criminal alarde, lejos de infundir miedo y al pueblo de asustar, infundió nuevos ánimos y anhelos de luchar. Allí el heroísmo y entusiasmo fué tal que, jóvenes, mujeres y ancianos, por igual a la línea de fuego corrían con ardor, poseídos del ansia de una vida mejor. Se disputaban todos las armas, anhelosos de ocupar en la lucha los sitios peligrosos. Contra la vieja táctica y la férrea disciplina militar se encontraba el obrero de la mina, avezado al peligro, potente, arrollador, dando muestras doquiera de pericia y valor. Estaban los esclavos del agro y del taller animosos, cumpliendo allí con su deber: las hermanas e hijas allí estaban con ellos, dispuestas a vengar pasados atropellos. Llegaban las legiones de los hombres vejados de la cuenca minera, bravos, desesperados: unos venían andando, otros en camionetas, armados de fusiles, pistolas y escopetas. De cartuchos (1) traían un completo petrecho, deseosos de dar al enemigo el pecho. Se luchaba con ansia. La vida no tenía

interés para nadie. Cada cual prefería una muerte luchando con altezas de miras a una vida de oprobio, de engaño y de mentiras. Todos aquellos hombres de homérico valor no expresaban luchando cansancio ni dolor. La vida no tenía valor; se despreciaba, y el peligro impávido cualquiera desafiaba. ¿A qué hablar de heroísmos aislados hoy si mi pluma es incapaz de nombrarlos aquí con todos los detalles que requiere la Historia, para que queden fijos del pueblo en la memoria? A todos un saludo os quisiera enviar desde estas soledades, y a la vez dedicar unos versos a aquellas walkirias de la Idea que dieron a los héroes ánimo en la pelea. Fuisteis de grupo en grupo, animosos, valientes, llevando el entusiasmo y la fe a los combatientes. Llevabáis en los ojos del triunfo la esperanza y en la boca una dulce sonrisa de bonanza. Yo que os vi en la pelea, y feliz me sentí de veros, cual walkirias, sin temor junto a mí. Recibid mi saludo. Yo soy el compañero un poco entrado en años que os amo y que os quiero: os amo como se ama lo que más se desea, como se ama a una madre, como se ama la Idea; como se ama a una hija amante y cariñosa, con el amor que el rayo del sol ama la rosa; porque sois en la sombra de este negro capuz vida, ensueño y anhelo, dulce esperanza y luz.

(1) Cartuchos dinamita.



# Arte y ARTISTAS

Por GUSTAVO COCHET

La gente culta se indigna y horroriza cuando el fuego de la «chusma» destruye monumentos y obras de arte... Es incalculable lo que se destruyó solamente durante la guerra europea; pero entonces lo hacían los ejércitos en nombre de la civilización, de la democracia, de la libertad. Todas las guerras destruyeron obras de arte, sin que nadie protestara contra los héroes guerreros; muchas veces fueron los terremotos, los ciclones, las inundaciones, es decir, los elementos irritados. ¡Quién pensaría entonces en indignarse contra Dios!... Si se hiciese un balance, resultaría que es a la chusma, como se llama a la gente del pueblo, a la que habría que saludar con respeto.

No sabría cómo ponderar el respeto y la admiración que profeso a los artistas de todos los tiempos, como la veneración que siento ante las obras por ellos creadas; por lo tanto, sentiré siempre una pena muy honda por cualquier destrucción; pero no podré nunca indignarme contra aquellos que, en la lucha contra sus enemigos, por un ideal sublime de amor a la humanidad, se ven obligados a destruir monumentos artísticos que les sirven de refugio y defensa.

...

Cada vez que iba al Museo del Prado, que encierra tantas maravillas de arte del pasado, he sentido al

cabo de un par de horas una imperiosa necesidad de salir a respirar el aire libre y ver las gentes a la luz del día; por eso prefiero el Museo del Louvre, en el cual, después del arte antiguo, desde las épocas más remotas, se puede pasar al arte contemporáneo.

El arte del pasado pertenece al archivo de la Historia. No es que tengamos por eso que despreciar sus enseñanzas y dejar de admirar sus bellezas, pero no puede ser, lógicamente, complemento espiritual de nuestra vida actual.

...

Es posible que con los surrealistas haya el arte llegado a la máxima expresión, pero seguramente, al mismo tiempo, también a su más alto grado de decadencia; en todo caso, sólo una ínfima minoría de refinados y aristócratas del espíritu y de las sensaciones, pueden serles adictos. Las verdaderas realidades del arte están más en armonía con las realidades del sentimiento humano de los hombres que de los refinamientos inaccesibles.

El arte, para que recobre su verdadera razón de ser, tiene que volver a la fuente inicial, tiene que salir de los medios selectos y encarnarse de nuevo en el pueblo. Los nuevos artistas tienen que ser primitivos, sanos de espíritu, puros sus sentimientos, y con verdaderas raíces en la tierra.

## Museos y Observatorios

Por RODELA

**E**N las informaciones recientes relativas al Día del Libro se ha dicho por un librero barcelonés que el público que mejor selecciona sus lecturas es el público obrero, el que lee, naturalmente. Si se une a tal afirmación la generosidad demostrada por las clases laboriosas apoyando empresas no interesadas, es preciso reconocer que va resultando ya fuera de tono el pesimismo y más que el pesimismo la pedantería de los que se suponen a sí mismos selectos y verificados por el hecho de que no les entiende nadie.

No puede hablarse despectivamente de un núcleo de seres humanos que demuestran o van demostrando competencia creciente para socializar la cultura y la generosidad.

En una publicación madrileña recuerdo que el escritor José María de Sucre se refirió en cierta ocasión al lector obrero y señaló el hecho de que si coinciden cuatro trabajadores no envenenados por el alcohol ya está en germen una biblioteca. Lo que antes era un coro o una cooperativa es hoy una biblioteca o una sociedad cultural.

El mismo escritor señalaba al fin del artículo que cuando el obrero reconoce el valor intelectual, lo reconoce como función, nunca como jerarquía. En fijar esta diferencial, las clases laboriosas han sido a veces verdaderamente ejemplares.

En el estado llano de la cultura no se puede negar que hay una inquietud permanente. Esta no halló satisfacción en las contiendas políticas y se desparrama por Ateneos populares, sociedades de cultura libre y

TIEMPOS  
NUEVOS 285

entidades excursionistas. No preguntéis a tales amigos del saber si desean algo para ellos. Sólo en algún rincón el cazurrismo heredado de los burgueses y burgués en el fondo del arca hace pinitos culturales obligando a trabajar a algún maestro doble de lo que puede y pagándole la mitad de lo que le corresponde. Pero en general los anhelos culturales han superado y desbordado estos criterios mitológicos.

Hace pocos días pude presenciar una escena muy expresiva. Se trataba de un grupo de jóvenes obreros decididos a hacer visitas dominicales colectivas. Al discutir lo más conveniente para el inmediato día de fiesta, empezó la discusión:

— El domingo iremos al Museo.

— El domingo iremos al Observatorio.

Y surgió la más curiosa de las controversias.

— El Museo tiene algo de escaparate cuando está abierto, y cuando está cerrado tiene algo de panteón.

— Pero, ¿te atreves a negar que un museo tenga interés?

— ¡De ninguna manera! En bloque es cómo no me interesa el Museo. Mil o dos mil obras almeadas, sean maestras o mediocres, producen no admiración o repulsión, sino dolor de cabeza. ¿Qué se diría de un mitin en el que tomaran parte dos mil oradores? Duraría un trimestre y los oradores se quedarían solos. ¿Y qué sería un concierto con dos mil obras? Pues más difícil es entender, a veces, lo que dice o no dice un cuadro o una sinfonía, que lo que dice o no dice un orador. ¿Acaso no hay quién asiste a un mitin, no para saber lo que se dice en él, sino para saber lo que se calla? ¿No se dijo que la palabra se inventó para expresar pensamientos pero que el abuso de ella acaba por hacer servir la palabra no para expresar pensamientos sino para disimularlos? Cuando la palabra no está en lecciones de cosas y en crónicas de actos, se pierde en abstracciones.

— Pero, volvamos al Museo.

— Bien. El Museo es un mitin con dos mil oradores, un concierto con dos mil sinfonías. Mientras el Museo sea totalitario sólo servirá de estorbo para que contemplemos a nuestras anchas y a solas una obra de arte que esté en él. La obra de arte quiere su fondo adecuado. Pero obra de arte puede ser la Venus de Milo y una cazuela de estafío. Las museos tienen que especializarse. Que haya un Museo de Cerámica y otro de Forja sería natural en un régimen natural. Lo que no es natural, ni lo será jamás, es ver un Goya junto a un Greco, puestos los dos en fila, como nichos o como reclutas.

— Eres poco tolerante. Has de reconocer que los museos son creaciones relativamente recientes; que han tenido que aceptar cosas de aluvión; que los museos nacieron al desgajarse obras de arte de las colecciones particulares...

— Y también por las guerras, puesto que los vencedores cargaban con las obras de arte de los vencidos. Napoleón hizo esto mismo. Lo hicieron los españoles en América, aunque especialmente con el oro. Desengáñate, amigo; el Museo es lóbrego, burocrático. Quieren sus amigos que se parezca a un templo, tal vez para vivir del altar. El partidario de los museos daría todos los frisos de Grecia por contemplar el taller garboso en la calle de una mujer bella. La pe-

dantería es la enfermedad que más se pega en los museos. ¿Os acordáis de aquel pintor genial que visita un museo y pide que le dejen salir a respirar aire puro o que le lleven a una serrería mecánica?

— Pero los artistas, ¿qué culpa tienen de que se les coloquen mal los cuadros?

— No se trata de eso. Los artistas cuyas obras figuran en los museos, generalmente están muertos y no protestan de nada, pero si Goya resucitara y se viera en el Museo del Prado como lo ponen, empuñaría un látigo. El que ha de protestar o no ir es el visitante, y mucho más si le hacen pagar. El Museo ha de ser libre para el tránsito por él, como es libre el tránsito por una carretera.

— ¿En qué quedamos? ¿Quieres que no haya entrada de pago y dices que no hay que ir?

— Perdona, yo no trazo normas. El que vaya al Museo por lo que sea, no debe pagar, y el que deje de ir ha de ser porque no quiere, nunca porque le falte plata para entrar.

— Decididamente, ¿no vienes al Museo?

— No. El domingo voy al Observatorio. El Observatorio también encierra obras de arte. Si te fijas en las distintas escuelas de pintura, verás que sus sectarios se odian entre sí con mucho más furor del que emplean en odiar al arte los que llaman filisteos cuatro artistas engreídos. En el Observatorio, en cambio, en todos los observatorios del mundo, no hay escuelas más que como modalidades de trabajo, congruentes unas con otras, no exclusivistas y partidistas, que aspiran a eliminarse. Además, el artista se cree un ser divino y desea ser adorado. Ya lo adoraron unos cuantos históricos y unas cuantas históricas a principios de siglo. Hay gentes que besarían los pies a Picasso por tener un cuadro de éste. Me parece que todo esto es religión y pedantería, y que un pintor no es menos que un cerrajero, pero tampoco más. El Observatorio era una interrogación para nosotros y va dejando de serlo. Es muy agradable ver allí que nadie se da importancia por haber inventado el sol. Tampoco es fácil que los astrónomos se crean dioses. Están acostumbrados a calcular magnitudes inmensas y parecen empequeñecidos por el espectáculo de la inmensidad. No son amigos de los himnos ni de las banderas. Los eclipses no respetan fronteras, ni tampoco los terremotos. Suspiran los científicos por subir a la estratosfera, en la que nadie tiene jurisdicción y donde residen las soluciones de tantos y tantos arcanos como nos cercan. Y ya ves: para subir a la estratosfera no basta llamarse patriota o hijo de tal o cual país. El arte es, muchas veces, el arte de quedarse en tierra.

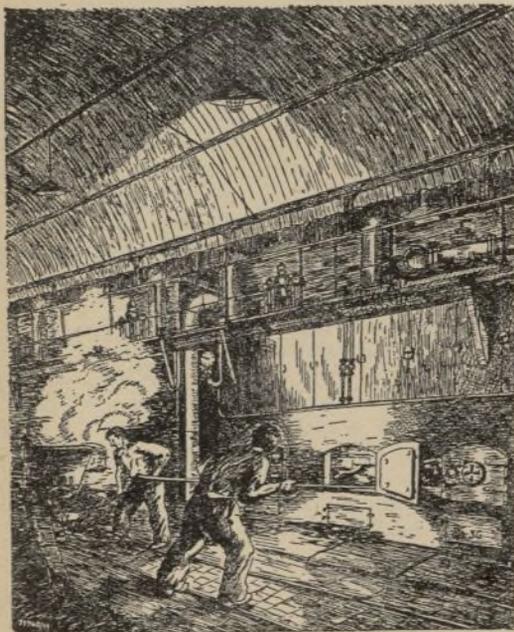
— ¿Y sigues creyendo que el brinco de una trucha está más cerca de la belleza que hay en la victoria de Samotracia, que las pruebas en piedra que mejor la imitan?

— ¡Naturalmente! El brinco de una trucha, un pañuelo estampado, cualquier acordeón, una caja de música, una máquina de afeitar desinfectada, un reloj, un ladrillo... El mundo está envenenado por la pedantería. El arte entró en el comercio y surgieron inmediatamente comerciantes de arte, corredores de arte, acaparadores de arte y comisionistas de arte. En vez de entregar los artistas su obra al pueblo, la entregaron al Estado. Se hicieron amigos del Estado para que

# El fin de un régimen

El 8 de marzo del año en curso ha fallecido en Buenos Aires el viejo compañero francés A. Sadier, a los 74 años. Las nuevas generaciones saben muy poco de él; ha estado en su juventud, allá por 1884, refugiado en Ginebra, trabando amistad con Jean Grave, que editaba entonces «Le Révolté». Emigró a la Argentina hacia 1886 y allí se convirtió en uno de los más activos propagandistas junto a Emile Piette, el militante belga, a Pierre Quiroule, a Denambride, a Jules Lacour, etc. A ese núcleo se debe aquel periódico francés La Liberté, 1893, tan bien redactado y tan excelente expositor y divulgador de nuestras ideas. Estos últimos años había vivido en Niza y desde allí nos ha enviado el artículo siguiente que no habíamos podido aún publicar por falta de espacio. Lo reproducimos hoy como homenaje al camarada desaparecido.

Por A. SADIÉR



I

La economía capitalista está en quiebra. Salvo los ignorantes y los intrigantes, nadie se atreve a negarlo.

éste les diera un destino o una medalla o para que les comprara obras a precios altos. Lo que siempre apetecieron, en general, los artistas, fué codearse con príncipes y millonarios, vivir como éstos y ser protagonistas en las ferias de vanidad que se organizan de vez en cuando para atemorizar a la gente con nuevas dinastías de dioses... Vamos, vamos al Observatorio. Allí no hay jerarquías, ni nadie sueña en lo que no ve. Y después de todo también hay arte allí. ¿No es la ecuatorial una prueba de precisión y de belleza? ¿Cómo es que las autoridades de la tierra impiden con su censura que conozcamos lo que pasa a diez kilómetros de distancia de nuestro pueblo y en cambio sabemos lo que pasa en la intimidad de un astro por su espectro? Estos estudios pueden servir para conocer

Quiebra que no es debida a una contabilidad dolosa, sino a un vicio de fondo.

En los Estados Unidos, país de audacia en materia financiera, industrial y comercial, donde los hombres no tienen el respeto a las tradiciones que existen en la vieja Europa, el presidente Roosevelt se esfuerza con todos los poderes, constitucionalmente amplios, por remediar esa situación, pero quiere remediarla en el cuadro del régimen que la ha creado; ahora bien, sin darnosla de profetas, se puede decir que sus esfuerzos serán vanos, no obstante su sinceridad de capitalista a la que no hay inconveniente en rendir homenaje. Aun cuando los financistas, los grandes industriales norteamericanos repartiesen equitativamente entre todos los miembros de la colectividad los beneficios de sus enormes empresas, habría hecho falta — sin disminuir el nivel de vida de la población obrera — que disminuyan su producción para no ser sofocados bajo los stocks y a condición también de que los otros países consintiesen en desaparecer como productores, puesto que, según Hoover mismo, si el instrumental norteamericano funcionase plenamente, podría abastecer al mundo entero de artículos manufacturados.

Con más razón culminarían en esa parálisis dentro de un régimen basado en el provecho personal.

Advirtamos que esos resultados prodigiosos a que han llegado desde el punto de vista industrial y comercial, han sido alcanzados gracias al concurso de la población entera. Concurso que no se ha traducido por un esfuerzo de trabajo solamente, sino también por un

las chanzas intempestivas del clima y la periodicidad de los trastornos catastróficos. Vamos, vamos al Observatorio. Allí aprenderemos mucho y averiguaremos que el sol no lo inventaron los curas.

— Pero, ¿y la Gioconda?

— ¿Qué quieres decir?

— La bella obra de Leonardo...

— Bien, ¿y qué?

— Aquella sonrisa hermética...

— ¿Sonríe herméticamente porque tiene la boca cerrada?

— Sí.

— Pues aterriza, amigo. Porque si sonríe con la boca cerrada es para que no se vea que en aquella boca faltan unos dientes.

aporte de capitales bajo forma de empréstitos repetidos, en proporciones tales que los intereses a pagar hoy absorben el 60 por ciento de la renta nacional. ¿No está en ese resultado la condena del sistema? Guardadas las proporciones, ocurre lo mismo en los otros países. Para continuar en funciones esa máquina formidable que es la economía capitalista, todos los Estados están forzados a recurrir a continuos empréstitos, a la destrucción criminal de productos de primera necesidad, y a pesar de todo la máquina se atranca.

Para hacerla marchar, Roosevelt recurrirá a la desvalorización de la moneda, a empréstitos gigantescos, a derroches incalculables.

Los recursos de Roosevelt son poderosos, pero ante la naturaleza y la amplitud del problema son ineficaces. Por grado o por fuerza — si no es hoy será mañana — habrá que encarar la reconstrucción del sistema desde su base.

La economía capitalista habrá de desaparecer ante una economía nueva, dejar el puesto a un estatuto social nuevo. Los privilegiados no lo entienden así, naturalmente, pero los que se preocupan del porvenir tienen el deber de estudiar las grandes líneas de esa economía nueva y señalarlas a las grandes masas.

Solamente en esas condiciones se podrá confiar en una transformación social sin preocuparnos de los privilegiados.

Por desgracia no vamos tan lejos.

¿Qué hacen, en efecto, los que eventualmente pueden ser llamados a dar esas indicaciones?

Consagran el tiempo a discusiones bizantinas. Hay que destacar que los argumentos sobre los cuales se apoyan no descansan sobre leyes biológicas como algunos pretenden, sino en sugerencias sobre las cuales la razón no tiene dominio.

Los que pierden así su tiempo están sobresaturados de un pasado que falsea completamente su juicio sobre el porvenir, del cual no nos libramos gargarizando fórmulas que ahorran el trabajo de pensar y agitándolas en muchas ocasiones como dogmas: expropiación, emancipación integral, las máquinas a los obreros, la tierra a los campesinos, la dictadura del proletariado, los soviets, la libertad total, etc.

Todo eso no quiere decir nada y hace posibles las peores tonterías.

Esas polémicas — lo repito — no reposan sobre ninguna base sólida y esa es la razón de su persistencia.

Se tiene la impresión de que es así cuando en sus visiones de un porvenir renovado, esos militantes persisten en que se perpetuarán en un mundo nuevo los abusos que se cometen bajo sus ojos en el mundo capitalista y propician medios para reprimirlos que están muy cerca de los que se emplean actualmente.

Sin darse cuenta toman de las instituciones pasadas y presentes, a las que debemos esos abusos, esos medios de represión y de aplastamiento de los individuos.

Pero habrían de comprender que condiciones sociales nuevas, basadas en el espíritu de justicia y de equidad desarrollarán sentimientos correspondientes, una mentalidad nueva.

Si no fuese así, no solamente sería estéril la consagración a la propaganda, sino que incluso se cometería con ella una mala acción.

Claro está, la cosa no puede cambiar de la noche

a la mañana. No hay que hacernos ilusiones al respecto. Sabemos que los individuos en general viven en un estado próximo a la hipnosis en relación a las leyes, a las condiciones sociales y económicas y que ese estado no puede desaparecer en breves instantes.

Pero si esos militantes se tomasen el trabajo de observar a su alrededor, de mirar en torno a ellos, advertirían que los hombres cambian bastante rápidamente al cambiar de ambiente, en especial cuando tienen interés en ese cambio.

Contrariamente a lo que han escrito ciertos pedantes de la ciencia y de la literatura, el ser no nace bueno ni malo, altruista ni egoísta, lo mismo que no nace creyente ni incrédulo.

Sus cualidades, sus defectos, sus sentimientos, buenos o malos, se desarrollan en razón de las condiciones sociales, políticas, económicas de su ambiente, de las influencias, las sugerencias de ese ambiente.

Por consiguiente, aun teniendo en cuenta la resistencia que podría oponer a la instauración de las condiciones de una vida nueva, a causa de esas sugerencias, cuyo poder no desconocemos, sería muy relativa de parte del proletariado a quien esas nuevas condiciones darían un nivel de vida superior.

Para comprender su comportamiento en una sociedad nueva, habría que conocer el juego y el poder de las influencias del ambiente. Si admitimos ahora que es el producto de su medio, ¿por qué razones no sufriría las sugerencias de la situación nueva que armonizaría con sus aspiraciones y sus intereses?

Es desde este ángulo cómo se rompe con las formas del pasado, haciendo cada uno en sí su revolución.

Liberados así de esas formas del pasado, los militantes se darían cuenta de que los abusos que temen no persistirían en una organización basada en el espíritu de justicia y que no hay que detenerse en querer determinar los medios a emplear para reprimirlos.

Si se dejan dominar por esa preocupación es que no tienen ninguna idea precisa de esa organización nueva.

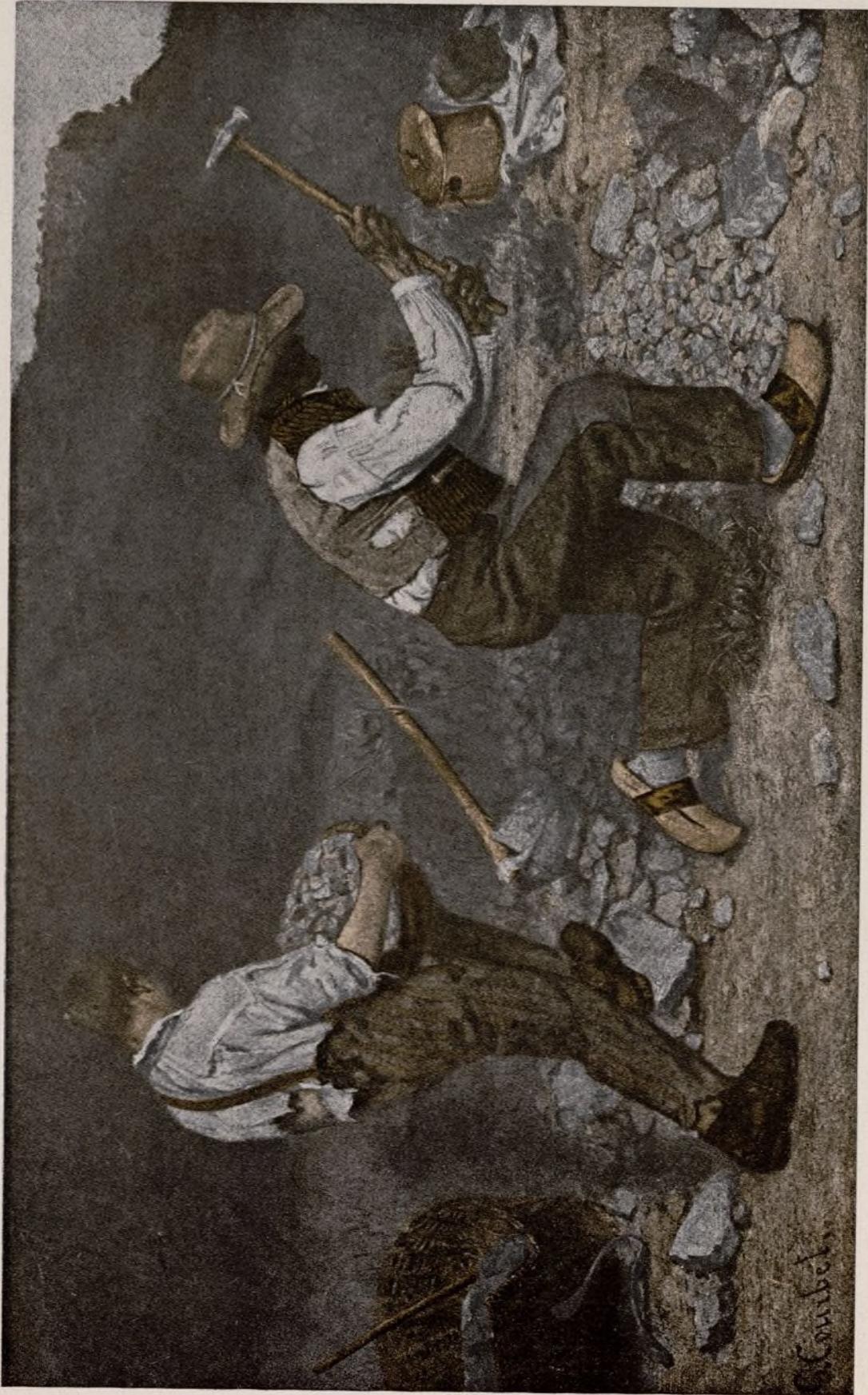
Extraviados en los dédalos de torñas confusas, en esas fórmulas de que hablaba, no tienen confianza en ellos mismos. De ahí sus precauciones contra abusos que en realidad son frutos de su imaginación y esas polémicas que duran desde hace tantos decenios sin llegar a ningún entendimiento.

Sin embargo ea entente es indispensable para la instauración de esas nuevas formas sociales.

Agrego que es posible; que habría la posibilidad de agrupar a la clase obrera entera sin distinción de opiniones políticas o filosóficas en el sentido que sufre las mismas leyes económicas, lo que hace de hecho solidarios a los asalariados y por consiguiente haría posible esa transformación, si supiéramos consagrar todos nuestros esfuerzos a los problemas de una economía nueva por sobre las especulaciones políticas o filosóficas.

Pero para comprender el juego de esa economía nueva hay que abstraerse previamente de todas las instituciones presentes; compenetrarse bien de que no son inmutables; de que han sido instituidas por los hombres y que, por tanto, ellos las pueden cambiar, en caso necesario, suprimiéndolas sin comprometer la marcha del sol.

Ese es el gran obstáculo que se levanta ante el mili-



LOS PICAPEREROS, por Gustave Courbet

«Tiempo Nuevos», junio 1936

tante. Está aferrado a esas instituciones como se aferra a una vieja indumentaria que ha tomado la forma del cuerpo. Le parece que sin ellas habrá el vacío, tiene miedo a verse privado de ellas sin saber cómo ni por qué reemplazarlas.

Me dan la impresión del primitivo que, después de haber tallado una figura en un trozo de madera, se arroja ante ella. El militante ha hecho también un *tabú* de esas instituciones que considera como sagradas.

Quiero precisar mi pensamiento al respecto.

Todos los abusos, desórdenes, crímenes, robos, guerras, en una palabra todas las iniquidades sociales tienen su origen en la propiedad individual y en el principio de autoridad sin el cual esa forma de propiedad no podría existir. En consecuencia, si queremos establecer una sociedad igualitaria económicamente, hay que suprimir la propiedad individual y el principio de autoridad.

Esto es elemental; además, todos los innovadores están de acuerdo sobre este punto — teóricamente, se entiende. ¿Y después? ¿Después? Es muy sencillo: o no se sabe más, pues la mayoría reconstruye esa propiedad bajo otra forma y se ingenia por demostrar cómo se puede hacer funcionar el principio de autoridad en armonía con esas nuevas formas sociales.

Sugestionados por la idea de que la propiedad debe ser la base de la organización, no piensan que podría muy bien no serlo. Entonces, sin reflexionar, declaran: Se transformará la propiedad individual en propiedad colectiva o común.

Y así el obstáculo es zanjado. Pero no es así. Equivaldría eso a salir de una trampa para caer en otra. Al transformar la propiedad individual en propiedad colectiva o común, creamos de alguna manera una nueva entidad a la cual el individuo habrá de ser sacrificado una vez más, como ha sido sacrificado a los dioses de tantas clases, a las iglesias, a la monarquía, a la república, etc.

Las modificaciones se traducirían jurídicamente sin mejorar por eso su suerte.

Los privilegios se habrían simplemente desplazado, de las manos del individuo pasarían al Estado, pero persistirían lo mismo que persistirían todas las injusticias inherentes a esos privilegios.

Rusia nos da al respecto una enseñanza que debe servirnos.

El obrero en Rusia no trabaja ya para un propietario territorial; trabaja para el Estado, que obtiene de su labor el beneficio que obtenía antes el propietario.

Los beneficios de su trabajo no van al patrón particular, pero van al Estado.

El obrero puede clamar a todos los vientos: la propiedad es nuestra, la propiedad es de todos. En el fondo no ha cambiado nada para él.

Conservando el principio de la propiedad bajo esa forma se conservan sus abusos, pues las jerarquías sociales subsisten como en país capitalista, habiendo privilegios, como en los países capitalistas.

Además la propiedad privada, transformada en propiedad de Estado, implica los rodajes de una formidable administración para hacerlos funcionar; de ahí la movilización de un ejército de funcionarios que no

dan ningún trabajo útil y a quienes el obrero debe mantener.

Por otra parte, hacen falta los medios para mantener y hacer respetar los privilegios, las desigualdades sociales que de ellos se derivan y entonces aparece necesariamente el principio de autoridad para mantenerse esa administración, de suerte que los privilegios contra los cuales el pueblo hizo la revolución, no han sido suprimidos, sino solamente desplazados.

Analizando el libro de Herriot sobre Rusia, un comunista ha escrito:

«Los soviets han dado a la ciencia la autoridad que han quitado a la religión.»

Exactamente, y han hecho el mismo uso de ella. Es muy edificante.

La religión ha edificado monumentos suntuosos en interés espiritual del pueblo al cual dominaban simultáneamente en su cuerpo y en su alma.

Los soviets no hacen otra cosa con pretextos diferentes.

Sin embargo, si hay algo sagrado en la vida es el ser que pena, que sufre, que gime a causa del esfuerzo, y es él el que ha sido sacrificado siempre, en monumentos, en sepulcros, en ficciones.

La razón de los sacrificios que se le piden hoy puede ser diferente de la del pasado, pero lo es en apariencia solo, puesto que los resultados son los mismos.

Hablando del esfuerzo industrial que se hizo en Rusia, el mismo comunista ha escrito:

«Después de la experiencia hoy clásica de los Estados Unidos, no se ha intentado nada más amplio.»

¡Qué ceguera, qué aberración!

Ambicionar igualar, sobrepasar a los Estados Unidos en ese dominio cuando es el país más cruelmente afectado por la crisis; cuando es a sus métodos que debemos una disminución del nivel de vida de los pobladores de ese país y su danza de millones de desocupados. Verdaderamente cree uno soñar al leer esas cosas... ¡Palabras! ¡Más palabras! Se ha hipnotizado a nuestros abuelos con las consignas: dios, patria, igualdad, libertad, fraternidad, por las cuales se hacían matar al mismo tiempo que morían de hambre.

Se educa en nuestros días al obrero ruso con una mística social, diciéndole que es propietario de la tierra, de las fábricas, pero no por eso cesa de ser un paria que arrastra sus cadenas. He ahí lo que no hay que perder de vista.

Poco nos importa montar grandes fábricas si nuestra situación económica no mejora.

Algunos fanáticos, doblemente ciegos, dirán que exagero. No es verdad. Es tan poco exagerado que los dirigentes de ese país se ven forzados a recurrir a la autoridad para mantenerse la situación, lo mismo que en los regímenes capitalistas. Autoridad que en todos los países del mundo actúa para salvaguardar la injusticia, imponer un abuso. Esa es su razón de ser. No se queja nadie, en efecto, de un exceso de equidad, pero en cambio, todos se quejan de una injusticia y por eso hace falta disponer de los medios para que callen los afectados. El régimen de los soviets no constituye una excepción a esta regla. No perdamos el sentido de las realidades a causa de las palabras.

La propiedad individual o común justifica el principio de autoridad.

No ha de ser ni individual ni común o de Estado. No es un fin, sino un medio que permite a los individuos vivir después de un esfuerzo dado.

No estando acaparada no habría ninguna necesidad de la autoridad para guardarla, ni de un ejército de empleados para administrarla.

Su origen, que es la expoliación, da la impresión que alguien — individuo o Estado — posee en detrimento de los demás e implica la necesidad del principio de autoridad para mantener esa expoliación. Acaparada por el Estado podrá adquirir la apariencia de una forma nueva en beneficio de la colectividad, pero tiene que llegar a los mismos resultados: al sacrificio del individuo en beneficio del que la detenta. Al respecto se puede decir que los comunistas de Rusia han saboteado la obra de Marx al mantener las oposiciones de clase que habrían debido suprimir con la revolución.

El Manifiesto comunista dice: «Una vez desaparecidas las oposiciones de clase en el curso de los acontecimientos y concentrada la producción en manos de los individuos asociados, el poder político pierde su carácter político».

«El poder político es, propiamente dicho, la violencia organizada de una clase para oprimir a la otra.»

«Si en la lucha contra la burguesía el proletariado se une como clase, se transforma por la revolución en clase dominante y termina con las antiguas condiciones de producción, lo cual será el fin de la existencia de las oposiciones de clase en general, con su poder como clase.»

En la obra fundamental que expone la concepción del Estado de Marx y Engels: *Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado*, leemos:

«La sociedad que organiza de nuevo la producción sobre las bases de una asociación libre e igualitaria de los productores, pondrá toda la maquinaria del Estado en el lugar que le corresponde: en el museo de las antiguallas, al lado de la rueca y del hacha de bronce.»

En su carta a Bebel sobre el programa de Gotha, Engels vuelve a la cuestión del llamado Estado popular:

«Es preciso, dice, rechazar toda la charlatanería del Estado. Especialmente desde la Comuna que no fué un Estado en el sentido de la palabra. El Estado popular con la instauración de la sociedad socialista se disolverá y desaparecerá automáticamente.»

La preocupación de los socialistas, de los comunistas de conquistar el poder es la prueba evidente de que no admiten la supresión de las clases ni del Estado, a la que Marx mismo quería llegar.

El mantenimiento del Estado es justificado por el mantenimiento de las clases, y el mantenimiento de las clases exige el mantenimiento del principio de autoridad que es ejercido por el Estado.

Están ligados el uno al otro indisolublemente.

La confusión de los discípulos de Marx al respecto es formidable. Giran en un círculo sin posibilidad de salida si persisten en la idea de la propiedad colectiva o de Estado. Si la toma de posesión de la propiedad por el Estado no implicase abusos, si no fuese ella

misma un abuso, no habría que recurrir al principio de autoridad.

Si se recurre a la autoridad para salvaguardar esa propiedad del Estado, se tiene ahí la prueba evidente de que encierra una injusticia.

Las condiciones básicas de un nuevo estatuto social no pueden contener una forma cualquiera de propiedad, pues, ésta, repitámoslo, no debe ser más que un medio que se utiliza según las necesidades sin tener que codificarlo, lo que vuelve a las complicaciones y a todas las injusticias del sistema capitalista.

La Rusia nueva, o mejor, sus dirigentes, han cometido en consecuencia más que un error al mantener el principio de la propiedad estatal, que no pertenece, pues, al pueblo, como no pertenecía cuando era propiedad privada.

Resultó de ahí esa mística social por la cual la clase obrera no ha disminuído sus esfuerzos sin aumentar su nivel de vida, instaurando un nuevo parasitismo bajo forma de una burocracia formidable.

Es preciso evitar la caída en esos reveses. Para ello hay que revisar todo lo que se refiere a la economía, libertarnos de los errores de nuestra enseñanza, de las creencias en la necesidad de las instituciones del régimen presente. Es sólo así como podremos realizar la igualdad económica a la que deben ser subordinadas *todas las modalidades* del estatuto social a instaurar, no ya sobre la base de una forma cualquiera de la propiedad sino, *sobre el esfuerzo de trabajo igual para todos los seres válidos*, a cambio de lo cual, tendrán todos la posibilidad de vivir plena y libremente.

Partiendo de este principio, todas las discusiones políticas o filosóficas, carecen de sentido. Se habría hablado para no decir nada, pero la entente entre todos los asalariados se podría realizar, porque no habría posibilidad de engañarles, de extraviarles en las doctrinas incluso de carácter social como en Rusia, o en los dogmas religiosos o filosóficos.

Hay que entender así que esa base económica igualitaria implicaría el quebrantamiento de toda la estructura del sistema capitalista sin tener que decretarlo.

Lo mismo que no habría que discutir sobre la pequeña y la gran propiedad, ni que decretar la expropiación que existiría de hecho y así el espíritu de equidad funcionaría normalmente en la distribución sin tener que determinarla por leyes.

No se exagera al decir que más instruídos o más ignorantes cada uno de los obreros comprendería y se conduciría de acuerdo a esa ley a que se conforma todos los días, y por eso, repetimos que se podría hacer la unidad proletaria sobre esa plataforma económica, sin posibilidad para los más hábiles de los arrivistas de impedirlo con discusiones políticas o filosóficas, tal como ocurre hoy.

Las precauciones a tomar eventualmente contra esos arrivistas no son de la especie que se imaginan algunos militantes, medidas coercitivas después de la revolución, sino que han de concretarse a la difusión de esa verdad antes de la revolución.

No se trata de atacar el mal en sus efectos, sino de prevenirnos contra él suprimiendo la causa.

# La Propiedad Por León de Huelves

## El socialismo anarquista



en el confort para todos, en la abundancia, garantías para la libertad y la igualdad. El hombre lobo del hombre no puede convertirse en verdadero hermano del hombre más que en condiciones materiales seguras.

La sociedad humana se divide en clases al proteger la tierra y los medios de producción creados por los hombres como propiedad privada de la clase privilegiada. Sólo donde existe el derecho de los amos contra el derecho de los esclavos, tiene sentido el Estado, encuentra labores que realizar. Tan sólo con el desarrollo de la propiedad personal al nivel de la explotación de los hombres pudo aparecer el Estado.

El Estado, según Bakunín, pertenece a una etapa inferior de la evolución y es un producto del fanatismo. En todos los países ha nacido del maridaje de la violencia, el robo, el saqueo, en una palabra, de la guerra y de la conquista, de los dioses que poco a poco había ido creando el paganismo. Y en opinión de Kropotkin, el Estado se mezcla en todos nuestros asuntos, teniéndonos estrechados entre sus brazos desde la cuna hasta la tumba. Él dispone de todos nuestros actos, amontona montañas de leyes entre las cuales no sabe qué hacer el más experto abogado. Él crea un ejército de empleados que se aposentan como las arañas en su tela, y que sólo han visto el mundo por los cristales alumbrados de su oficina. Los impuestos crecientes que recibe no le bastan nunca, vive a costa de las generaciones futuras y camina hacia la bancarrota. El Estado, que debió ser un medio de protección para todos, y especialmente para los débiles se ha convertido en un arma de los ricos contra los explotados, de los poderosos contra los desposeídos.

El Estado es para los anarquistas el despotismo de los de arriba y la esclavitud de los de abajo. Los que gobiernan racionan la libertad y cortan y roen los derechos. Los elementos que se oponían en épocas pasadas al desarrollo de la libertad de los pueblos, son los mismos que se oponen hoy. La lucha existe latente en todos los pueblos. El Estado y la libertad son incompatibles. No hay diferencia entre la frase de Luis XIV: «el Estado soy yo» y los Estados modernos: «España es un Estado». Un gobernante aunque haya llegado al Poder por la voluntad del pueblo, ordenará y mandará a su gusto, no en nombre de la democracia. La democracia y la libertad son incompatibles con el principio de autoridad del Gobierno.

Con el desenvolvimiento del capitalismo, que hizo de los principios materiales de explotación por los propietarios, el centro de toda la vida del hombre, aumentó el número de leyes, medidas coercitivas y de vigilancia, por las cuales el proletariado es mantenido en la obediencia a la clase privilegiada. Como humanos preferimos la libertad junto al hambre, a la hartura junto a la esclavitud y a la abyección.

Mühsam comprendía por comunismo la relación social basada en la comunidad de bienes, lo que permite a cada uno trabajar según sus capacidades y consumir según sus necesidades. En esa forma económica creía más seguramente garantizada la exigencia básica socialista de la igualdad de derechos de todos los miembros de la sociedad que en el colectivismo o en el mutualismo, que quieren poner la parte de los productos comunes en una relación de equivalencia con el trabajo realizado.

El socialismo es, considerado económicamente, la



El socialismo anarquista quiere la libertad de la personalidad y la igualdad del derecho a la existencia para todos; que todos los seres humanos tengan derecho a vivir, trabajar, consumir y disfrutar. Esto supone un régimen de igualdad, y un régimen de igualdad, aun cuando sea la igualdad

en la miseria, es más justo y legítimo que un régimen de privilegio. Los defensores de esta doctrina no sólo quieren la igualdad, sino que aspiran a la abundancia: una igualdad en la abundancia, porque la abundancia o la cómoda satisfacción de las necesidades materiales crean una mentalidad muy diversa de la que aparece en las privaciones, en la penuria. Hay

sociedad sin clases, en donde la tierra y todos los medios de producción son retirados de la disposición privada, y así ni la renta de la tierra ni el beneficio del empresario ni tampoco la entrega de fuerza de trabajo por salario o sueldo privarán a las manos ni a los cerebros que laboran del producto de su esfuerzo. En lugar de la explotación privada o estatal se tiene la administración planeado común de la propiedad colectiva; en lugar de la minoría privilegiada de los propietarios de cada país, la totalidad unida en el pueblo en todos los países.

Respecto a la organización en sus detalles, veamos el resumen de las ideas de Kropotkin y Bakunin: los hombres habrán de irse agrupando en uniones cada vez más amplias, pero en lugar de la antigua organización, fundada toda ella en el poder y en la autoridad se establecerá una nueva que no tenga otra base sino las necesidades, propensiones y aspiraciones naturales de los hombres; de esta suerte se llegará a una agrupación libre de los individuos en municipios, de los municipios en provincias, de las provincias en pueblos, y finalmente de los pueblos en los Estados Unidos de Europa, para llegar por último a la unión de toda la humanidad. Pero estos municipios no serán montones de hombres agrupados en un territorio, ni tendrán murallas o límites; el municipio anarquista será una agrupación de los que piensan lo mismo, no un todo cerrado estrechamente. Los diversos grupos se sentirán atraídos hacia los grupos semejantes uniéndose tan estrechamente como los conciudadanos, y de esta manera se formarán comunidades o agrupaciones de intereses, cuyos miembros se hallarán esparcidos por ciudades y aldeas. Estas comunidades se formarán por medio de contrato. Los individuos se obligarán para con la sociedad y ésta su vez para con ellos. No habrá necesidad de constreñir al cumplimiento de este contrato, ni será preciso el empleo de penas ni el funcionamiento de tribunales, pues dicho cumplimiento quedará bien asegurado por la necesidad que tendrá cada cual del trabajo cooperativo, del auxilio y respeto mutuos, y al que no cumpla sus obligaciones podrá excluirse de la agrupación.

Ciertamente, a un cambio tan radical no puede menos de corresponder a otros modos nuevos de producción y de organización económica. Es interés de la nueva sociedad de libres y de iguales, de todo individuo como de toda colectividad, que se llegue a producir la mayor cantidad de bienes con el menor esfuerzo posible; que se pueda satisfacer el máximo de las necesidades de todos con el concurso de cada uno en el campo de la producción, de los transportes, de los intercambios, de los diversos trabajos públicos de manera que no haya derroche de riquezas o de energías.

Todo esto es importantísimo. Sin embargo no es lo más importante. Lo más importante es establecer como punto de partida condiciones de igualdad, condiciones de hecho que hagan imposible la reproducción de la explotación del hombre por el hombre; que salvaguarden sobre todo la personalidad y la dignidad humana, la libertad individual y colectiva en todas las manifestaciones de la vida social.

En la fábrica no se busca la afinidad como en el matrimonio o en la amistad y en el ambiente social. En la fábrica interesa sobre todo el compañero de tra-

bajo que conoce su labor y la realiza sin producir complicaciones con su inexperiencia o su impericia en la marcha del conjunto. La convivencia en la fábrica no se establece a base de afinidad de caracteres, sino a base de cualidades de trabajo, de pericia profesional. En una palabra, el grupo de afinidad que se forma en la vida social, no tiene función alguna específica en la vida económica.

La comuna libre es producto lógico de esa concepción del grupo de afinidad. La comuna ha de ser libre desde el punto de vista político o social, para el arreglo de sus asuntos internos de una manera absolutamente soberana; y desde el punto de vista económico ha de estar asociada, federada, integrada a la red económica total del país. Comunismo económico es, a nuestro entender, un vestigio de las viejas concepciones jurídicas de la propiedad comunal. Propiciamos la supresión de la propiedad privada de la tierra, de las fábricas y de los instrumentos de trabajo, y no queremos que en lugar del antiguo propietario individual aparezca un propietario de varias cabezas. La tierra, las fábricas, las minas, etc., son de todos, deben ser de todos. Y nuestro trabajo en la tierra o en la fábrica no nos convierte en propietarios individuales o colectivos, sino en contribuyentes al bienestar común.

La riqueza será tomada directamente por el pueblo y él mismo resolverá el mejor modo de gozar de ella en cuanto al consumo. Podrá adoptarse el principio de *cada uno y a cada uno según su voluntad*, porque en la sociedad futura la producción será tan abundante que ninguna necesidad habrá de limitar el consumo.

Todo individuo (salvo el niño, el viejo a partir de los 55 años y el enfermo) para ser consumidor, le bastará con ser productor. Para tener derecho al consumo en las cooperativas, en las secciones de distribución de los sindicatos o en almacén comunal, ha de demostrar la calidad de productor mediante el carnet sindical, en el que se harán constar los días de trabajo por el sindicato a que pertenezca, en lugar de sus cotizaciones. El consumo será libre, a menos que la escasez de un artículo obligue a su racionamiento. Serán objeto de consumo libre: el alimento, el vestido, la vivienda, la enseñanza, la asistencia médico-farmacéutica, el agua, la luz eléctrica, el combustible y las comunicaciones.

Desaparecerá entonces el privilegiado y el miserable. Todos los ciudadanos estarán incluidos en la única categoría de productores-consumidores, sin otras diferencias que las naturales: las de aptitud para producir y las de las necesidades para consumir.

La producción capitalista tiene por divisa: *en tu muerte está mi vida*. La ruina de uno es la fortuna de otro. Y esta lucha encarnizada se sostiene entre nación y nación, entre pueblo y pueblo, entre individuo e individuo, tanto entre trabajadores como entre capitalistas. Es una guerra a muerte, un combate en todas las formas. Un obrero encuentra trabajo cuando otro lo pierde. Una industria prospera cuando otra declina. Uno adquiere la propiedad de algo cuando otro la pierde.

Imaginad la enorme transformación que se verificará en los resultados de la producción, cuando el principio de la producción privada, *cada uno por sí y contra todos y todos contra cada uno*, sea sustituido por el

verdadero principio de la sociabilidad humana, uno para todos y todos para uno. Imaginad lo que aumentará la producción, cuando cada hombre en vez de verse obligado a luchar contra todos los otros se vea por ellos ayudado, viendo en ellos cooperadores y no enemigos...

El movimiento anarquista no es obra de individuos aislados, de hombres de acción extraordinaria, es obra de una comunidad de hermanos y de iguales, que contribuyen con su esfuerzo, porque tienen todos el deber y el derecho de hacerlo, porque la salvación está en todos en la acción de todos, en el pensamiento de todos. Por eso el centro del movimiento está en todas partes.

\* \* \*

El régimen de propiedad privada tiende con todas sus fuerzas, como cualquier institución de privilegio, a conservarse. Es discutible si ha sido alguna vez, en el curso de la historia, un coeficiente de progreso, que respondía a verdaderas necesidades sociales. Desde hace mucho tiempo es una maldición para el mundo entero. Lo que de más malo desgarró la humanidad proviene de él. Por tanto, todas las fuerzas de la vida y de la civilización tienden hoy, consciente o inconscientemente, a libertarse de él. Para salvarse, aun por el hecho que su vieja estructura no responde ya a su desarrollo reciente — que su crisis interna se suma a la que le presiona desde fuera —, el capitalismo tiende a transformarse. E hizo su aparición el fascismo. Es una verdadera metamorfosis la que está elaborando, y tan radical, con tales cambios en su estructura interior y un total derribo de sus expresiones políticas, que no parece el mismo, que no puede siquiera conservar el nombre de antes. El capitalismo morirá, si se le deja morir de muerte natural; o más bien, si se le deja consumir tranquilamente, a través de su metamorfosis, su suicidio.

La única salida que le queda al capitalismo mundial es la guerra. Es el fascismo, a su servicio, quien la provoca: Italia en Abisinia, Japón en China. Alemania en Europa. En todos los pueblos fascistas se oye el grito de guerra, ese grito bárbaro, inhumano, asesino. Y todos los diarios anuncian y comentan con fría tranquilidad de espanto lo inminente, lo inevitable. La guerra viene. La guerra se acerca. Nada quedará en pie. Los esfuerzos, las fatigas, los desvelos de muchos siglos de historia serán abatidos de un solo golpe horrible, monstruoso. Todo desbaratado, deshecho, humillado, envilecido. Y los fascistas, ebrios de ese crimen enorme, poseídos de un delirio furioso de sangre vertida y de carne violentada. Como fieras. Más fieros que ellas. Y, todo juntándose en ayuntamiento terrible para que nada quede en pie, ni fruto logrado, ni corazón latiendo.

¡La guerra! Odio. Muerte. Nube negra e inmensa, henchida de martirios y de dolores. Huracán de acero y de fuego contra el que no hay fuerza humana que pueda resistir. Locura de destrucción y de exterminio, como un ansia desabrida de ruinas, de hambres, de lágrimas.

Mussolini. Hitler. Atilas de frac que desde la calma de sus despachos juegan con la vida de los hombres, los mandan a la muerte: planes de vileza y de infamia, hijos de cerebros viles e infames. Ha llegado

para muchos la hora de la verdad. Hay muchos corazones amplios y serenos que se opondrán a que cuatro crueles bárbaros sin alma dispongan de sus vidas por una causa bárbara y cruel. Trabajadores del mundo: no os dejéis engañar por huecas falsas arengas patrióticas ni por himnos marciales y estúpidos. Vuestra patria es la Tierra. Vuestro himno es la Paz. Y la Tierra no tiene fronteras. Y la Paz no tiene codicias ni horizontes.

La única salida que le queda al capitalismo es la guerra, el exterminio, a no ser que en los últimos instantes de lucidez se decida, asustado de su propia obra, a ceder, a conceder y a trazar verdaderos convenios que alivien la tensión de los intereses antagónicos y retarden aún más la pausada marcha de la evolución. Pero, no. La guerra es inevitable, y será la horrenda tempestad que presagiará la posterior reconstrucción del mundo, el cual parece que no se cura más que con catástrofes.

Toda la razón de las guerras que amenazan teñir de sangre el futuro estriba en mantener incólumes los reductos del capitalismo. No es una guerra de pueblos. Este pretexto oculta la verdad. Es una guerra del poderoso contra el mísero, del ahito contra el hambriento, del capitalista frente al trabajador.

De hecho, y aun en tiempos de paz, esta guerra existe, pues toda la legislación gubernativa tiende, por lo común, a estrechar las cadenas del esclavo, del hombre para el que es un sueño la libertad económica. Dentro del ambiente rarificado por la opresión, el obrero de la ciudad alcanza de vez en cuando pequeñas mejoras que no llegan nunca al obrero del campo, a la cenicienta del proletariado...

Examinando el presupuesto para 1934-1935 de unas cuantas naciones en lo que respecta a Guerra y Marina — Alemania, Italia, Japón, Estados Unidos, Francia, Inglaterra — encontré que viene a sumar la cifra aterradora de 50,000 millones de pestas lo que se gasta por estas potencias en menesteres de Guerra y Marina. Los Estados Unidos que en el presupuesto actual tienen 533 millones de dólares, anuncian que para el presupuesto 1935-1936 se elevará a 887 millones: 400 para Guerra y 487 para Marina. El crecimiento enorme de este presupuesto de Guerra, que allá en el año 1850 era en las mismas naciones de 5,000 millones de pesetas, que en 1913, antes de estallar la guerra europea, era de 25,000 millones; es hoy de 50,000 millones. ¿Cómo puede concebirse tamaña locura, que cuando hay 30 millones de hombres que no pueden comer exista esa cantidad monstruosa dedicada a defender el capital?

Es el fascismo al servicio del capitalismo quien provoca la guerra. Hitler, victorioso en el Sarre, no tiene salida. El fascismo necesita justificarse. Alemania maniobra hacia sus apetitos imperialistas, como Italia y Japón hacia su expansión territorial. Y los diplomáticos complican a todas las naciones. La guerra se fragua. La desesperación imperialista no puede aguantar más. Necesita repetir la etapa de 1914. El exceso de producción, la falta de mercados, el exceso de población, el crecido número de obreros sin trabajo, todo esto le estorba al capitalismo, y la atmósfera es cada vez más asfixiante.

El capitalismo entra en el último ciclo de su etapa.



Por PIGMALIÓN

## EL ECLIPSE TOTAL DE SOL DEL 19 DE JUNIO

Todos los años se verifican eclipses de Sol y de Luna, o de Sol solamente. El menor número de eclipses que puede haber en un año es de dos y han de ser, necesariamente, de Sol, como ocurrió en 1904 y en 1926. El número de eclipses del presente año es de cuatro: dos de Sol y dos de Luna. El primer eclipse de Sol que se verificará este año será total y ocurrirá en el día 19 del presente mes de junio. El segundo se producirá entre el 13 y 14 de diciembre y será, por consiguiente, invisible en España.

El mayor número de eclipses que pueden verificarse en un mismo año es de siete: cinco de Sol y dos de Luna, aunque también puede ocurrir que sean tres de Luna y cuatro de Sol, como fué en 1917. El número máximo es cosa rara. Se repitió el caso en 1935, y volverá a suceder en 1982, 2094...

En todo el siglo XIX hubo 242 eclipses de Sol (totales y parciales). En el presente siglo se contarán 226.

El fenómeno se produce, como es sabido, por la interposición de la Luna entre el Sol y la Tierra, o por la de la Tierra entre Sol y la Luna. En el primer caso, el eclipse es de Sol; en el segundo, de Luna.

Para salir de él no encuentra otra puerta que la guerra, una guerra más brutal, más terrible, que la de 1914. Mientras millones de obreros se mueren de hambre en el campo, las fábricas de armamentos trabajan sin cesar. Se prepara la fosa a millones de hombres desocupados. Así acabará el paro obrero. La Iglesia volverá a bendecir cañones y ejércitos. Cada país rezará a su Dios para que aplaste al adversario. Los bombardeos reducirán las ciudades a escombros y los campos a cenizas. Y entonces el capitalismo habrá consumado su suicidio. Tendrá una muerte digna de su civilización.

No os dejéis engañar, trabajadores del mundo, por arengas patrióticas falsas ni por himnos marciales. Cuando llegue el momento, emplear las armas contra vuestros tiranos. Porque vuestra patria es la Tierra. Y vuestro himno es la Paz.

### CONCLUSIÓN

Hemos llegado a las siguientes conclusiones:

I. — En los comienzos de la sociedad no existía la

### PREDICCIÓN DE LOS ECLIPSES

Predecir los eclipses es cosa fácil. Hace miles de años ya se predecían. Los caldeos observaron que esos fenómenos se repiten en períodos iguales de tiempo; este período dura 18 años, 11 días (10 días si se cuentan cinco bisiestos), 7 horas y 43 minutos. De modo que el próximo eclipse total del día 19 de junio es repetición de otro que hubo el día 8 de junio de 1918; y tengan la seguridad nuestros lectores que 18 años, 11 días, 7 horas y 43 minutos después del 19 de junio ocurrirá otro eclipse total de Sol.

Como el lector habrá comprendido, es fácil predecir la vuelta de un eclipse. Pero si bien esto es matemáticamente cierto, también es verdad que el fenómeno no se reproduce para los mismos lugares del globo. Como el ciclo no tiene número exacto de días, el eclipse se repite cada vez, pero desplazado más hacia el Oeste, y como además existen otras pequeñas perturbaciones, la sombra lunar cruza la Tierra más hacia el Norte o más hacia el Sur. Si la sombra recorre la superficie terrestre más hacia el Norte que la vez anterior, en la próxima repetición la proyectará también más hacia el Norte, y cada vez que vuelva subirá en latitud, hasta que, repitiéndose los casos, acaba por salirse la sombra lunar por encima del Polo, y entonces el ciclo muere y no se producen más eclipses.

propiedad de hoy. Se fué desarrollando en virtud de influencias especiales.

II. — Dios no estableció el derecho de propiedad absoluto, individual. Las desigualdades que encierra este derecho son contrarias a la moral.

III. — La propiedad no es de derecho natural, porque atenta contra la misma naturaleza. La razón no la justifica la ocupación, la prescripción y el trabajo.

IV. — La propiedad es hija de la ley.

V. — Para corregir los defectos que tiene el régimen de propiedad individual se imaginaron varias medidas, que no fueron eficaces.

VI. — Fracasados los sistemas ideados para mejorar el régimen de propiedad individual, se pensó en otros sistemas para sustituirlo, y nació el socialismo, que llena completamente la medida de justicia y es más conforme con la naturaleza y la razón. De las teorías socialistas que se disputan la supremacía es el anarquismo la que desarrolla todas las actividades humanas en pro de la felicidad universal.

Si el fenómeno se repite, dirigiéndose el cono de sombra hacia el Sur, las reproducciones irán sucediéndose, alcanzando cada vez latitudes más australes, hasta que la sombra lunar acaba por pasar por debajo del Polo Sur, y entonces el ciclo desaparece.

Como se ve, el período de 18 años, 11 días, 7 horas y 43 minutos muere, y muriendo todos los ciclos, terminarían por dejar la Tierra sin el espectáculo de los eclipses. Pero, si unos mueren, nacen otros. Con antelación, el cálculo anuncia el nacimiento de un ciclo con un pequeño eclipse, como ocurrió el 17 de junio de 1928. Entre el nacimiento y la muerte de un ciclo pueden pasar de 1,260 años hasta 1,388, durante los cuales se verifican de 68 a 77 eclipses de Sol. Cuando un período desaparece vuelve a nacer otro 12,500 años después.

En el tiempo que dura un período, o sea, en 18 años, 11 días, 7 horas y 43 minutos suceden 70 eclipses, 29 de Luna y 41 de Sol (10 totales y 17 anulares); cada uno de ellos tiene período propio e independiente del de cada uno de los demás.

### MARCHA DE LA SOMBRA

La sombra de la Luna viaja por el espacio con la velocidad de una bala de cañón a 1.050 metros por segundo, o sea 3.740 kilómetros por hora. Con esta velocidad pasaría por la superficie terrestre si la Tierra no tuviese movimiento de rotación. Este movimiento lo verifica nuestro globo en el mismo sentido que marcha la sombra lunar. Restando de la velocidad de la Luna la de rotación de la Tierra en sus diferentes paralelos de latitud, resulta que la sombra lunar marcha sobre la superficie terrestre con una velocidad relativa de 2.000 a 2.200 kilómetros por hora en las proximidades del Ecuador. Pero en latitudes elevadas la velocidad de la sombra aumenta, pudiendo alcanzar hasta 8.000 kilómetros por hora. En el eclipse del 19 de junio el cono de sombra lunar recorrerá 14.200 kilómetros sobre la superficie terrestre en tres horas, lo que resulta una velocidad media relativa de 4.700 kilómetros por hora.

### DONDE SE VERA EL ECLIPSE

El próximo eclipse será total. Empezará a ser total a las tres y cincuenta minutos del día 19 para un lugar situado en el Mediterráneo, frente a las costas de Trípoli, a la salida del Sol, en este mismo lugar. El cono de sombra pasará por el archipiélago helénico, siendo perfectamente visible la totalidad en Atenas; seguirá atravesando el Noroeste de la Anatolia, Mar Negro, Norte del Cáucaso; penetrará en Siberia Occidental, pasando por las ciudades rusas de Omsk y Tomsk; se internará en la Manchuria y saliendo al mar atravesará las islas japonesas, seguirá por el Océano Pacífico hasta terminar en un punto situado un poco más al norte del trópico de Cáncer y casi en el meridiano 180, al sudeste de

una de las islas Sandwich llamada Patrocinio, donde el eclipse se verá total a la puesta de Sol.

En España el eclipse será parcial y no para toda la península. Las provincias españolas desde las cuales podrá observarse el fenómeno se anuncian en el gráfico que insertamos. El eclipse será visible desde la salida del Sol y durante el tiempo que se expresa en los círculos del gráfico para cada capital. En las demás provincias españolas que no indicamos, no se verá el fenómeno.



El eclipse de Sol que se verificará el día 19 de junio será parcial en gran parte de España cuyas capitales se expresan en los círculos del gráfico. El número de minutos que cada uno lleva debajo del nombre de cada ciudad expresa el tiempo en que será visible el fenómeno a contar desde la salida del Sol. La flechita que figura en la parte inferior de cada círculo indica el punto por donde desaparecerá la Luna, o sea, donde se verificará el último contacto. A las capitales que se anuncian en el gráfico hemos de añadir Cuenca, en donde el eclipse será visible durante quince minutos, y Ciudad Real, donde será visible cuatro minutos.

### EL TRABAJO DE CALCULAR ECLIPSES

Con todo lo dicho parece que el cálculo para fijar los lugares y tiempos en que se ha de verificar un eclipse, tropieza con grandísimas dificultades. No hay tal. En las oficinas de cálculo de los observatorios extranjeros hacen las mujeres esta clase de trabajo. Sólo se necesita una paciencia igual que la que emplean al bordar para manejar las tablas de logaritmos con seguridad de no equivocarse.

Por algo es mujer la musa de la Astronomía y de las Ciencias exactas.

# Historia del trabajo

Por el doctor  
J. Eisenstädter



## LA ALEGRÍA ESFUMADA



SEGÚN el viejo relato bíblico pesa una maldición sobre todo trabajo humano. Ningún poema de la oscura prehistoria es tan vivo para el hombre del período de las máquinas ni ha quedado tan real como aquella tétrica historia del paraíso perdido. Ninguna de las palabras revestidas de autoridad divina tiene en el corazón de los vivientes un eco tan poder-

roso como aquella sombría sentencia: «Ganarás el pan con el sudor de tu frente». Nuestro trabajo ha perdido la alegría. Desazonados vamos a la tarea cotidiana y esperamos, con impaciencia, la señal que anuncia la liberación del yugo de una servidumbre prestada con repugnancia. Hubo tiempos — ¡qué lejanos nos parecen! — en que se veían con orgullo y alegría madurar la obra de sus manos tanto el herrero como el alfarero, el carpintero como el constructor de botes. Hombre y producto humano estaban todavía estrechamente ligados entre sí, el creador era ple-

296 TIEMPOS  
NUEVOS

namente consciente del valor de su trabajo. No era el mísero salario lo que se buscaba, sino que se pagaba un servicio con otro servicio. ¿Sabe el individuo hoy para qué trabaja, o podría decir tan sólo que siente satisfacción al pensar en el resultado de sus esfuerzos? Uncido a la cadena férrea de los actos fragmentarios exactamente medidos, sin voluntad propia y sin el derecho a la intervención, siente el empleado como el obrero, el funcionario y el capataz que sólo son rodajes insignificantes en el gran mecanismo de la fábrica. Ciertamente, no faltan las palabras sonoras, se sigue tratando de estimular a nuevos esfuerzos, con los incentivos de creencias superadas, a las almas que se adormecen. Se habla de deber ante la comunidad, se incita a la renuncia a la propia dicha y a la propia comodidad en favor del conjunto. Pero la deferencia decepcionada y la visión madura de las conexiones de la vida del Estado y de la sociedad hacen reconocer pronto que la gran masa de las gentes del pueblo no responde.

¿Cuántos obreros hay todavía que pueden denominar «su obra» al producto acabado o la nueva máquina? Cuando el herrero pone en movimiento el martillo de vapor o cuando el obrero textil sirve a su telar, no están ya ante sus herramientas, con las que pueden manipular y crear. Con la pérdida de los medios de producción cae el obrero en la impotencia económica. El proceso despiadado de la civilización le privó también, además, de las relaciones personales con el trabajo.

El artesano de los buenos tiempos viejos puede estar separado de los primitivos por la línea divisoria de un orden social y de valores estructurado de otra forma, pero el estado psicológico básico ante el trabajo y el producto del trabajo era el mismo. «Juan, el alegre jabonero», es representante y símbolo de aquellas incontables generaciones de alegres abejas laboriosas para quienes el trabajo era un placer y una necesidad. El hombre primitivo no veía ante todo en el trabajo tanto un deber o un objetivo impuesto por sí mismo como la actuación de la energía excesiva y la expresión del placer de crear. Los viajeros y misioneros del pasado están llenos de asombro y de admiración ante el placer sin límites y la alegría desbordante de los negros cuando van al trabajo. El gobernador francés Verneuil informa aún a mediados del siglo XIX sobre sus negros del Senegal, a quienes observaba en las tareas de la tierra: «Disfrutan en ello, como en Europa se disfruta en las diversiones; el trabajo es para ellas un placer.» Es el «mundo del trabajo alegre», como lo ha caracterizado acertadamente Karl Bücher. «Aquí el trabajo no es una carga, no es una maldición, no es un artículo de mercado, su organización no es el resultado del frío cálculo del costo... Por doquiera el juego y el placer, el canto y la alegría, la sociabilidad y la disposición para la ayuda.»

Incluso la hosca y malhumorada Europa tuvo períodos en que sus hijos no eran totalmente ex-

traños a aquel sentimiento de dicha. Aun bajo el sol oriental hubo hasta bien entrado el siglo XIX pueblos y linajes que veían en el trabajo una fuente de alegría. Cuando Emil Laveleye, en la última cuarta parte del siglo pasado, investigó las huellas de la propiedad comunal desaparecida en Europa, encontró en las comunidades domésticas de los eslavos del sur todavía insulas de aquel mundo desaparecido. «Allí, dice, el trabajo es una fiesta; se canta todo el día, y por la noche, cuando se cree que las gentes estarían cansadas de la larga tarea de una jornada de verano, comienza la gente joven a danzar. Su vida tiene la apariencia de la felicidad.»

En vano se buscará en las naves de la gran fábrica tal contento ingenuo. En el crujir de las gruas, en el ruido de las máquinas estruendosas es ahogado todo sonido del placer y de la alegría del trabajo. Las canciones de la tarea y los cánticos de la cosecha con que se iba un día al campo de la labor común, han sido devorados. El desarrollo capitalista de los últimos decenios quitó a los trabajadores el derecho a disponer de su herramienta, sometió su labor a la voluntad y al capricho del empresario. No es el valor, ni el esfuerzo del trabajo los que determinan el grado de la indemnización. El obrero mismo se ha convertido en un instrumento, que se utiliza cuando es necesario y luego se deja a un lado. Sabe muy bien que será empleado mientras parezca deseable desde el punto de vista de la ganancia o mientras perdure la buena coyuntura. ¿Hay que esperar del moderno esclavo del salario la abnegación alegre del artesano artista del pasado, consciente de sí mismo?

Y sin embargo, ni la pérdida de los medios de producción ni la tutela social han dado el golpe de gracia a la alegría en el trabajo del asalariado occidental. La ciencia, que despertó a los hombres laboriosos de la apatía del adormecimiento inactivo, que les enseñó, con el conocimiento de su destino especial, también los medios y los caminos para el mejoramiento de su situación, les ha privado simultáneamente del resto del antiguo valor vital y de la anterior alegría creadora. Ha *desespiritualizado* el trabajo. La descomposición del proceso del trabajo en una serie de labores parciales, la repetición mecánica de la misma tarea no exige ni una inteligencia particular ni una habilidad digna de atención. A la *especialización* del trabajo siguió la *racionalización* de los movimientos. El obrero fué reducido a simple peón de la máquina. «El trabajador, dice Bücher, no es ya dueño de sus movimientos, la herramienta no es su servidor. Esta se ha convertido en su amo. Le dicta la medida de sus movimientos: el ritmo y la duración de su trabajo no dependen de su voluntad. Está encadenado al muerto y sin embargo viviente mecanismo.»

El lector crítico que quisiera atribuir a esas palabras sólo el valor de una opinión personal, que revise para completarlas y confirmarlas la colección de confesiones proletarias de Adolf Levenstein. Difícilmente se puede uno librar

de la impresión de esas quejas y acusaciones, que a veces se elevan a manifestaciones de odio incontenido, tan conmovedoras en su sencillez. En lugar de muchas, sólo dos voces bastarán:

Un tejedor berlinés respondió a las preguntas: «¿Le causa placer su trabajo o no tiene ningún interés en él?» de esta forma: «A la larga jornada y el pequeño salario se agrega la monotonía y la regularidad del trabajo mismo que entumescen el espíritu. Es siempre lo mismo desde el comienzo al fin. Si tejo o si levanto las cadenas o si anudo los hilos, etc., todo es mortalmente aburrido, monótono, adormecedor y cansador... Así estoy como clavado en mi sitio horas y horas y contemplo las máquinas que trabajan sin descanso. Se repiten mecánicamente los mismos movimientos de la mano, cuando salta la devanadera. Esa es la única ocupación. La tarea principal consiste en estar allí de pie y observar. A menudo me invade un furor de trabajo, el desasosiego de las máquinas me llena a mí. Giro en torno al telar y quisiera ayudar a la máquina para que fuese más aprisa... La máquina es enteramente de acero, sólo de acero, no tiene corazón ni nervios, no conoce el cansancio, ni el miedo, ni el dolor, ni la rabia. Está allí y puede estar así eternamente y trabajar.

¡Esa maldita criatura de acero! Tiene que vencer en una lucha que no es lucha; quisiera arrancarle el corazón férreo que late tan despiadadamente y fríamente.» No menos gráficamente describe un tornero la tortura de una ocupación rutinaria y sin alma: «Debe obligarme a encontrar interés en mi trabajo y sin embargo no puedo tenerlo. Un pez no puede vivir en el aire, porque respira por branquias. Y mi alma no puede vivir con un método de trabajo que no ofrece nada al pensamiento. Me defiendo poderosamente contra esa violencia y porque mi ser moral tiene aún fuerza, el cuerpo es dominado. Mis manos están involuntariamente quietas muchos minutos. Me horroriza cada nueva jornada y cuando inicio el trabajo por la mañana, apenas puedo imaginarme que he de soportar diez horas de ese martirio. Por eso abandono, por eso tengo que abandonar el trabajo. En cada nuevo establecimiento encuentra el espíritu incentivos, al menos al principio. Eso pasa en algunas semanas y la horrible condición comienza de nuevo. Y, óigame, debo abandonar temporalmente el trabajo porque de lo contrario la tarea monótona me aplastaría. Vivo entonces en alguna parte mísera separado de los míos, y el anhelo me atormenta.»





# PENURIA SEXUAL *del prisionero*

Por KARL PLÄTTNER



ODO prisionero, si su instinto sexual es normal, después de largos ensayos vanos para reprimirlo, para posponerlo, recurrirá a sucedáneos. ¡Tiene que hacerlo! Tiene que hacerlo, porque de otro modo no podrá domeñar el instinto, y

ha de hacerlo porque el instinto le tortura y no le deja sosiego. Ha de hacerlo en el encierro, donde le falta el objeto natural del amor.

El médico cristiano Maag, que ha escrito un libro contra algunos aspectos de la doctrina de Freud (*Geschlechtsleben und seelische Störungen*) escribe:

«Una exteriorización del instinto no significa en sí otra cosa que una demanda de satisfacción que se presenta a elección al yo consciente. Este decide o bien en favor o bien en contra. Se aprueba el deseo impulsivo, entonces sigue la realización, se convierte en hecho, se satisface. Si es rechazado, se extingue la demanda más o menos rápidamente para volver a reaparecer después de algún tiempo. En el dominio de la sexualidad esa disposición puede pasar muy fácilmente a independencia; la excitación intensa del órgano obliga a la psiquis a la solución, a la aprobación y coloca a uno más y más en la relación de dependencia del órgano, que se aferra en una tensión impulsiva morbosa, casi permanente, a la que la voluntad no puede resistir más. Así en ese dominio parcial de la psiquis se pierde la unidad y la supremacía del yo. La dirección del impulso cada vez más apremiante se evidencia indirigible. Ha perdido toda constancia, todo sosiego, toda serenidad y moderación y trabaja en la ruina del organismo.»

Por eso tiene poco sentido y es más bien hipócrita en el más alto grado negar la autosatisfacción, como es falso negar la penuria sexual que sale a flote de una forma o de otra. He calculado una vez los presos que se satisfacen a sí mismos en un 95 por ciento, y un funcionario de prisiones me replicó que podía hablar tranquilamente del cien por cien. Pues los presos que no se satisfacen a sí mismos o bien están seriamente enfermos, son impotentes o tienen otros defectos físicos que les impiden el onanismo. Hirschfeld dice al respecto en el primer volumen de su *Geschlechtskunde*:

«Que lo sexual normal en ambientes de un solo sexo — en barcos, en campaña, en prisiones, en campamentos de prisioneros, en una palabra, en dondequiera que falta la ocasión para cohabitar — llega muy a menudo a autosatisfacerse «brevi manu» de tanto en tanto, generalmente bajo la imaginación de personas de otro sexo, es un hecho antiguo y generalmente conocido. Algunos oprimen mientras tanto la almohada en los brazos y la cubren de palabras cariñosas y de besos, otros se hacen con la sábana una especie de vagina. Uno escribía desde campaña: «Antes era mi mujer mi mano derecha, ahora mi mano derecha sustituye a mi mujer.»

Con estas comprobaciones parece estar de acuerdo una pequeña parte de los médicos de prisiones, que aprueban la autosatisfacción como sucedáneo forzoso, considerándolo «mal menor», recomiendan en muchos casos incluso ese medio y expresan generalmente su contento de que los hombres en la cárcel empleen el medio de la masturbación. Pero se trata sólo de los médicos comprensivos, que ciertamente, con delicadeza, pero constantemente, tratan de pasar por encima de la burocracia osificada y antihumana. Son, pues, consideraciones de honda raíz sobre la conservación de la salud corporal y espiritual las que mueven a los médicos a su acuerdo agrí dulce sobre el onanismo de los prisioneros. Saben que los órganos sexuales, especialmente las glándulas sexuales, producen substancias que llegan a la sangre, incluso a las células cerebrales. Si esos productos sexuales no tienen salida somática, tienen que llevar por decirlo así a la superproducción. Las materias sexuales se multiplican, se sobrecargan, se sobrealmacenan, se agrupan, forman por decirlo así una costra química en torno al cerebro. En otras palabras: el efecto de las substancias sexuales adquiere formas excesivas, insalubres.

Un día me dijo un preso:

«En el verano de 1923 llegué a causa de un pesado trabajo que no podía realizar a otro pabellón común. En ese entonces enfermé del estómago. Por lo demás, enfermedad del estómago se encuentra a menudo en los presos que llevan varios años, aunque casi nunca en los homosexuales que mantienen en la prisión sus relaciones con análogos. Tiene que haber una relación

TIEMPOS  
NUEVOS 299

sexual por la que se suscitan enfermedades del estómago, y por otra parte se retienen, aun cuando no sé descifrar en qué puede consistir. Lo cierto es que los onanistas sufren enfermedades del estómago. Los homosexuales no se aburren casi nunca de la comida uniforme; años y años de encierro no debilitan su apetito.»

Otro prisionero del establecimiento W. me dijo lo siguiente:

«Tuve todo un año granos: furunculosis. Una enfermedad que en mi vida había conocido. Fuí al médico, que en esa ocasión me dió textualmente el consejo de masturbarme; pero cuando (unos meses después) bajé a 59 kilos (mi peso normal es de 77) y pedí en vano remedios, me advirtió que no me masturbara tanto. Al llamarle la atención sobre esa contradicción, me dejó sin decir palabra e indignado.»

Hay que combinar, pues, la circulación en el organismo humano con las funciones sexuales; en los presos, cuando se sienten físicamente mal, incómodos, y enfermos, al establecer el diagnóstico hay que tener en cuenta el hecho de las funciones sexuales arbitrariamente excluidas. Quiero decir: la circulación es perturbada cuando partes de órganos que colaboran en ella y dan el impulso motriz son paralizadas arbitrariamente.

Para confirmación de esas constataciones es típica la manifestación del consejero sanitario doctor Leppmann, que me dijo en su calidad de psiquiatra oficial: Me quejaba continuamente de dolores de cabeza, de pesadez de los miembros, de dolores en los extremos pulmonares y en la zona de los riñones, de fuertes depresiones que obstaculizaban mi respiración, de catarros bronquiales y de otros fenómenos corporales de mal-estar. Casi me consternó lo que me dijo el doctor Leppmann: «Me rompo la cabeza desde hace días para explicarme su estado total — sobre todo en lo fisiológico —. Dígame, ¿no habría que atribuirlo en gran parte al aspecto sexual de las cosas? Aquí jugaría un gran papel la exclusión de las funciones sexuales. ¡Con la mejor voluntad no llego a un resultado satisfactorio en el reconocimiento y definición de su estado, en el diagnóstico de sus condiciones físicas!»

Completo las comprobaciones de Leppmann con una cita de la *Geschlechtskunde* de Hirschfeld:

«Sólo puede ayudar y curar el que adapta los hombres a la vida y además el que adapta la vida a los hombres. Si no nos lleva lo uno al objetivo, nos lleva a menudo lo otro.

»Que toda lucha del cuerpo contra un enemigo morboso con las muchas modificaciones físicas y químicas que tiene por secuela, obra en alto grado sobre la demanda sexual y sobre su capacidad, perturba el delicado mecanismo sexual físico-psicológico, aumenta el impulso y la re-

sistencia, o bien los debilita, debiera comprenderse, pero se hace en realidad muy raramente. Habría que estudiar propiamente una enfermedad tras la otra, para esclarecer qué influencia pueden tener en la vida sexual. Sería un buen tema para un buen libro.»

En la apreciación de la neurastenia sexual destaca Freud que la represión sexual «se convierte con frecuencia en síntomas corporales, se traduce en fatiga, en temblores, en latidos del corazón, en desvanecimiento, en diarrea, en sudor y otros síntomas». E Hirschfeld sostiene «que los padecimientos histéricos de toda especie, estados de parálisis, en particular, los llamados calambres del corazón con sobresaltos, no son ninguna rareza después de una larga abstinencia».

Yo fui una vez al médico en el establecimiento B. para pedir tratamiento para mis sufrimientos pulmonares y bronquiales. Puse de manifiesto la circulación defectuosa y observé que el mejoramiento tal vez podía conseguirse por un movimiento más abundante al aire libre y por una alimentación más rica. Pero con ello me hice «sospechoso». Naturalmente, lo que yo quería era comer mejor. ¡Y con los argumentos que exponía no pretendía más que librarme de los castigos! Y ese médico oficial me dijo: «Es también ésta, una idea exagerada con la que se abusa. Tendría que pensar menos en su enfermedad, y circulará en su organismo bastante sustancia».

Pensé involuntariamente en las palabras de Casanova: «Bajo las manos de los médicos mueren más seres humanos de los que son curados por ellos. Al fin el mundo sin médicos y abogados sería menos infeliz». Así es. Si los curas en negro ornato o los abogados togados no reconocen en las funciones sexuales de los hombres el impulso de la sangre, se puede pasar por alto. Pero cuando un médico ignora las disposiciones naturales en el organismo humano y su importancia funcional, es trágico. Pues cuanto menos se libran «los órganos del cuerpo del dominio de las sustancias misteriosas que pasan de los órganos sexuales a la sangre, tanto más caen bajo otro poder, pero entonces un poder de destrucción que se llama muerte... No hay ningún prisionero que después de un año de prisión no esté enfermo del estómago, de los riñones, del corazón, de los nervios, del alma. Pues en esa sustancia funcional de destrucción no puede desarrollarse ninguna vida humana, no puede prosperar ninguna salud física. Es bastante cuando se ha establecido oficialmente por los médicos verdaderamente previsores y que la circulación en el organismo humano, ese factor constructivo fundamental, es destruída, o al menos perturbada, cuando las funciones sexuales son arbitraria y violentamente excluidas, mientras no existen absolutamente para ello condiciones fisiológicas y psicológicas.



# Potencial de guerra

Ha terminado la conquista de Abisinia por los civilizadores fascistas. No se ha movido un dedo para impedir ese escandaloso atraco a mano armada contra unas poblaciones casi inermes, puesto que su armamento no podía bajo ningún concepto compararse al de los invasores. Se ha presenciado esa conquista con los brazos cruzados, como se ha contemplado la invasión de China por el Japón, como de seguir así las cosas se presenciarán rapiñas mayores en Europa misma.

Pero dejemos por ahora a un lado ese espectáculo. Recordemos una interpretación de los resultados de una guerra moderna a base de los cálculos sobre su potencia industrial y sus materias primas. Fué expuesta por el profesor suizo

H. Staudinger, de Zurich, y ha sido comentada por Lehmann-Russbüldt en *Die Weltbühne*, Berlín, 21 de julio de 1931, la revista del prisionero del nazismo Carl von Ossietzky.

Staudinger hace resaltar la importancia del carbón, del hierro y de las fuerzas hidráulicas para la guerra, y según el aumento de caballos de fuerza que recibe, así la fuerza humana de trabajo, calcula el potencial de guerra de un país.

Una nación técnicamente equipada para la industria es también un país técnicamente preparado para la guerra.

He aquí algunos ejemplos de la significación de esta tesis. La situación de Alemania y de Francia de 1870-71 era esta:

	Mineral de hierro en millones ton.	Hierro en bruto Toneladas	Caballos de fuerza anuales en millones	Carbón
Alemania	3,8	1,4	6,7	34,0
Francia	2,6	1,2	2,9	13,2

Prusia tenía en 1866 una superioridad técnica de 1,05 millones de toneladas de producción de hierro contra 0,28 millones de toneladas de Austria, lo que explica la victoria de Prusia sobre Austria, pero la victoria de Austria sobre Italia tiene la misma explicación en la inferioridad técnica italiana de entonces. Staudinger sostiene

también que en la guerra civil norteamericana entre el Norte y el Sur, venció el Norte porque era más rico en carbón y en hierro y estaba técnicamente más desarrollado.

La guerra mundial de 1914-18 ofrece este cuadro (se citan sólo los caballos de fuerza anuales resultantes del carbón y del hierro):

	Caballos de fuerza anuales
I. Al estallar la guerra	
Potencias centrales ... ..	92,2 millones
Francia, Rusia, Bélgica ... ..	35 »
II. Con la ocupación por Alemania de Bélgica, Norte de Francia y Polonia aumentan los primeros su potencialidad, pero la entrada de Inglaterra en la guerra se traduce en una pérdida de su superioridad.	
Potencias centrales ... ..	108,5 »
Francia, Rusia, Bélgica, Inglaterra	116,3 »
III Después de la intervención de los Estados Unidos el cuadro se modifica de esta manera:	
Potencias centrales ... ..	108,5 »
Aliados y América ... ..	295,3 »

La paz de Alemania con Rusia disminuye el poder de los aliados, quedando en 285,3 millones su potencia de guerra, medida en caballos de fuerza.

Sin embargo, su superioridad ante los imperios centrales es evidente.

Piénsese lo que se quiera de esta interpretación, lo cierto es que no puede haber ya una gran potencia bélica que no sea al mismo tiempo

una gran potencia industrial. Cuanto mayor sea su riqueza en hierro, en carbón, en petróleo, en aprovechamiento de la energía hidráulica, tanto más temible es su poder bélico ofensivo y defensivo. ¿Qué podía, pues, Abisinia, rezagada en tantos siglos, frente a una ofensiva italiana, país dotado de una gran industria metalúrgica y al cual no le faltó ni el hierro, ni el carbón, ni el petróleo?

# CONSULTORIO *de* SOCIOLOGÍA y ECONOMÍA

por D. A. de SANTILLÁN *les*

¿Qué resultado se han obtenido en otros países de la nacionalización de los ferrocarriles? — P. H. — Barcelona.

Se habla cada vez más frecuentemente de la nacionalización de los ferrocarriles españoles, que pueden presentarse al mundo como modelo de desbarajuste, de arbitrariedad en sus trazados y de negocios poco limpios. Tomemos sólo dos ejemplos: Alemania y la Argentina.

En Alemania la estatificación fué basada en el contraste de los intereses de las múltiples compañías ferroviarias, en la necesidad de coordinar el transporte y de establecer normas unitarias. No se puede decir que el Estado haya obtenido peores resultados que las compañías particulares. Lo que sí vale la pena destacar es que, por ejemplo en las reparaciones, los trabajos hechos en los talleres del propio ferrocarril resultan más caros y son infinitamente más lentos que los encargados a las empresas privadas. Sin embargo, en Alemania existe una burocracia que vive su propia vida y sigue su propio ritmo, igual si gobiernan los ministros de Guillermo II que si están en el poder los socialdemócratas o los nazis.

Pero en donde el aparato burocrático gira fácilmente según las influencias del poder dominante, el desconcierto y la intromisión política se harán reconocer de inmediato. En la Argentina hay ferrocarriles del Estado y ferrocarriles privados, a los que el Estado ha señalado un dividendo máximo. Los ferrocarriles particulares trabajan con buenos beneficios por regla general, y la regla general de los ferrocarriles del Estado es el déficit, el mal servicio, los negocios de las contrataciones de material, la intromisión de la influencia política en la toma y el despido de personal, etc.

España se parecería en este caso

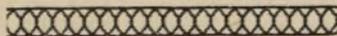
a la Argentina. Los ferrocarriles en manos del Estado serían una fuente de inmoralidad tan grande por lo menos como ahora que están en manos de empresas privadas. Sólo que variarían los beneficiarios de esas inmoralidades. Dudamos que los trabajadores puedan resultar gananciosos con el cambio so pena que la fuerza organizada logre imponer condiciones, salarios, limpieza en la administración, etc. Pero si la fuerza organizada logra mañana arrancar del Estado algunas concesiones, igualmente puede arrancarlas hoy al capitalismo. Desde este ángulo, a los obreros ferroviarios no les interesa ni el traspaso de la administración al Estado, ni la defensa de las condiciones actuales. Tendrán lo que sepan y puedan imponer por la fuerza de sus organizaciones.

Pero contra la estatificación o nacionalización hay razones de orden político, moral y sindical, más que de naturaleza económica. En ningún caso conviene favorecer y menos reconocer como buena una solución que fortifica el poder de Estado y su dominio en la economía, cuando se reconoce que es precisamente el Estado el obstáculo máximo, por un lado a la libe-

ración humana, por otro al disfrute del producto íntegro del trabajo por los productores. Si la revolución y la organización del trabajo ha de destruir al Estado tanto como al capitalismo, todo lo que sea fortificar desde ahora mismo esos poderes, es tanto como trabajar en propio daño. Y la nacionalización de los ferrocarriles significaría un fortalecimiento del aparato de Estado, sin beneficio alguno para los ferroviarios.

Lo que hace falta es esforzarse desde ahora mismo por llevar al ánimo del proletariado del riel que la solución eficaz, tanto desde el punto de vista de los mismos ferroviarios, como desde el punto de vista de la utilidad social, está en la socialización, en la administración directa, por los sindicatos mismos. En buena doctrina socialista no cabe otra actitud.

Si los sindicatos ferroviarios demostrasen su capacidad administrativa frente a las ochenta empresas que han hecho del ferrocarril español el peor de Europa, el más mal organizado; si elaborasen un programa de administración directa de esos servicios, sería hora oportuna para presentarse en la arena y reclamar la participación que les corresponde en la organización de un servicio social que entraña una sangría infinita para todos, por las subvenciones constantes que el Estado ha de abonar a las empresas, subvenciones que no podrían sino aumentar cuando los ferrocarriles pasasen a depender del Estado. Se trataría de demostrar que los trabajadores mismos son más capaces que el capitalismo y que los burócratas estatales de organizar el transporte ferroviario, de cumplir más acabadamente su cometido y de ahorrar muchos millones al contribuyente, suprimiendo al mismo tiempo los salarios de hambre casi generales en los ferrocarriles. ¿Porqué no intentarlo? Es cuestión de estudio del problema y de cálculos.



# CONSULTORIO MEDICO-EUGENICO

POR F. MARTI IBAÑEZ *les*



Las preguntas - no más de dos - deben redactarse clara y concisamente y dirigirse, junto con el cupón que en otro lugar se publica, a esta Redacción. Las que hayan de ser contestadas particularmente deben enviarse al doctor Martí Ibañez, Benet y Mercadé, 15 Barcelona (Gracia), acompañando cupón y sello de Correos.

Las preguntas se contestan por riguroso orden de recepción.

PREGUNTA:

*En mi pueblo hay escorpiones en abundancia, bajo las piedras del campo. ¿Qué debe hacerse por el médico ante una picadura de alacrán o escorpión? — Una campesina murciana.*

RESPUESTA:

Apenas se haya producido la picadura, ligar el miembro picado por encima de la herida a fin de evitar la difusión del veneno.

Esta ligadura puede hacerse con una cuerda, goma elástica o pañuelo arrollado, apretándolo usando un lápiz, rama o palo cualquiera que se irá retorciendo formando torniquete. La herida debe agrandarse con una punta de cuchillo previamente desinfectado a la llama y se procurará en lo posible expulsar el veneno.

A continuación, combatir el colapso que a veces se presenta en mujeres o niños por los estimulantes cardíacos de rigor e inyectar (tareas éstas de competencia ya médica) en la piel cercana o inmediata a la picadura una solución de permanganato potásico, lavando la herida con la misma solución.

PREGUNTA:

*¿Para corregir las enfermedades de las funciones sexuales femeninas, es conveniente el empleo de los extractos glandulares sexuales? ¿En qué forma? — J. Mínguez. Lugo.*

RESPUESTA:

La Opoterapia (terapéutica por la administración de extractos glandulares) constituye hoy, pese a sus innegables inconvenientes, un importante recurso alopático en el tratamiento de las alteraciones de las funciones sexuales femeninas. Generalmente la amenorrea, las menorragias o cualquier otro trastorno de las funciones sexuales femeninas, responden a varios factores: alteraciones anatómicas genitales, trastornos de las glándulas endocrinas, disturbios psíquicos, etc.

El tratamiento de toda afección sexual femenina debe constar de una parte de Psicoterapia, para devolver a la mujer enferma la confianza en sí misma y en la futura normalización de sus funciones sexuales, un tra-

tamiento fisioterápico o naturista (Régimen, Helioterapia, Hidroterapia), que coloque el organismo femenino y en particular los órganos genitales en las más favorables condiciones de reintegración a la normalidad y un tratamiento alopático, mediante la Opoterapia que se base en administrar a la paciente, no ya las hormonas (o secreciones) sexuales que puedan faltarle, sino también los principios activos de otras glándulas de secreción interna, que como la tiroides o la hipófisis, aunque distantes del aparato genital femenino, están íntimamente relacionadas con él y sus funcionalismos.

PREGUNTA:

*¿Puede el Dr. Martí Ibañez indicarme si a mi hermano que está perturbado y tiene ataques de locura furiosa, deberíamos comprarle una camisa de fuerza o existe algún otro método para calmarlo? — Un amigo de TIEMPOS NUEVOS. Melilla.*

RESPUESTA:

Rotundamente deseche esa idea de la camisa de fuerza, que ya no empleamos hoy ni particularmente ni en ningún establecimiento psiquiátrico. Es inhumano y además contraproducente atar o colocar una camisa de fuerza a un alienado. Hoy lo hemos sustituido por la camisa de fuerza química o sean los diversos sedantes que en forma de preparados para tomar bucalmente o en inyección existen.

La mejor manera de dominar un enfermo mental agitado, es echarle una manta sobre la cabeza y rodearle el tronco con otra, sujetándole después a la cama (si tan grande fuese su agitación) mediante sábanas dobladas en franja estrecha que le mantengan echado sobre la cama y quitándole entonces las mantas citadas.

El loco agitado debe permanecer en una habitación oscura o en penumbra y nunca rodeado de gente que con sus conversaciones le excitan más; sino tan solo con una o dos personas que le vigilen discretamente.

El baño tibio permanente en bañera de cinc, a 30° ó 33° durante cuatro o cinco horas es el mejor calmante que existe, pues los sedantes químicos ofrecen peligro en alienados con los riñones defectuosos.

Dentro del baño se puede ir alimentado al paciente. Sin embargo, como quiera que un paciente mental con fuertes crisis de excitación es siempre peligroso

# Bibliografía

B. DE LIGT: *Movilización contra toda guerra*. Ediciones «Tierra y Libertad», Barcelona, 1936. 90 págs. Precio, 0'75 ptas.

El discurso de De Ligt en la conferencia de la Internacional de resistentes a toda guerra en Welwyn, Inglaterra, es una pieza oratoria bien meditada, fruto de largos y pacientes estudios. Es la explicación teórica del plan práctico de campaña contra toda guerra y toda preparación de guerra que se aprobó en aquella conferencia y que ofrece a todos una visión de la propia acción posible para evitar la hecatombe bélica.

Creemos que la aparición de este trabajo no podía ser más oportuno y que ofrecerá sugerencias de acción a cuantos quieran poner de su parte lo que pueden poner en la lucha contra la guerra.

Si la guerra es una ciencia compleja, la lucha contra ella ha de ser también una vasta red de conocimientos científicos, técnicos y

de esfuerzo humano. De Ligt ha sabido esbozar como muy pocos hasta aquí el camino seguro y constructivo de la paz.

ERRICO MALATESTA: *En el café*. Traducido al idisch por A. J. Zakusky. Ed. «Buj Gemeinschaft bei der Idischer Razionalistischer Gesellschaft». Buenos Aires, 1936. 119 págs.

Acaba de aparecer en idisch la obrita de Errico Malatesta, que hemos publicado nosotros también hace poco. Un grupo editor israelita de Buenos Aires ha hecho una excelente edición. Lleva los dos prefacios de Fabbri, el de 1921 y el de 1935.

J. LAZARTE: *Crisis de las democracias*. Ediciones Imán. Buenos Aires, 1935. 303 págs. Precio, un peso argentino.

El compañero Lazarte resume en este volumen la crítica hecha al

sistema de la democracia burguesa, recogiendo amplísima documentación internacional. Cada uno de sus páginas se puede comprobar con los hechos cotidianos, sin salir de España y de su flamante República.

MARÍA LACERDA DE MOURA: *Clericalismo y fascismo*. ¡Horda de embrutecedores! Librería Ruiz, Rosario (Argentina). 167 págs. Prólogo de J. Lazarte.

STEFAN ZWEIG: *Romain Rolland. El hombre y la obra*. Ediciones Imán, Buenos Aires, 1935; 296 páginas. Precio, 1'50 pesos.

OSCAR R. JUANTO: *Crisis profesional. Plétora profesional*. Ayuda a los profesionales de las poblaciones campesinas. Librería Ruiz, Rosario (Argentina); 35 págs.

BRUNO LLADÓ ROCA: *El comunismo libertario* (Su base, su medio, su fin); 16 págs. Barcelona. Precio, 0'20 ptas.

---

para sí mismo y los que le rodean, lo mejor sería que gestionasen ustedes su traslado a un establecimiento psiquiátrico, donde se le atendiese en buenas condiciones.

PREGUNTA:

¿Cuál es la cantidad normal de orina eliminada diariamente por el hombre? — F. G. Oviedo.

RESPUESTA:

La cantidad normal es muy variable. Depende del régimen de vida y la alimentación del sujeto, de posibles eliminaciones sudorales, etc. En términos generales oscila entre litro y litro y medio. Cantidades menores de 500 c.c. o mayores de 1.500 c.c. hacen sospechar un estado patológico, a no estar justificadas por los factores citados. La cantidad de la secreción urinaria eliminada aumenta en la diabetes azucarada, las nefritis intersticiales crónicas, la hipertensión arterial, el período de reabsorción de las pleurías, la diabetes insípida y en ciertas enfermedades mentales como la histeria. Disminuye en la hipo-

tensión arterial, estados febriles, nefritis parenquimatosas, cólera y enfermedades sudorales.

PREGUNTA:

¿Quién es el doctor Freud? ¿Quién es el doctor Adler? — Un suscriptor ignorante.

RESPUESTA:

Lea usted en éste y en números anteriores nuestros dos artículos sobre «Psicología del ensueño» y sobre «Freud» y allí podrá satisfacer su curiosidad acerca de los dos ilustres psicólogos.

\*\*\*

NOTA. — En atención a la cantidad abrumadora de preguntas y de consultas médicas particulares y por escrito que recibo a diario, me dirijo a la buena voluntad de todos para rogarles paciencia en el plazo en que se envían las respuestas. Son muchas consultas y una sola persona para contestarlas, lo que exige un turno riguroso en la contestación de las mismas. A todos cuantos me honran con sus consultas suplico se hagan cargo de lo que antecede.

CUADERNOS DE EDUCACIÓN SOCIAL

- A. Souchy: *Erich Mühsam*. Su vida, su obra, su martirio. Un vol. de 112 páginas . . . . . 1'—  
 Errico Malatesta: *En el Café*. Diálogos .Prólogo de Luigi Fabbri. Un vol. de 111 páginas . . . . . 0'75  
 Errico Malatesta: *Entre Campesinos*. Edición revisada por el autor. 48 páginas . . . . . 0'30  
 F. Falaschi: *El Trabajo responsable*. 32 páginas. 0'25

- I. Punte: *La finalidad de la C. N. T.: el comunismo libertario*. 3.ª edición, 32 páginas . . . . . 0'25  
 B. de Ligt: *Plan de movilización contra toda guerra*. Un vol. de 96 páginas . . . . . 0'75  
 Joahn Most: *La peste religiosa*. Seguida de la declaración de principios de Pittsburgh. 32 páginas . . . . . 0'25  
 J. A. Becquer: *¿Dónde está Dios?* y otros poemas. . . . . 0'25



Precio: 3 ptas.  
 ← 240 páginas  
 Encuadernada  
 1'25 más

Precio: 2'50 pts.  
 256 páginas →  
 Encuadernada  
 1'25 más



Precio: 2'50 pts.  
 ← 208 páginas  
 Encuadernada  
 1'25 más

Precio: 3 ptas.  
 300 páginas →  
 Encuadernada  
 1'25 más

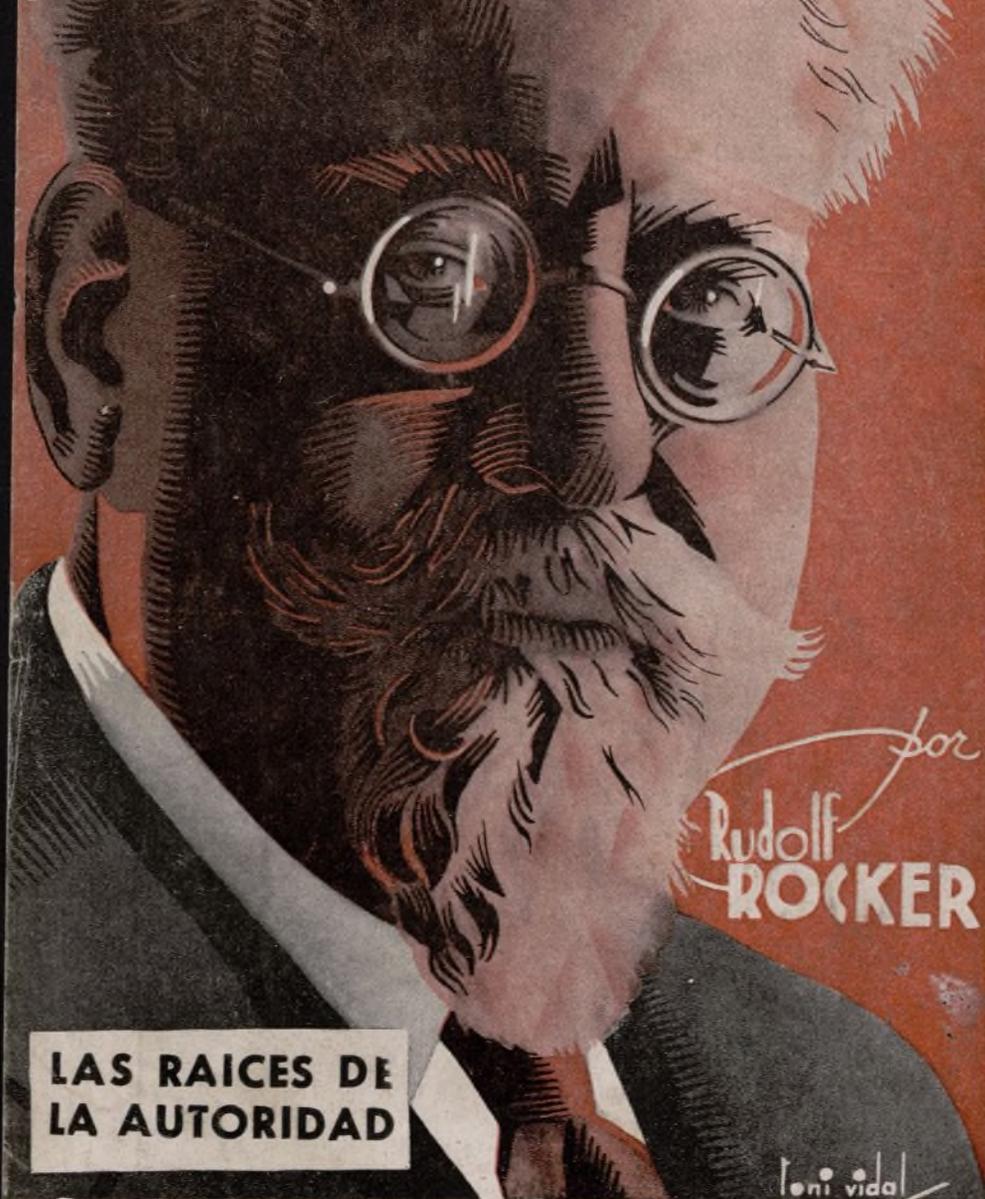


OBRAS SOBRE EL MOVIMIENTO DE OCTUBRE

Ignotus: *El anarquismo en la insurrección*. La C. N. T. y la F. A. I. en octubre de 1934. Un vol. de 207 págs., 2.ª edición . . . . . 2'50

Ignotus: *La represión de octubre*. Documentos sobre la barbarie de nuestra civilización. Un volumen de 256 págs., 2.ª edición . . . . . 2'50

# El Nacionalismo



**LAS RAICES DE LA AUTORIDAD**

No es un libro de entretenimiento, sino de estudio y de meditación. ¡Leedlo, camaradas, una, dos, diez veces! Siempre encontraréis en él nuevos estímulos, nuevas enseñanzas, nuevas sugerencias.

Cerca de 256 págs.

2.50 pts. Enc. 3.75.

**BIBLIOTECA UNIVERSAL DE ESTUDIOS SOCIALES**

Pedidos a reembolso a «Tierra y Libertad» - Unión, 19, 1.º, 2.º - BARCELONA

Todo nuevo libro de Rocker es leído con ansiedad y con provecho, pero la obra cuya publicación iniciamos sobre el nacionalismo está llamada a algo más que a un éxito pasajero de librería. Ha de educar a las nuevas generaciones para una visión del mundo y sus problemas candentes, señalándoles el camino de la redención verdadera.

25 años ha consagrado Rocker a la confección de este libro, el más importante de la literatura libertaria desde «El hombre y la tierra» de Eliseo Reclus.

En la biblioteca de todo amante de la libertad esta gran obra ocupará un puesto de honor.